

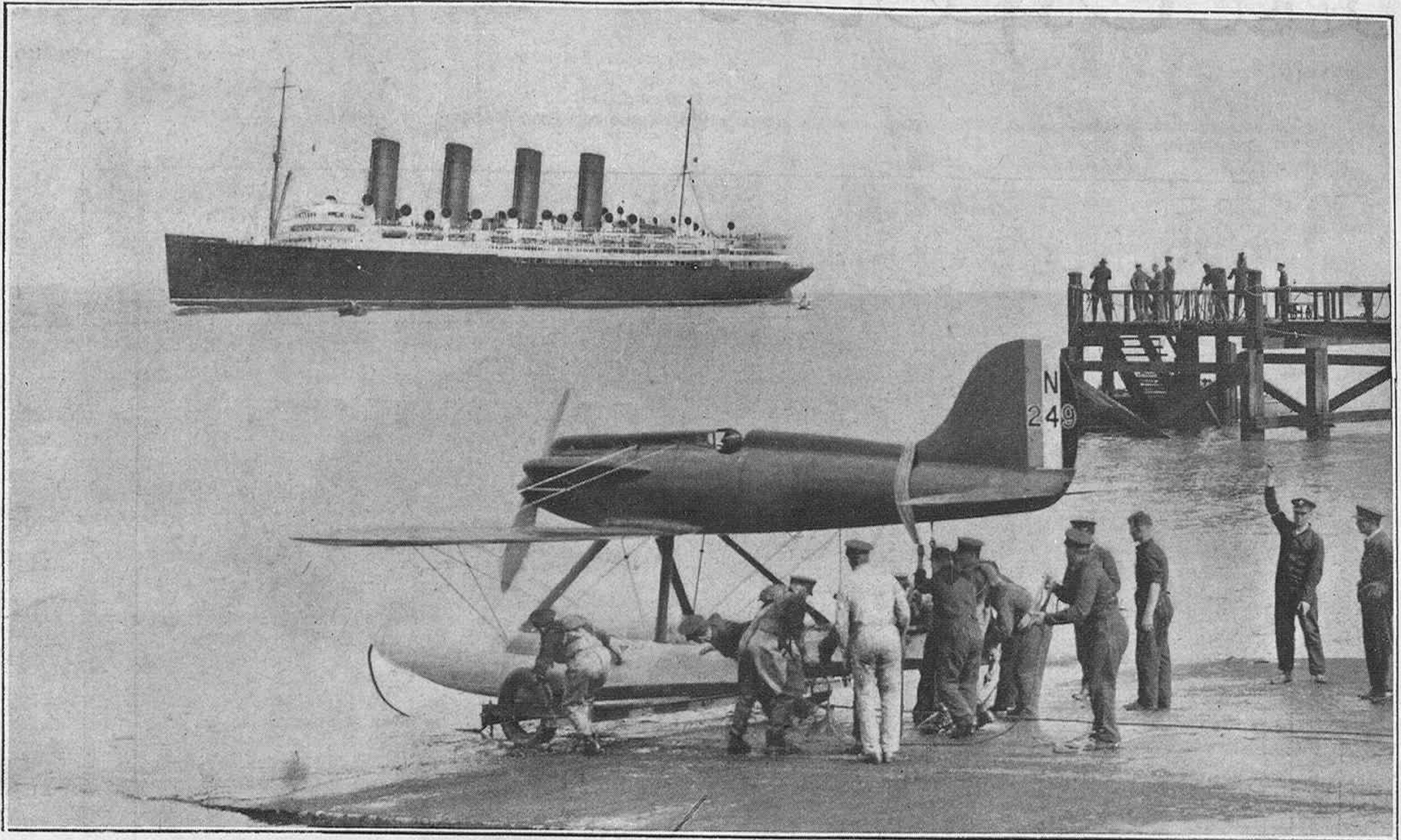


EL HOMBRE MAS RAPIDO DEL MUNDO

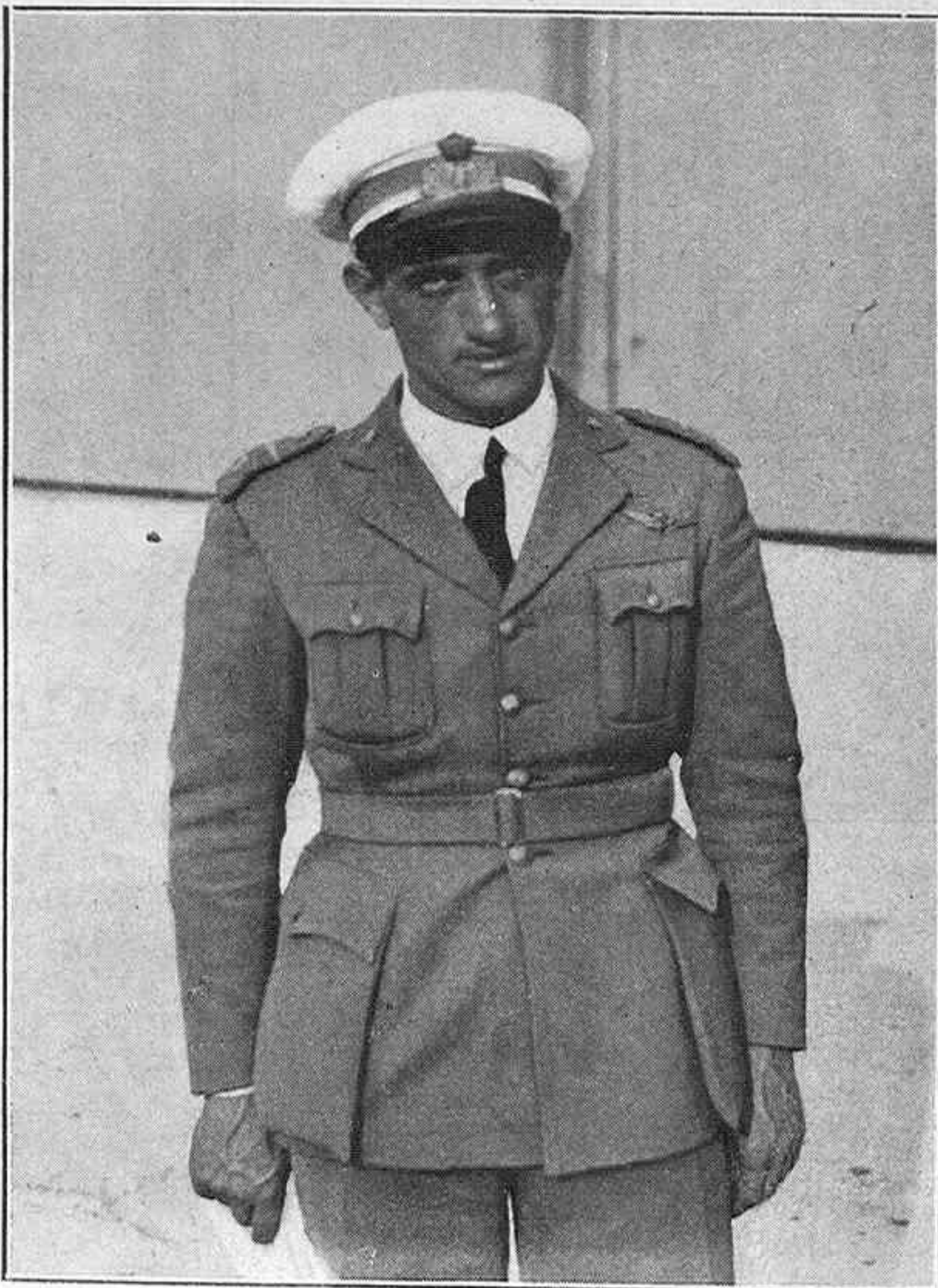
El oficial aviador británico H. R. D. Waghorn, ganador de la Copa Schneider, trofeo internacional de velocidad para hidroplanos, en el concurso celebrado recientemente frente á las costas de Southend. El oficial Waghorn, piloteando un "Rolls-Royce especial", cubrió el circuito de 350 kilómetros en 39 minutos 42 segundos $\frac{1}{5}$, obteniendo una velocidad media de 528 kilómetros 765 metros por hora

(Fot. Agencia Gráfica)

Momentos gráficos de la prueba internacional Copa Schneider



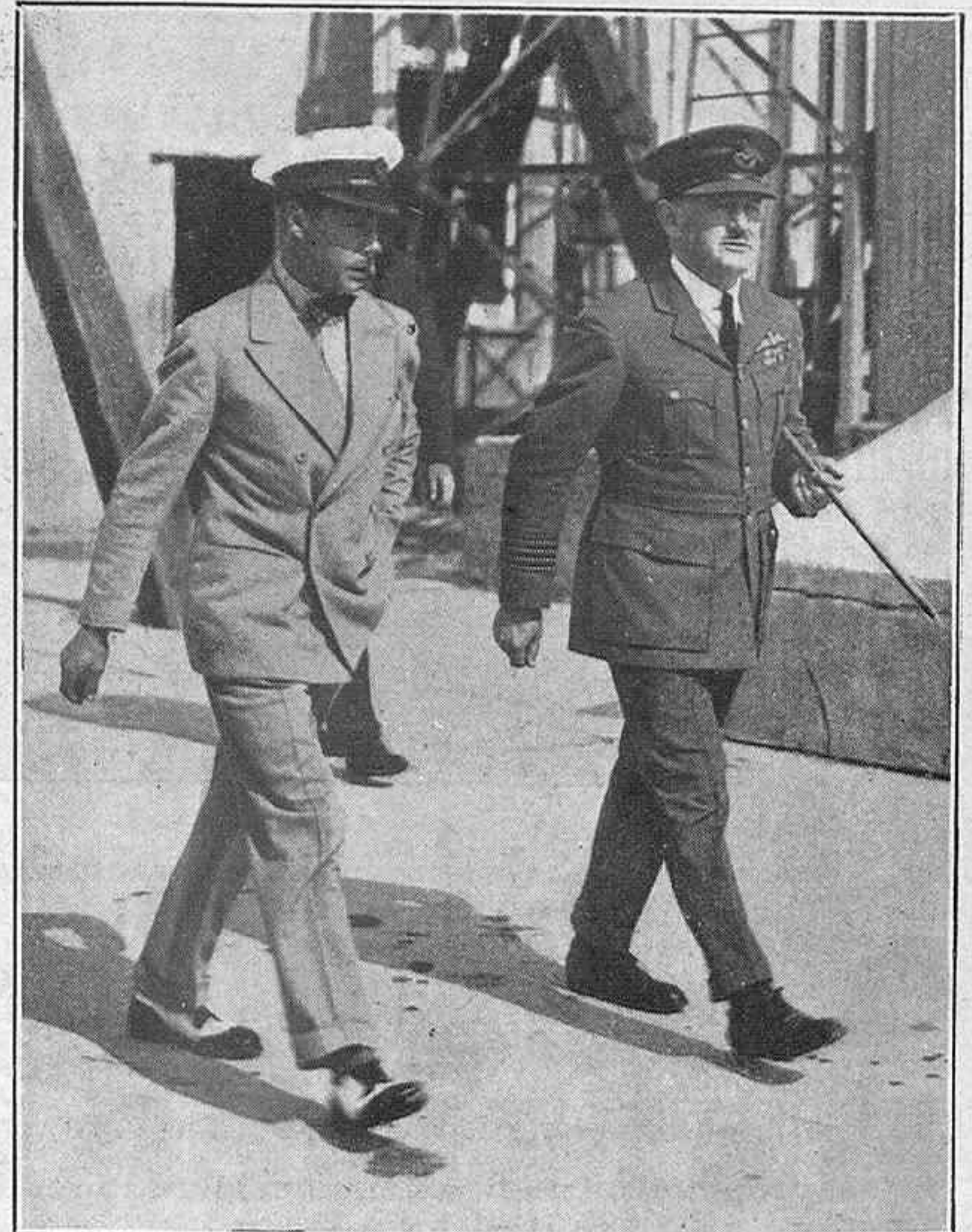
Calshot.—Uno de los hidroaviones británicos que han tomado parte en la Copa Schneider, preparado para lanzarse a disputar la prueba. Al fondo, el magnífico trasatlántico «Mauritania», en viaje de Norteamérica á Europa, cruza ante las costas de Southend, donde las alas inglesas é italianas batan los aires á velocidades fantásticas



El capitán italiano Del Molin, clasificado en segundo lugar de la prueba internacional, haciendo el recorrido de los 350 kilómetros á una velocidad media de 457 kilómetros, 277 metros

INGLATERRA se ha apuntado un nuevo gran triunfo en la Copa Schneider. Los británicos han vencido en el torneo que puede considerarse como el verdadero campeonato mundial de la velocidad. Sus únicos contrincantes, los pilotos de la Armada aérea italiana, han sostenido brillantemente la vertiginosa rivalidad; pero handicapados por la pérdida de su jefe, el capitán Motta, que halló la muerte durante los entrenamientos en el lago Garda, los preparadísimos pilotos ingleses han realizado el milagro de batir el *récord* mundial, que es tanto como vencerse á sí mismos, puesto que el teniente Webster fué el vencedor de la Copa celebrada en el año 1927.

El teniente Waghorn, vencedor esta vez de la marca suprema de la velocidad, voló los 350 kilómetros del recorrido oficial sobre Calshot en 39 minutos, 42 segundos y $\frac{2}{5}$, lo que supone una velocidad media de 525 kilómetros, 765 metros por hora.



El príncipe de Gales, primer espectador del Trofeo aéreo, visitando los hangares británicos donde se guardaban los hidros secretamente contruidos, acompañado del capitán inglés Manson (Fots. Agencia Gráfica)

LA PESCA DEL SALMÓN EN EL SELLA



La pesca del salmón en Asturias adquiere, en ciertas partes del Extranjero, como Inglaterra, prestigio de cosa extraordinaria, arte de príncipes en holgorio, tennis que se ejerce en las aguas, caza de aves de fábula en lejanías de romance. Así se comprende que los extranjeros de tierras frías estén familiarizados con nuestros paisajes del norte, con lo más inédito de nuestras montañas y lo más recóndito de nuestros ríos, salmoneros y trucheros, sembrados de promesas ubérrimas.

Camino blanco de Onís, por entre fresnos y avellanos, castaños y pomares, me aseguraba un caminante pasiego que el mejor te del universo no está en la India, sino en los Picos de Europa. Lo descubrieron unos excursionistas ingleses. Desde entonces, todos los años tiene el pasiego que enviar á Londres no menos de cien kilos de te asturiano. Los importadores de exotismos y de inútiles elegancias, ya saben que en los Picos de Europa hay lo que fueron á buscar tan lejos.

La pesca del salmón, además de ser una industria de singular importancia—gruesos riñones de plata que navegan río arriba—, como cosa deportiva, tiene la emoción de un hallazgo en la amplitud de un sosiego. No roban la atención la ola encabritada, ni el viento huracanado, ni el esfuerzo en fatiga que acarrea el navío. En el grato sopor, el hombre espera. El río claro pasa ri-sueñamente, como un ala tendida. Parece que la figura del hombre también se marcha río abajo, desprendida del fondo, techos de guijas en castillos vagos. Huele el ambiente á enramada fresca, á río claro y á campo nuevo. Sobre el «pozo» arremansado, las cañas son como flautas pastoreales, caramillos que atraen á las ninfas que retozan en la curva de alisas y de avellanos. El pez de plata y naranja, hucha de perlas y afañes, se va presto al engaño. Y tras el rudo bregar del brazo, que suelta cuerda y la recoge luego, aparece en la orilla el montón de plata nerviosa que abofetea al sol, al añil del cielo y al verde de la ribera. Todo para caer vencido en las manos del hombre, con el gafo arponcillo en el vientre de plata. Pesca muy parecida á la del «bonito», pero no hecha aún para el paladar demócrata

y para el bolsillo humilde. Mucho menos mientras no se aumente la pesca, mediante el necesario respeto á los lugares de crianza. Porque los enemigos mortales de la pesca del salmón, más que en las cuencas carboníferas, están en la falta de una ley que obligue á los dueños de los minerales á tener más respeto con la bondad de los

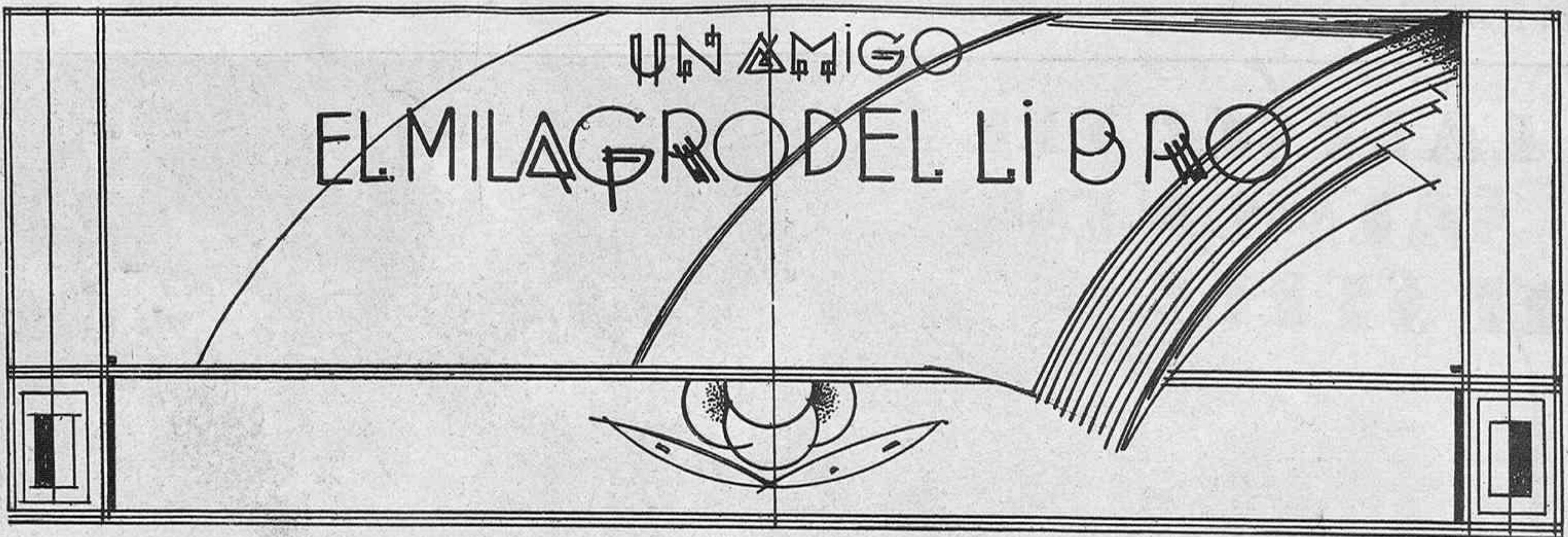
ríos y con los pueblos que se asoman á sus márgenes. La hulla ciega la mayor parte de los ríos asturianos. El Sella se ha salvado de esta afrenta de la vida nueva que va delante como un potro, sin ocuparse de los jardines que echa á perder con la herradura. Es el Sella un río claro y largo que va alegrando el paisaje, á los pueblos, al caminante de vereda, al que va en automóvil y al pasajero del tren, que desde la ventanilla ve cómo surge y se esconde graciosamente el río, como un collar que engarza los caseríos, la fronda y el valle, de distancia á distancia.

Tenemos por ríos salmoneros de más importancia el Eo, que separa á Galicia de Asturias, y que aun no se sabe si habla la lengua de *Clarín* ó de Curros. Pelayo y Santiago se las entiendan. El Narcea, que nace en Navaliegos y que se une al Nalón en Cornellana; el Piloña, famoso por sus salmones; el Navia, el Deva, que en 1927 dió 9.793, y el Nalón, cegado completamente por la hulla, sin ningún respeto para el paisaje y para el hombre. La pesca del Deva podría ser un barómetro para los demás ríos asturianos. ¿Es una riqueza que merece cuidado? Los pozos, ó criaderos, tienen para los *iniciados* respeto de pila de bautismo. Para la pesca del salmón todo se viste de fiesta. Cada excursión, una emoción nueva en romería. Aunque de distinto modo, arranca el entusiasmo de los amantes de las fiestas de toros. Hay tardes buenas y tardes malas. Pero no hay fatigas de peones de brega, sino claridad de filósofos optimistas que comentan la pesca de este ó aquel ejemplar, días después del hallazgo, lo mismo que si se tratara de este toro de buena estampa ó de aquel mal berrendo, no acreedor á tan segura espada. Este es el mérito de la pesca del salmón, aparte de constituir una fortuna que requiere fino paladar, más que diente de nuevo rico. Grecia se honraría con los salmones del Sella para manjar de sus dioses. Mucho mejor si fueran servidos en el verde mantel de estos valles. No en vano el tirso del laurel, roble, manzano y fresno vive aquí en soledad, sin una frente que tenga la grandeza de estos riscos, en cuyas cimas descansar las nubes que van de paso.—ALFONSO CAMIN



En la fotografía superior: Pescadores de salmón en el río Sella. En la fotografía inferior: Dos de los magníficos salmones que se pescan en el Sella

(Fots. García)



El espíritu, asfixiado por la tenaza de la misérrima realidad circundante, se torna laxo, flojo, macilento... Como fatigada bestezuela que al otear el largo camino se tiende cobarde y remisa en la regata, el espíritu también, en las horas de penuria y desaliento, quiere entregarse á esa alimaña proterva que lo espía y lo guarda en la encrucijada: el Fastidio.

Pero en ese instante de raquitismo de la voluntad, de inercia y apocamiento mental, cuando ya estamos á punto de caer, nuestra mano ha buscado en los plúteos y anaqueles de la biblioteca un libro. Al abrirlo, sus hojas han dado un leve crujido. Este ruido casi imperceptible es como el anuncio de un alumbramiento feliz. Y los ojos ven con codicia las hileras de letras, que se convierten en imágenes maravillosas, en escorzos magníficos, en figuras encantadoras, en apólogos sabios, en sentencias luminosas y en avatares inagotables de sabiduría. La vida monótona, plana y rala, se ha convertido, por el milagro del libro, en un viaje deleitoso á través de un país de ensueño. El terreno pedregoso y árido es ahora un vergel. Allí está en el libro el secreto de la vitalidad, de la gracia y de la fuerza. *Ego sum janua*. Yo soy la puerta, nos dice, por donde se va á todos los caminos.

Como en la copa mágica donde estaban congeladas las lágrimas de Brandisia esperando que viniese á liquidarlas la mano del caballero que más fiel y profundamente quisiese á su dama, así también los libros entregan sus tesoros inagotables á los que son sus más fieles y encendidos amadores.

•••••

¡Poder maravilloso el de los libros! ¡Fuerza insuperable de la palabra escrita! Estos signos guardan el secreto de la inmortalidad. El tiempo, implacable, va segando generaciones de criaturas; la tierra se come lo que engendra; pero el poder de destrucción, ese juego de la naturaleza que se nutre de sus propias obras, se quiebra y se inutiliza frente al libro. Así como en las lupercales romanas unos á otros se daban las antor-

chas encendidas, así también las criaturas van dejándose de generación en generación estas lámparas espirituales que llenan de luz el camino de la Humanidad. Y los libros, como poderosos taumaturgos, nos trasladan á otros tiempos y nos hacen conocer las hazañas admirables para que las imitemos, y los sucesos reprobables para que los huyamos.

Ellos son el foco magnífico que dibuja en el blanquísimo *film* de nuestros días las pálidas y amadas siluetas. En sus hojas están las controversias escolásticas de los griegos, las discusiones del ágora, las revueltas del foro romano, los banquetes de Lúculo, la inquietud amenazadora de la plebe, las argucias de los sofistas, la palabra maravillosa de Sócrates, la elocuencia arrebatadora de Cicerón, las tragedias de Esquilo y la mordacidad satírica de Aristófanes.

Los libros son la alcancía de las viejas costumbres, la escuela universal de las buenas palabras y de las maneras corteses, la llave misteriosa que encuentra en el alma las vetas más ricas de nuestra sensibilidad. La palabra escrita, como saeta de luz, va descubriendo en nosotros inestimables tesoros. Porque duermen allá, en el hondón del espíritu, sumergidos y prisioneros, un caudal de sentimientos que sólo aguardan para erguirse las frases milagrosas. Y ellas hacen bullir en la entraña de las criaturas un poder oculto transmitido por otro espíritu; y el tímido y apocado se torna audaz, el liviano se vuelve casto, el codicioso abre su mano, el relapso y frío es fervoroso y dinámico, el blando y feble es duro y tenaz, el inquieto y bullanguero es reposado, y el cobarde y remiso está henchido de valor y apto para toda heroicidad.

Si el hombre se siente solo en el yermo, ó aislado en el trajín enfebrecido de la ciudad, el libro hermano extenderá hacia él los brazos de sus hojas; si la angustia del vivir ha colmado su vaso con un nuevo pesar, aquí encontrará en el libro un alma más torturada que la suya, y el relato de esta desdicha le servirá de lenitivo; si siente la nostalgia de los días infantiles, las hadas lo llevarán á sus palacios de aljófara; si quiere oír

la verdad sin abominables mixtificaciones, aquí la tiene en el papel, escueta y virgen...

La almohada de Alejandro el Magno era la *Iliada*, de Homero. A ella debió el caudillo macedónico su extraordinario arrojo. Y cuando el hijo de Filipo entró en el Asia, envió á Grecia por libros para repartirlos entre los bárbaros. Porque él sabía que la posesión de la tierra y el vasallaje de millones de criaturas no son nada comparados con la conquista de los espíritus.

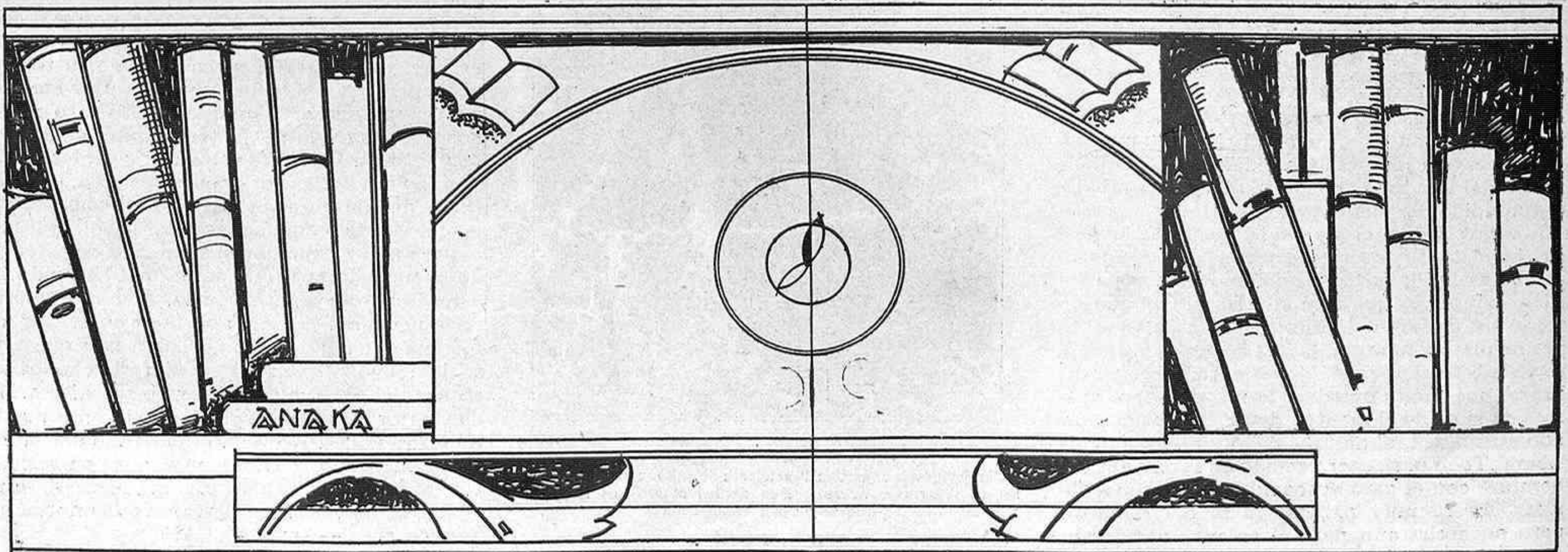
Y lo mejor del hombre, la parte más excelsa de la Humanidad, está en los libros. Alfonso X, *el Sabio*, en vez de un águila imperial, puso en su lábaro ó estandarte un libro; así, nosotros colocamos junto á nuestro corazón estos cariñosos amigos que nos acompañan sin queja ni recriminaciones. Ellos no nos engañarán jamás...

Cuentan los biógrafos de Mahoma, que el Profeta no olvidó nunca á su buena mujer Kadijah, vieja y sin atractivos, que lo acompañó en los momentos difíciles y en las horas de pelea.

Un día, Ayesha, su bella y joven favorita, le preguntó: «—¿No valgo más que Kadijah? —Está viejísima y ha perdido todos sus encantos... —¿No es verdad que me quieres más que quisiste á ella? —¡No, por Alá!, respondió Mahoma. Ella fué la primera en creermme, cuando nadie creía en mí, y en los momentos de peligro me alentó y me juró fidelidad. En el mundo sólo he tenido un amigo, y ese amigo fué Kadijah.»

Si algún día la vida nos hiciera guiños y visajes desde sus encrucijadas, para que trocáramos el amor á los libros por los deleites y concupiscencias de la carne, nosotros rechazaríamos todos los requerimientos de la sensualidad hundiendo la cabeza en el regazo fiel del libro, que, como la vieja Kadijah, nos mantuvo con sus brazos en las horas de desaliento, llenó nuestro corazón de entusiasmo y brío en la pelea, y nos fué siempre fiel y verídico. En el mundo sólo hemos tenido un amigo que no ha empleado la perfidia ni la añagaza, ni la hipocresía para engañarnos: ese amigo ha sido el libro.

H. R.

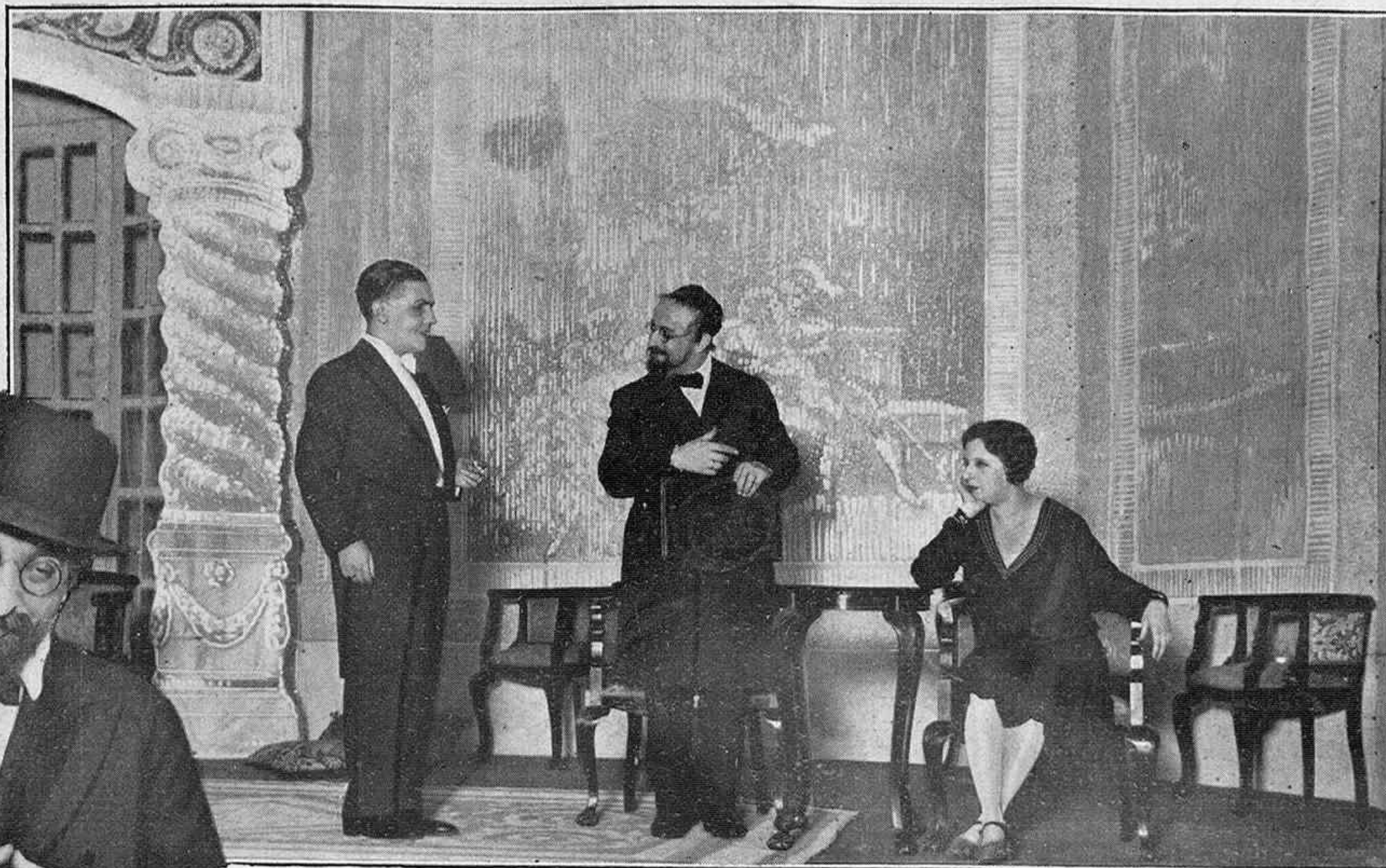


LA VIDA TEATRAL

«Cuatro náufragos y un judío»



El excelente actor Carlos M. Baena, en el personaje Levi, protagonista que encarna de modo insuperable



Una escena del acto segundo de la original farsa exótica «Cuatro náufragos y un judío», original de John Drysdale, que ha obtenido un buen éxito

venes actores de merecimientos y seguro porvenir, se presentó con una comedia interesante de un autor inglés desconocido en nuestro ambiente teatral: John Drysdale.

Propósito firme de la dirección de esta Compañía de Teatro Universal es «preferir la de positivo valor, á la obra de originalidad dudosa; junto á la frivolidad de la pieza exótica, ofrecer el teatro clásico, de hondo arraigo español; al lado de Lope de Vega, Shakespeare; cerca de Bernard Shaw, Benavente; y así, alternando la farsa con la comedia y el poema lírico con el drama moderno, pretender hallar la diversidad que á todos complace y divierte».

•••••

Cuatro náufragos y un judío titula John Drysdale su comedia, ó farsa exótica, como se lee en los carteles. Mejor sería *Un judío y cuatro náufragos*, ya que la obra es eso: un judío. La vida compleja, la espiritualidad peculiar de una raza, ahí está íntegra, trazada de mano maestra por un desconocido autor expertísimo, que ha compuesto un tipo—Levi—en forma insuperable. La comedia es toda Levi. Tan poderosos trazos le acusan y señalan, tan plástica realización ha conseguido, que aunque los otros personajes están totalmente acabados, son absorbidos por el protagonista.

En esta obra tal vez sea lo de menos el argumento. Y en esto advertimos una maestría técnica en John Drysdale envidiable. Sin una fábula muy sugestiva, logra desde las primeras escenas prender de modo decidido la atención del espectador. Claro es que, en cambio, ha tenido, al parecer, el deliberado propósito de mostrarnos un estudio de caracteres y de razas. Y lo ha conseguido de un modo total. El español, aventurero y romántico; audaz y fuerte en la vida con los hombres y con los elementos, y débil y enamorado con la mujer; el descubridor, el conquistador, para que otros se aprovechen...; el inglés egoísta, vanidoso y poco escrupuloso, henchido de orgullo y vanidad; el francés, menos dibujado, como personaje episódico—bien comprendido por Ontiveros—, pero de fuerza suficiente para no pasar desapercibido, y la protagonista que incorpora Hortensia Gelabert con singular fortuna; y, finalmente, la familia de Levi: esposa Rebeca, hijo Isaaé—é hija, delineados con gracia, con soltura, con sobriedad y con seguro trazo.

Pero, sobre todos, Levi, el eje de la obra, es un tipo curioso é interesante, con el que se ha entusiasmado el autor, y lo ha dibujado con esmero, con delectación artística y cuidado exquisito.

Levi se nos aparece en el acto primero en una isla remota é ignorada, prestamista y comerciante, con otros cuatro náufragos de un mismo barco.

En el acto segundo, astuto é inteligente, en casa de uno de los náufragos, el lord salvado, comerciando con los criados y con los señores; en el acto tercero, el mejor y más humano de toda la comedia, en su hogar. Tres momentos interesantes, bien conseguidos, de la vida de Levi; tres momentos que le definen y caracterizan de un modo definitivo. Definitivo y absoluto.

Carlos Martínez Baena ha elegido bien esta obra para debut. Muestra de una vez los elementos principales de su Compañía, y aparece él con todo el empuje de su poderosa condición de actor y director.

Difícil es que haya quien interprete mejor el papel de Levi, ni que sea capaz de sostenerlo, como él, en los tres actos, en los que advertimos tres modalidades del alma complicada, avarianta y sentimental, dura y comprensiva á un tiempo mismo, del protagonista. Incorporó su papel con una ponderada sobriedad magnífica; el gesto, la mirada, el ademán, la voz, todo tenía su medida y su expresión justa. Así, Baena pudo lograr, á lo largo de las tres jornadas felicísimas de *Cuatro náufragos y un judío*, hacer comprensible al público hasta el más sutil estado psicológico del protagonista, porque supo comprender y expresar, no sólo lo que estaba escrito, sino aquello que sólo se puede sentir y á las veces hay que callarlo... Todas las inquietudes del judío Levi, todas sus complicadas vibraciones anímicas, todos sus sentimientos expresados ó recónditos tuvieron su matización en la escena.

Cuatro náufragos y un judío es, desde luego, una obra original é interesante. No es una obra de vanguardia, ni de torpe originalidad al uso en el teatro de *snobs*. No. Es de una relativa originalidad, desde luego, y cuenta con remotísimos antecedentes. Ahora, que frente á muchas obras de nuestro teatro habitual, esta pieza de John Drysdale, desde luego, justifica su condición expresada en el cartel. Es una farsa. Y es, ó parece, exótica...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

No empieza bajo malos auspicios la temporada teatral de otoño, abierta con las inauguraciones del Alkazar y Eslava. Eslava empieza con una Compañía recién formada, bajo la atenta y perspicaz dirección de un raro actor inteligente, que es además de comediante; poeta, Carlos Martínez Baena. La Compañía, que cuenta con conspicuas figuras y jó-



BAUDELAIRE O EL DOLOR

LA NOVELA BIOGRÁFICA

Los franceses han puesto en moda las novelas biográficas. Varias casas editoriales compiten en tan digna y provechosa tarea. Los nombres más en boga—Maurois, Gide, Barthou, Mauriac, Carco, Juvenel, Marius André, Beraud, Herriot—hurtan el tiempo a la novela, al periodismo, al teatro, a la política, para enfrentarse con la Historia, antigua ó moderna. Y las vidas, gloriosas ó atormentadas, turbulentas ó tranquilas, heroicas ó bohemias, pero siempre fértiles, van marcando, como columnas miliarias, las sendas más insignes de la Humanidad.

A lo mejor, el fortuito hallazgo de unas cartas rectifica casi totalmente una leyenda austera, desvanece algún nimbo de santidad, trueca al arrogante en pedigüño y al caballero en rufián, como en el caso de Saint Beuve con madama Hugo, ó en el de Thiers con su amante, madre política y ninfa Egeria, al mismo tiempo. Entonces el biógrafo adquiere la firme autoridad de Tácito. Pero también a lo mejor otro fortuito hallazgo de otras cartas disipa un cartel de venalidad, como en Mirabeau, ó de megalomanía, como en Vigny. Y entonces el biógrafo deshace el error judicial, mas la víctima queda siempre impurificada, resellada, afrentada por los antiguos tópicos. De cualquier modo, la evocación de estas vidas fértiles, un poco anecdóticas y novelescas, a lo Plutarco, y otro poco íntimas y psicológicas, a lo Macaulay, equivale a airear, a ventilar la Historia, que se asfixia de erudición. Y conduce, por otra parte, a ennoblecer el alma moderna, que padece amnesia ética y estética, bien avenida, como una «niña bien», con el presente, estúpido, pero llamativo y cómodo.

LA CARA Y LA CARETA

Entre las biografías publicadas, nos atrae la de Carlos Baudelaire, una de las figuras literarias más indignamente falsificadas por el Tópico. Francois Porché—*La vie douloureuse de Charles Baudelaire* en la colección *Le roman des grandes existences*—reconstruye aquel vaso espiritual con amor y arte y retrata al genial poeta en todas sus inmensas desdichas.

Como en Poe, su hermano mayor, en Baudelaire regístrase un caso de desviación intelectual. Baudelaire es un espejismo literario. Una edición, con notas, del viejo *Heautontimoriménos*, atormentador de sí mismo en la comedia y en la vida.

El público sólo conoce la careta de Baudelaire. Esa careta de Anticristo lírico, impertinente y corruptor, que recorre las sendas del Pecado con la ciencia de un viejo quirite de Apuleyo, el énfasis de un príncipe de Guicciardini y la perversidad de una viuda de Brantome.

Por debajo de esa careta está el correcto, escrupuloso, fino dandy, católico como un vendeano, monárquico como un bonapartista, honesto como un buen comerciante.

Sus crápulas con Assolínau se reducen a vino y queso. Sus escándalos, a disputas con Máximo de Champ. Sus lascivias, a dar cucharaditas de jarabe a la Venus Negra...

Cuando, a la luz del documento, se quita la careta y nos mira, damos un grito de estupor. ¿Será posible? El poeta de *Las flores del Mal*, ¿no vivió una vida satánica? ¿Y los paraísos artificiales? ¿Y el hotel Pimodan? ¿Y el *haschis*? ¿Y el opio?...

Teófilo Gautier afirma que si alguna vez probó Baudelaire las drogas, «lo hizo como experiencia psicológica, pues era, fundamentalmente, un espíritu grave, preocupado, religioso».

Sus mismas paradojas tienen un no sé qué de trágico. Toda su vida es una serie de trabajos penitenciales, ocultos bajo la careta grimosa. Cuando la careta sonríe, la faz, mortal y humana, tiene un supremo rictus de angustia.

EL HOMBRE ANECDÓTICO

Baudelaire es la Paradoja viviente. Reúne todos los dones para triunfar y fracasa en todo.



Correcto, aristocrático, soldado del método, aparece como un bohemio desordenado, extravagante.

Enemigo de toda rebeldía, semeja un rebelde. Trabajador infatigable, cobra terrible fama de vago. Amante de la modestia y de la paz, pasa por orgulloso y camorrista. Triste, infinitamente triste, sus ocurrencias, sus salidas de tono, sus manías de «asombrar al burgués», llena la historia literaria de su tiempo.

Nació para una obra coherente y sólida, y es el poeta de lo fragmentario, el hombre anecdótico. Fue el vaso bíblico de perfumes y pasó la vida arrastrando públicamente una carroña...

Siguiendo paso a paso sus intimidades, vemos en él un niño esquivo, de recogidos pensamientos que a duras penas logra aprobar las asignaturas. Carece de precocidad colegial. Es un mutismo, melancólico y obstinado, que se alimenta, como Hamlet, de observar a su madre y a su padrastro. Acaso, como en Elsenor, ronda en el piso de Hautefeuille la paterna sombra...

Sus desavenencias con el padrastro hacen que éste le envíe de golpe y porrazo ¡a Calcuta!... Y ya tenemos al poeta de veinte años a bordo del *Alcides*, en plena soledad huraña, forjando aquellos soliloquios que han de ser, para siempre, sus inseparables hermanos.

He aquí la dura, solitaria adolescencia. Las raíces del futuro árbol están regadas con acíbar. Cuando entre las ramas asomen flores, esas flores serán *Las flores del Mal*...

HISTORIA DEL FRAC AZUL

Todo cuanto suceda después será episódico. El dandysmo, la bohemia, la presunción, están en la careta de Baudelaire, pero no en su rostro carnal. Ese hotel Pimodan, que es su penacho decadente, le conoce apenas. No acudió sino pocas veces—dice Gautier—, y siempre como espectador.

Cuanto al dandysmo, opina así en *Mi corazón al desnudo*:

«El dandy debe aspirar a ser sublime, sin interrupción. Debe vivir y dormir ante un espejo. Ser un hombre útil me ha parecido sencillamente repugnante.»

Pero a renglón seguido, añade:

«Dandysmo... Hombre superior. ¿Qué es un hombre superior? No es precisamente el soberbio ignaro. Es el hombre de ocio y educación. Ser rico y amar el trabajo.»

Comentario de CRISTÓBAL DE CASTRO

Por entonces reúne dinero, toma un hotel y un ayuda de cámara y ejerce de poeta elegante. Son sus comienzos periodísticos y mundanos, sus éxitos de crítica en las Exposiciones, sus contactos con la bohemia. La careta encubre la cara. Se inicia el petulante pueril, yendo, de frac, a comer patatas en los tugurios más infectos. Es la época que Champfleury engalana con sus interesantes *Memorias*:

—¿Qué es *La Baudelaireana*?

—Es una colección de historias referentes a Baudelaire.

—Díganos quién es Baudelaire.

—Con mucho gusto... Sencillo y sereno, en lo raro... Tal es el autor de *Las flores del Mal* y traductor de Edgardo Poe. Su pasión por el asombro ajeno desempeña un gran papel en su vida y en su literatura. Quiere asombrar para asombrarse del asombro. ¿No conoce usted la historia del frac azul?

—Venga la historia del frac azul...

—Allá va... Baudelaire manda llamar un sastre. Quería un frac azul con botones dorados, como el que tiene Goethe en las pipas de porcelana. Acude el sastre. Hay varias sesiones de prueba. Baudelaire siempre corregía... Que si las mangas... Que si los faldones. Ocho días se llevó el sastre pasando el jaboncillo sobre el frac azul... Al fin, la prueba decisiva. El poeta se pone el frac, se mira al espejo, se pasea, lo encuentra bien del todo, y dice, dirigiéndose al sastre:

—Hágame una docena como éste...

LA AMANTE INFIEL

Pronto se acaban los dineros. Baudelaire tiene treinta años. Está entrampado. Firma pagarés y pagarés. Se ve amenazado de un proceso.

—¡Qué fastidio!—nos dice él mismo—. No tengo un céntimo y estoy reñido con mi madre. Le debo diez mil francos, que me prestó cuando era rico. No es justo que la atormenten ahora, que es pobre. ¡Me avergüenza esto!

¿Qué lejos está ya la paráfrasis literaria! Hamlet, acorralado por la miseria, no evoca la venganza teatral, sino que se avergüenza, como un burgués analfabeto.

Estos años de angustia económica, que espolearon a Balzac, impulsándole a trabajar diez y ocho horas diarias, a ganar millones, a ser el *clou* de los salones aristocráticos, arrinconan a Baudelaire hacia un trabajo obscuro de traductor, hacia el desaliento y el fracaso.

Trabaja sin cesar día y noche, con la humilde paciencia de un monje ignorado. No tiene libros, ni papel, ni bujías. Sólo tiene las obras de Edgardo Poe y cuatro diccionarios viejos... Y trabajando así, veinte años, día por día, malvestido, aterido, hambriento, no dedica su esfuerzo a él, a su obra, a su creación, sino a la creación de Edgardo Poe, a la inmortalidad de Edgardo Poe...

¿Qué pavoroso aliento bíblico sopla en estos cabellos grises, en esta cara envejecida, en este cuerpo herido por la parálisis? Ya no hay careta, sino faz humana y exangüe. Ya el viento lúgubre de los Salmos barrió la hojarasca del dandysmo, de la Baudelaireana, de la floriola. Desnavencido el Hombre Anecdótico, renace el niño esquivo y taciturno. Como la marea cubre al naufrago, cubre al enfermo la hemiplejía. Lengua torpe, andar lento, memoria perdida, sollozar de niño. Al cabo, un día, en la catedral de Namur, cae, como fulminado, en las losas...

Y muerto ya, la Paradoja, como una amante infiel, le traiciona, en citas equívocas, con críticos y biógrafos. De ese adulterio póstumo sale el poeta infamado, escarnecido, con la careta de Anticristo lírico, de bohemio cínico, de hombre anecdótico, crapuloso é inmoral.

En la vida de Baudelaire no hay sol. Toda ella es una noche sin aurora. La Paradoja, sin embargo, pretende iluminar esta noche oscura, nimbando la angustiada faz de oprobios y escándalos. Mas la conciencia nueva, como Berenice, al enjugar la faz augusta, la muestra a la Posteridad en los pasos de su calvario y en las nubes de su gloriosa Asunción...

BELLEZAS NORTEAMERICANAS



CAMARA FID

Las tres muchachas más bonitas entre las que se presentaron al Concurso de belleza del Luna Park, en Coney Island. De izquierda á derecha: Ana Liebman, Dorothy Klem y Sally Ronan, ganadoras de los premios tercero, primero y segundo, respectivamente

(Fot. Marin)



ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

La opinión
de Gil Fillol

SALÍA de la platina como un boxeador que gana la pelea en el ring. Gil Fillol tenía una sonrisa tan pléctica y abundante que llenaba la redacción y se metía por los recovecos de las cajas y las linotipias. Sentado en su mesa de trabajo, hundía su cabeza en la pirámide de periódicos—como esos chavales que sacan en los puertos las monedas del agua con los dientes—y se erguía a poco, sosteniendo entre sus artejos la noticia del día, ó el comentario sagaz y atinado, ó el artículo político, limpio de mazacote retórico. Y después de un afán de doce horas presentaba Fillol á las gentes la gloriosa aventura de un periódico ameno, interesante, dinámico, cuajado de inquietudes y de juventud: *La Tribuna*. Este periodista notabilísimo, para olvidar el trajín diario, escribía artículos de arte. Descansaba de un trabajo entregándose á otro, y para él no existían más que los obstáculos del día siguiente.

Han pasado unos años—no muchos—y andando el camino veo otra vez á Gil Fillol sentado en la mesa de redacción de *El Imparcial*, entregado fervorosamente á su tarea periodística. He entrado casi de puntillas, dejándole al notable escritor y crítico de arte unas preguntas. Y Gil Fillol me ha respondido:

LA CRISIS DE LAS EXPOSICIONES

Lo único que no está bien de las Exposiciones de Arte son los artistas. Si consiguiéramos celebrar Exposiciones sin artistas, se habría cumplido nuestro más bello ideal.

España, sobre todo, á causa de la esterilidad del medio artístico, y como consecuencia de nuestro carácter exaltado, rústico y rebelde, las Exposiciones de Arte han tomado un giro peligroso y se desenvuelven en un ambiente de conjura y confabulación que resta alientos á los pocos que acuden á ellas de buena fe.

Hace tiempo se manifiesta la crisis de las Exposiciones en todo el mundo. Hoy ya no son expresión del momento artístico nacional; ya no representan el grado de cultura del país; ya no revelan siquiera el predominio de una tendencia ó una moda. Se han convertido en escaparate de vanidades y feria de mercedes. Eso, en todo el mundo. Pero en España, además, actúan de freno contra las escasas y aisladas iniciativas individuales, porque la protección del Estado, si no se limita á esa pobre función de las Exposiciones, es á ella á la que dedica más constante celo y más asidua laboriosidad.

PROCACIDADES Y BAJEZAS

En una reciente, breve y amistosa polémica que sostuve yo con el actual director general de Bellas Artes, pude oír de sus labios lamentacio-

nes y quejas que corroboraban nuestra actitud frente á los últimos Certámenes. El de 1926 colmó la paciencia de los críticos. A la sombra del auxilio oficial, en las encrucijadas del reparto de recompensas, en los tenebrosos recovecos de la elección de Jurados, cometiéronse tantos desafueros, procacidades y bajezas que la Dirección de Bellas Artes hubo de imponer como castigo (son palabras del señor conde de las Infantas) la supresión temporal del Concurso.

El descrédito de la Exposición Nacional en nuestro país es evidente. Pero, ¿y las Exposiciones no oficiales? Ahí está para ejemplo el Salón de Otoño. Salón creado para oponer una resistencia al despilfarro de mercedes, antítesis del arte que llamamos oficial porque es el que practican los elegidos en esos Certámenes, capilla donde debían congregarse los postergados, los audaces y los luchadores, quedó transformado, por obra y gracia—mejor, por desgracia—de unos cuantos arrivistas desaprensivos en campo de entrenamiento de los juegos olímpicos oficiales. El Salón de Otoño ha sido desde su fundación una oficina mercantil donde se cotizaban las posibilidades y ambiciones que poco después habían de encontrar salida en la Exposición del Estado.

El Salón de Otoño, manejado por dos ó tres artistas del *viejo régimen*, hizo buenas las Exposiciones Nacionales.

OTROS INTENTOS

¿Y los otros intentos? Más desdichados todavía. Exposición de primeras medallas, hecha expreso para demostrar la injusticia de la concepción... Exposición de personajes de los Quintero, que más que un homenaje á los dramaturgos ilustres era un agravio á su obra, admirable... Exposiciones del Círculo de Bellas Artes que alcanzaron á veces el ingenuo prestigio de las clases de labores en los colegios de señoritas... Exposiciones en saloncitos de chamarileros, desechos de taller, de los que sólo podía disculparse el propósito de que la Prensa se ocupara de las medianías...

Tampoco la crítica ha hecho nada por reme-

diar el mal. Más exacto: ha hecho todo lo posible por agravarlo.

LAS PLUMAS SERVILES

La crítica profesional, que cree servir al arte sirviendo á los artistas, olvida que por encima de ellos está su propia estimación, y que el sacrificio de ésta en aras de una tolerancia abusiva é inoportuna, sobre colmar sus espaldas de responsabilidad, perjudica en definitiva á los mismos que servilmente solicitan su benevolencia.

Poco á poco, adulados por la crítica, favorecidos por el Estado, entre el desdén de los que valen y la pasividad de los que pueden, los manguoneadores del arte han usurpado muchos primeros puestos y se resisten tercamente á toda revisión de valores.

Lo más sensible—por ser lo más difícil de destruir—es que el engaño ha prendido de tal forma en sus espíritus mezquinos, que ahora son ellos los más engañados. Pueden mostrar una recompensa oficial y unos elogios de la Prensa, y ya nadie los derriba de su cómoda plataforma. Miran á todos con desprecio: á los críticos que les auparon imprudentemente y al Estado que los «consagró» con notoria injusticia. Pintar..., modelar..., estudiar..., trabajar..., renovarse..., ¿para qué? En la corrupción del medio artístico español nunca ha de faltarles una pluma servil que les halague ni un Jurado audaz que les otorgue un monumento urbano.

NO PUEDEN SER JUECES Y PARTES AL MISMO TIEMPO

No; no quiero decir que la Exposición Nacional deba suprimirse.

Con todos sus defectos, nuestro Certamen bienal es la única expresión externa, pobre y triste, del nivel artístico de España, y la única protección económica—también triste y pobre—que el Estado viene prestando á los trabajadores del arte.

Lo imprescindible y lo inaplazable, repito, es que las Exposiciones se celebren sin la intervención de los artistas. Colgar un cuadro ó colocar una escultura sobre el pedestal..., y nada más. En absoluto, nada más. No pueden ser partes y jueces al mismo tiempo. No pueden juzgarse á sí mismos. Dejarles en libertad para que organicen los Certámenes, busquen los Jurados y se distribuyan las recompensas, equivale á convertirlos en electoreros y... distraer su precioso tiempo y su aguda atención de la labor artística.

Exposiciones, sí; con cuadros, con esculturas, con objetos industriales, con dinero, con medallas, con bolsas de viaje..., con todo lo que se quiera; pero sin artistas.

El artista, para estos efectos, ha de ser sólo un hombre, nada más que un hombre. Y ya es bastante si lo sabe honrar con su conducta.

JULIO ROMANO



Gil Fillol, ante su mesa de trabajo, en la redacción de «El Imparcial»

(Fot. Díaz Casariego)

CÁMARA-FLO

el irredentismo de Siria y Palestina

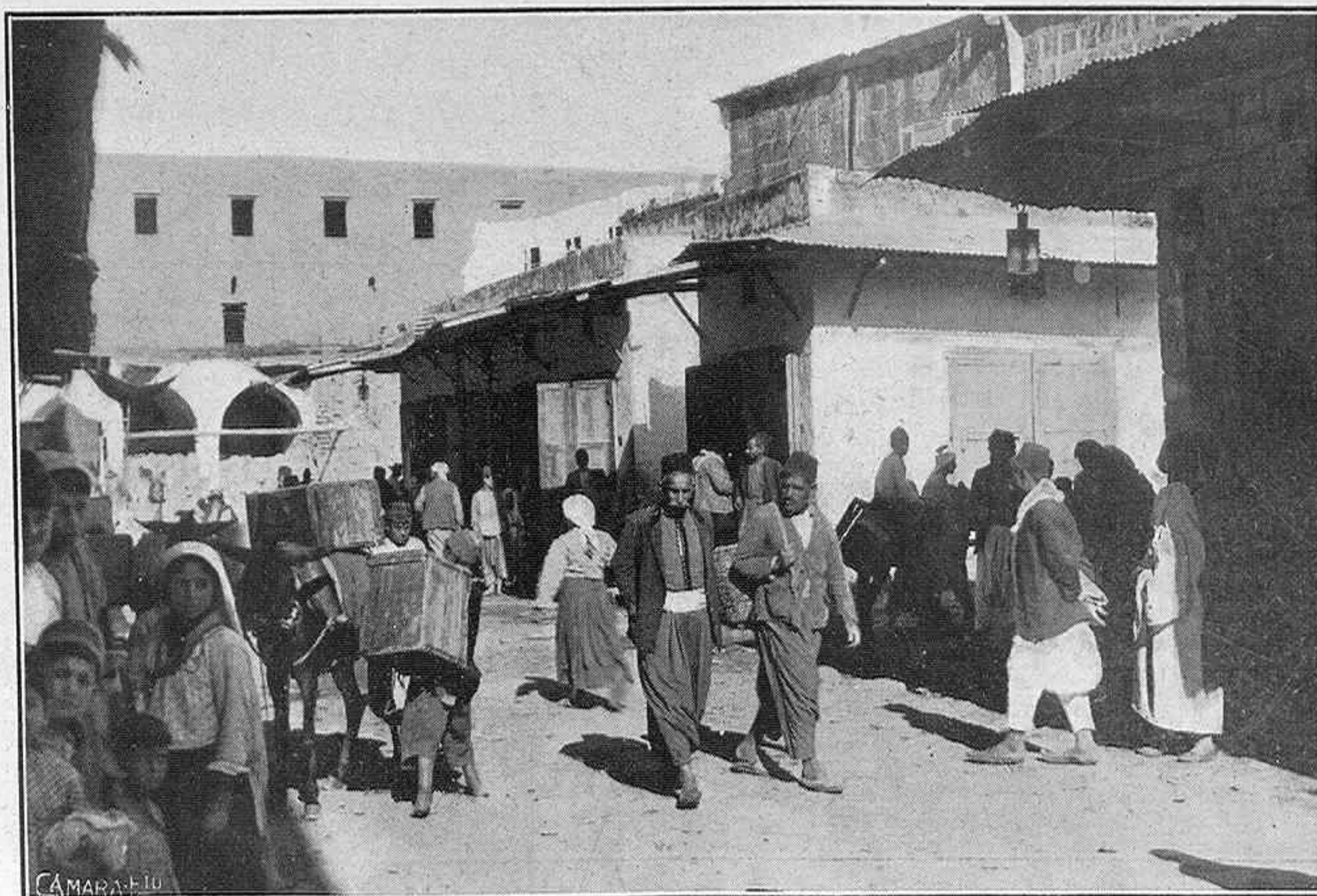
COMENTARIO DE DIONISIO PEREZ



Telaviv, el principal centro judío de Palestina

(Fot. Agencia Gráfica)

ANTE el Muro de las Lamentaciones, lugar sagrado de la fe judía, construcción del tiempo de David, unos grupos de musulmanes han acometido á la muchedumbre, que rezaba sus confesiones, y han trabado dura contienda. Nueve hebreos quedaron muertos, y cerca de un centenar, heridos. Luego, la persecución de los judíos ha proseguido en otros lugares de Jerusalén y se ha extendido á otras ciudades de Palestina. La nación protectora, Inglaterra, ha intervenido con sus tropas de vigilancia y ha enviado apresuradamente buques de guerra. Francia, á su vez, que ejerce el protectorado en Siria y que hace dos años tuvo que dominar una grave rebelión, hace también preparativos de previsión, de vigilancia y de defensa. Turquía, por su parte, ligada por un Tratado con Francia y con



Una calle de Saïda, la ciudad que ocupa el emplazamiento de la antigua Sidón (Fot. Vidal)

Inglaterra, que consagra la disgregación del Imperio Otomano, se limita á declarar su irresponsabilidad en el levantamiento de la muchedumbre de Jerusalén. Parece cierta la declaración del Gobierno de Angora. No hay maniobra oculta de ningún poder político, en estas dificultades que surgen, ante Francia ayer y ante Inglaterra hoy, en sus dominaciones de Asia Menor. Hay la realidad de pueblos sometidos que es más fuerte que la letra del Tratado de Versalles.

Para Inglaterra, la liquidación de la guerra, que se creyera ganada con el armisticio de 1918, y que cada día aparece más perdida, es una mala hora histórica. Nada más peligroso para su representación en Asia que el surgimiento airado ante su poder de estos irredentismos, en que aparece no sólo un nacionalismo humillado,

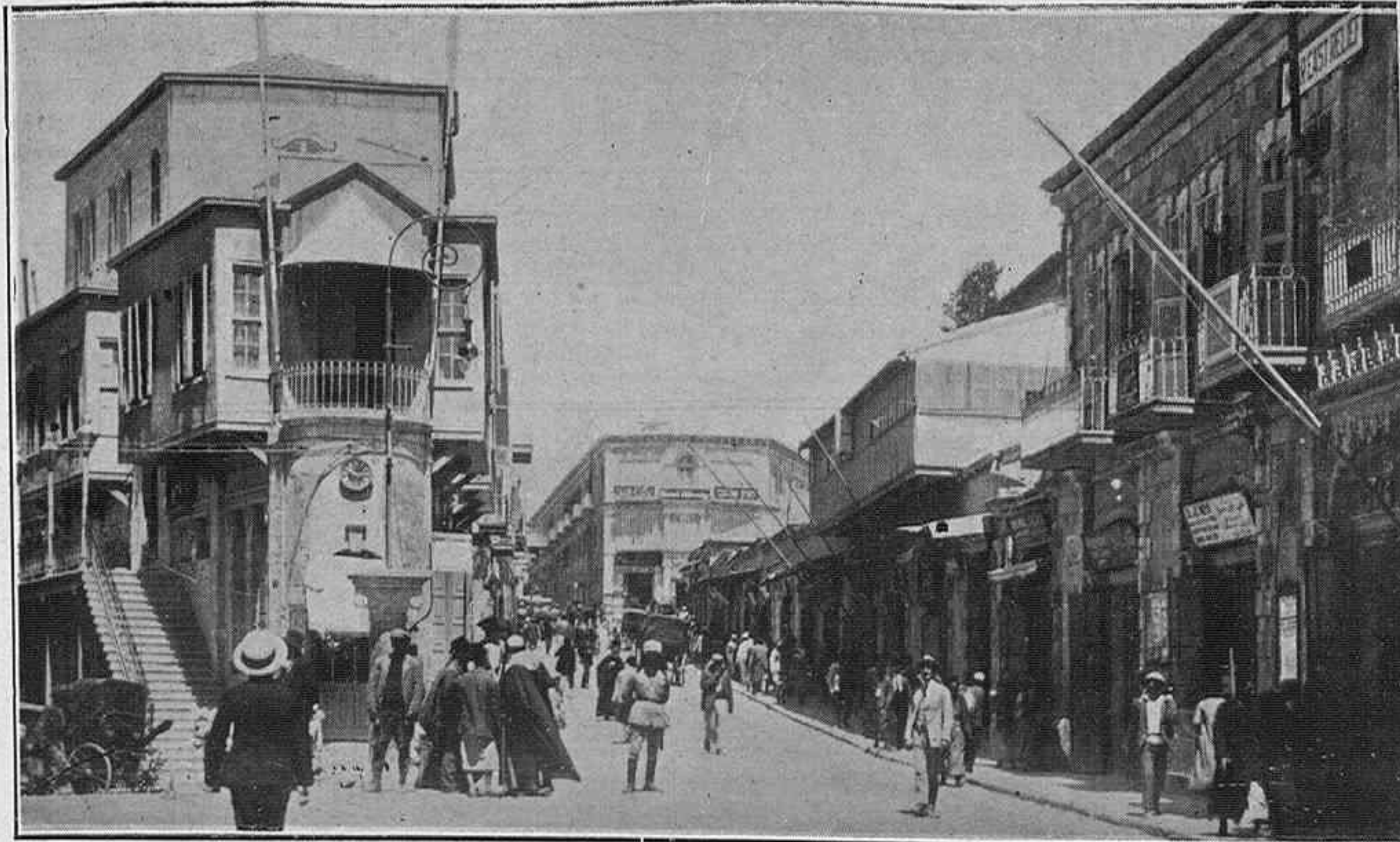


sino la fe religiosa escarnecida. Había logrado la Gran Bretaña que su pabellón cobijara con igual respeto á los creyentes de los más distintos dogmatizadores, desde Buda á Mahoma y desde Confucio á Moisés. Así, respetando todas las religiones y todas las sectas, conservando y acatando todos los pontificados místicos, donde quiera los encontraba establecidos, pudo afirmar su poder político y conservar sus dominios y colonias.

¿Qué raro capricho la incitó á romper su hábil táctica tradicional cuando recibió en el botín de la guerra el Protectorado de la vieja Judea, de la Tierra Santa de la Cristiandad? Por una inexplicable paradoja, consagrada por los siglos, aquella cuna de religiones no pertenecía á ninguno de los pueblos que las profesaban. Hace diez y ocho siglos que los romanos destruyeron el Estado judío y dispersaron al pueblo deici-

da, con gran contento de los cristianos. Hace trece siglos que los musulmanes se apoderaron de Siria y se convirtieron en guardadores de todos los testimonios materiales del Antiguo y del Nuevo Testamento.

El sionismo no ha respondido á la iniciativa de Inglaterra. Se imaginaba un éxodo de los judíos de todo el mundo hacia la patria resurrexa; como cuando Abraham los condujera desde la Caldea á Mesopotamia ó cuando Moisés los libe-



La calle de Jaffa, en Jerusalén

(Fot. Marín)

En tan largo plazo, la raza hebrea se había acomodado en diversos países, había soportado persecuciones y destierros y había conservado en su fe, en su idioma, en su recia personalidad de pueblo elegido, una nacionalidad espiritual que se avenía muy bien con su feliz disposición para los negocios, que, en verdad, no tienen patria. Y he aquí que á Inglaterra, protectora de Palestina, se le ocurre la curiosa iniciativa de reconstituir la vieja Judea, si no con la plena soberanía de los tiempos gloriosos de Salomón, con la autonomía y libertad que gozara cuando Pilatos representaba al César romano en Jerusalén.



El Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén. Este muro, construcción del tiempo de David, es lugar sagrado de la fe judía, y ante él ocurrieron los primeros choques entre árabes é israelitas, durante los sangrientos desórdenes recientes

(Fot. Vidal)



La fachada de la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. En la plaza, los puestos de los vendedores de escapularios y otros objetos piadosos (Fot. Boyer)

rara, pasando el Mar Rojo, de la esclavitud en Egipto. Resultó que en el sionismo todo era literatura. Los multimillonarios judíos que dominan en la banca y en los grandes negocios de Nueva York y Londres, de París y Berlín, de Amsterdam y Ginebra, están bien avenidos con sus patrias de adopción y no creyeron prudente trasladar sus caudales y sus residencias a la Sión llorada y gimoteada, donde las guerras y la barbarie de siglos han talado los cedros del Líbano, han asolado el Valle de los Reyes y borrado todos los recuerdos anteriores a la aparición de Jesús de Nazaret.

Quietos en sus residencias los grandes capitalistas de la Comunidad hebrea, ¿qué iban a hacer en Jerusalén, invadido de cristianos, los comerciantes, los menestrales que viven en hermandades y barriadas, que son como una patria, en distintas naciones, hablando diferentes idiomas, habituados a diversas costumbres?

La reconstitución de la nacionalidad hebrea ha fracasado en manos de Inglaterra. Su fin político de desturquizar Palestina, oponiendo a los musulmanes un nuevo ciudadano, ha servido solamente para que el odio secular contra los hebreos despierte más sañudamente que antaño.

dos es la exhibición de un museo de religiones. Esta misma República Judía, que enciende la guerra nuevamente, se creaba, más que como una debida reparación histórica, como una donosa curiosidad que explotarían bien las agencias de viajes... He aquí al Judío errante que ha encontrado su hogar y toma reposo sin que lo hostigue ya implacable el «anda, anda, réprobo, perro maldito!...», que desde los Reyes Católicos de España hasta los czares de Rusia ha repetido la Cristiandad, creyendo servir a la Providencia en sus designios.

DIONISIO PEREZ

Un insigne periodista español, Alfredo Vicenti, que si no era judío originario, profesaba gran estimación a este pueblo, advirtió que en este aborrecimiento hereditario había algo más que el rencor de los cristianos contra los verdugos de Cristo. Se trata, sin duda— escribía—, de una antipatía é incompatibilidad de raza entre aryanos y semitas, semejante a aquella que en las sociedades primitivas determinó la total destrucción de la familia pelásgica.

El irredentismo creado en Siria por el protectorado francés y en Palestina por el protectorado inglés, que parecía reducido a un derecho de personalidad del pueblo otomano á gobernar y administrar esos territorios que había conquistado en tiempos en que la fuerza de las armas creaba una indudable legitimidad, que había poblado con mayorías enormes, que había consagrado con el trabajo de numerosas generaciones, se ha complicado lamentablemente con el propósito inglés de resucitar el reino de Salomón y reconstruir el templo, cuyo solar arrasado sustenta hoy la pesadumbre abrumadora de la mezquita de Omar.

Los franceses trabajan afanosamente en Siria, y los ingleses llevan a Palestina cuantos bienes posee su ingeniería colonial. Un acuerdo francoinglés ha establecido un ritmo de acción mancomunada en la empresa de trazar ferrocarriles que lleven el petróleo de Mossoul, en el Kurdistán, sobre las orillas del Tigris, al Mediterráneo en Kaifa ó Trípoli; de encauzar ríos y alumbrar manantiales para cultivar en regadío cuatro millones de hectáreas en Siria y llevar agua abundante a la seca Palestina; de plantar con algodón las interminables marismas desecadas; de humanizar el desierto vigilándolo con aviones para que puedan cruzarlo en automóviles los diez mil turistas que ya fueron el pasado año, sin temor a las tribus ladronas.

¡Los turistas! Sólo por servirlos se ha arrebatado su soberanía a los turcos... Ya se les ofrendan los viejos recuerdos de Fenicia y Babilonia, de Mesopotamia y Judea como un panteón de razas; ya la peregrinación por los lugares sagrados





No era la duquesa, pero la llamaban la duquesa de la Pergola.

María Luisa era una mujer que hubiera querido ser todas las reinas y haber reunido sobre su pecho todos los collares de perlas reales.

No era muy grande su jardín; pero lo recorrían varias *pergolas*, que sostenían rosas ó las campanillas de color más vibrante, las que más tintineaban en los días claros con su azul delirante.

Se la veía pasear por entre sus *pergolas* como por caminos de misticismo, por veredas entre claustrales y paganas, pasillos para bodas campestres y hondas meditaciones.

Distraía á todos los que pasaban aquella silueta, que parecía moverse entre las enredaderas.

«Mirad la duquesa de la Pergola», se decían sigilosos los que se acercaban á la verja de su jardín.

«¡Siempre bajo las *pergolas*! ¡Son las horcas de su belleza!», decía el apasionado que la seguía largo rato en sus paseos.

Ella jugaba á ser lejana y desquiciada; pero aquel juego iba siendo trágico y pesado, pues se la pasaban los años, y los enamorados se iban cansados.

Sólo uno, entre todos, persistía: don Estebanito, tipo menudo muy parecido á D'Annunzio; pero que se diferenciaba de él en los detalles, en que no tenía monóculo y en que no tenía talento.

De don Estebanito eran las mejores frases sobre las *pergolas*: «Sostenes del cielo», «Confesonarios de amor», «Jaulas para presa en libertad», «Campanario de los racimos».

La duquesa de la Pergola se reía de aquel joven á medio evaporar, que ponderaba con el más fino lirismo sus encantos y el estuche de sus encantos.

Pero un día surgió el tipo rudo y pasional, al que le atraen las delicadezas, por contraste, con un ardor cruel.

Sorbía á María Luisa aquel Fernandote, como si hubiese sido un profundo cáliz de perfumes, y siempre que estaba al lado de la dama se agarraba á algo para no caer, para no inclinarse demasiado sobre el abismo que era aquella mujer.

La pareja de leones amorosos se paseaba bajo las *pergolas*, que alrededor de aquel noviazgo era como jaula de calentura y de amor.

Muchas veces ella no le dejaba

avanzar, le hacía hablar desde el otro lado de las enredaderas, y entonces parecía él un caballero antiguo.

Fernando se sentía del otro lado del mundo detrás de las flores, y le preocupaba que no pudiese llegar un beso á ella, como embrujada entre enramadas.

—Odio las rejas, aunque sean de flores.

—Pero defienden como de hierro.

—Eso no—y la cogió una mano á viva fuerza.

—¡Ay!—gritó ella, exagerando el horror.

Los dos se habían herido con las espinas en el brusco ademán.

—Dame ahora tu mano y haya transfusión de sangre.

María Luisa, que respondía á una bella frase, más que á la piedad, alargó su mano arañada, y en un largo rato de tener las manos enlazadas creyeron transfundirse.

María Luisa iba entusiasmado demasiado á aquel muchacho sanguíneo y crédulo, que re-

cibía todos sus gustos en la plenitud de lo que querían ser.

La duquesa de la Pergola era tan afectada en todo, que hablaba por teléfono como si fuese á morir, con un desmayo hacia atrás, como si oyera la más seductora de las confidencias, cogido el receptor como si fuese un destapado frasco de perfume.

—Pareces una eterómana del teléfono—la había tenido que decir Fernando.

En el vestir tenía la manía de esa clase de trajes de cuyos hombros caen como dos largas alas flácidas y volanderas, y en el tocado de adornos, tenía la obsesión de una cinta de terciopelo alrededor de la garganta.

—Esa cinta al cuello—la decía Fernando—te hace parecer una tórtola degollada... Un día tienes que quitártela.

—No me la quitaré nunca... Eres diez años más joven que yo, y por eso no comprendes el deber de esa cinta...

—Supersticiones—decía él—. Estarías más hermosa sin ese ribete de luto, que no merece tu cabeza alegre...

La duquesa de la Pergola tenía días de gran palidez, en que la cuenca de los ojos se mostraba muy terrosa. Esos días Fernando sentía más prisa en quererla, y eran los días en que más luchaba el amor.

Se oían los «no» de ella como truenos de una tormenta, y sin saber lo que él hacía por acercarse á ella, se sentían unos relámpagos tenaces é insistentes llenando el espacio calmo de las *pergolas*.

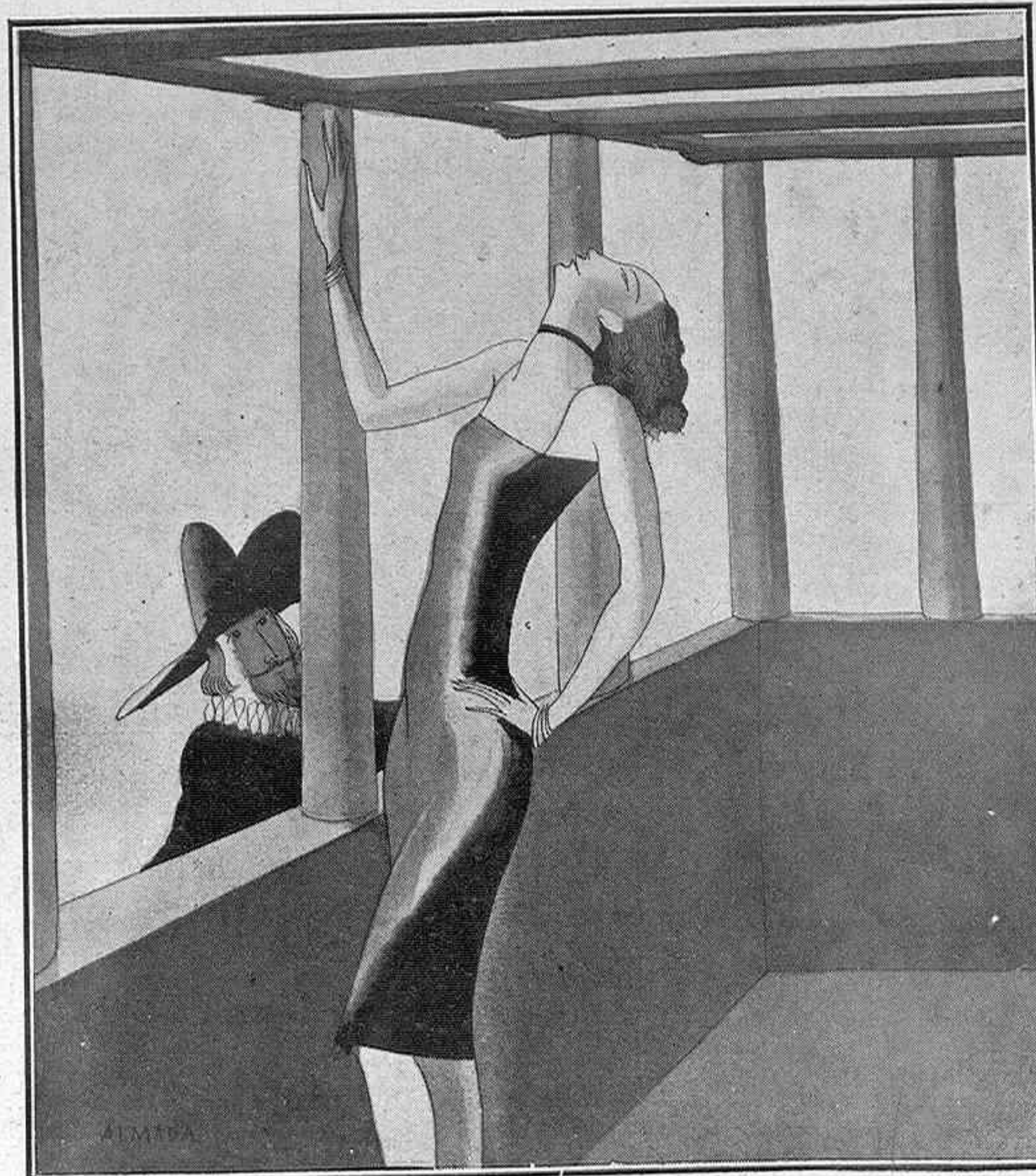
—Para llegar á ti siempre estoy nadando entre flores; suprimiría todas las flores de tu alrededor, y te sentiría destacada como no te he visto nunca... Eso y quitarte del cuello el filete de luto...

Malo. El amor llegaba á sentirse celoso de todo lo que velaba á la amada. El joven comenzaba á estar loco de amor por ella.

En la jaula de marcos y dinteles de las *pergolas* se veía que retezaba demasiado la pareja, sin tener en cuenta que el amor, irritado por el romanticismo, tiene unas uñas más largas que las de los tigres.

Elegante, siempre en deliquio de otros cielos, haciéndolo todo con posturas de quien da últimos besos á moribundos de amor, era María Luisa, cada vez más, la perturbadora y deletérea duquesa de la Pergola.

—¡Mi duquesa de la Pergola!—



Sólo uno, entre todos, persistía: Don Estebanito...

decía él, convencido de que era más duquesa que ninguna duquesa, duquesa pura, duquesa por floración propia.

Ella ya entornaba los ojos en aquel trato de duquesa, más apasionante que si hubiera sido verdadero, porque así era el honor que el fervor de la pasión concede.

Pero no podía ser compartido aquel ducado y para que todo no se fuese abajo, para que su estado sentimental no cayese en irreparable prosaísmo, tenían que ser los eternos novios.

—Pero, ¿cuándo será?— preguntaba él, tembloroso.

—Qué importa, si tú no podrás ser el duque, y yo tendría que dejar de ser la duquesa... Gracias á lo que nuestro amor tenga de incumplido, nos pasearemos siempre bajo nuestros emparados, desesperados de amor.

—Bueno; pero quítate esa cinta del cuello; líbrame de eso, al menos... No llores por los abrazos que no podré darte nunca.

María Luisa, en aquel confesionario entreabierto hacia el cielo y los horizontes, reía de aquella pretensión de que se quitase el collar de gata enervática.

Fernando se iba cansando de jugar al escondite entre aquellos arcos repetidos; pero no dejaba de llamarla al teléfono en las largas noches de insomnio.

Ya se sabía que era él el que llamaba. El sonido del timbre, aunque parecía el mismo de todas las apelaciones, tenía una transparencia inexplicable en que toda la casa le reconocía á él.

—Fernando—decía ella sin admiraciones ni cariños al sentir el teléfono, con un tono sincero é indiferente que no era el que arrullaba cuando levantaba el auricular.

—000000.

—Muy bonito eso de que mi voz va á través de la *pergola* del teléfono.

—000000.

—Si tal vez se habla con otro al hablar con el mismo por teléfono.

—000000.

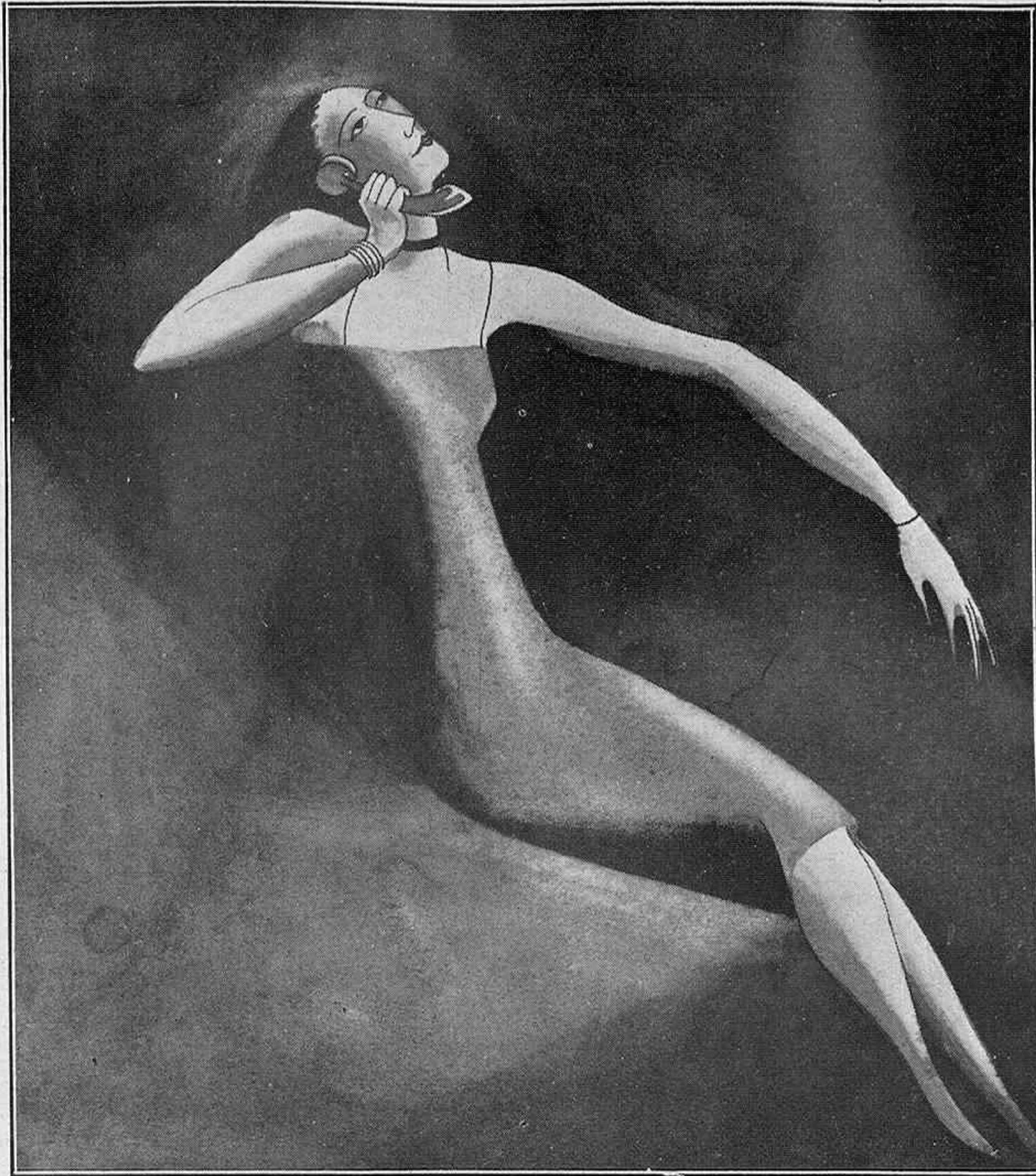
—Yo es cuando me siento más cerca del que amo; se tocan en un contacto que da escalofrío los hombros desnudos de las dos almas.

—000000.

—Nunca me lo quitaré; es el precinto de lo que tú llamas mi belleza.

—000000.

—Hablemos de otra cosa... La luna de hoy es como una pandereta... De un lado se ve el perfil en que debiera tener las sonajas y el parche se transparenta un poco... La no-



El sonido del timbre, aunque parecía el mismo de todas las apelaciones...

che levanta la pandereta sobre su cabeza.

—000000.

—Sí; estoy envuelta en la salida de teatro para hablar por teléfono... Es cuando la bata de noche hace sus más bonitos pliegues.

—000000.

—Pero siempre lo ha de hacer sin testigos... Con testigos ya serían más amanerados sus pliegues.

—000000.

—Tenemos que conformarnos con ser dife-

saltó sobre la duquesa de la *Pérgola*, y sus manos buscaron la garganta, en el deseo de arrancarla la negra gargantilla.

Ella, dándose cuenta de la amenaza, se cubrió la garganta con las dos manos, en ademán de aferrarse á sí misma, como autoestranguladora.

Fernando luchó, y cuando ya sentía desprendido el cintillo negro, sintió que ella se resbalaba como cosa inerte, en que se ha roto la sarta de la vida y se desparrama po el pavimento.

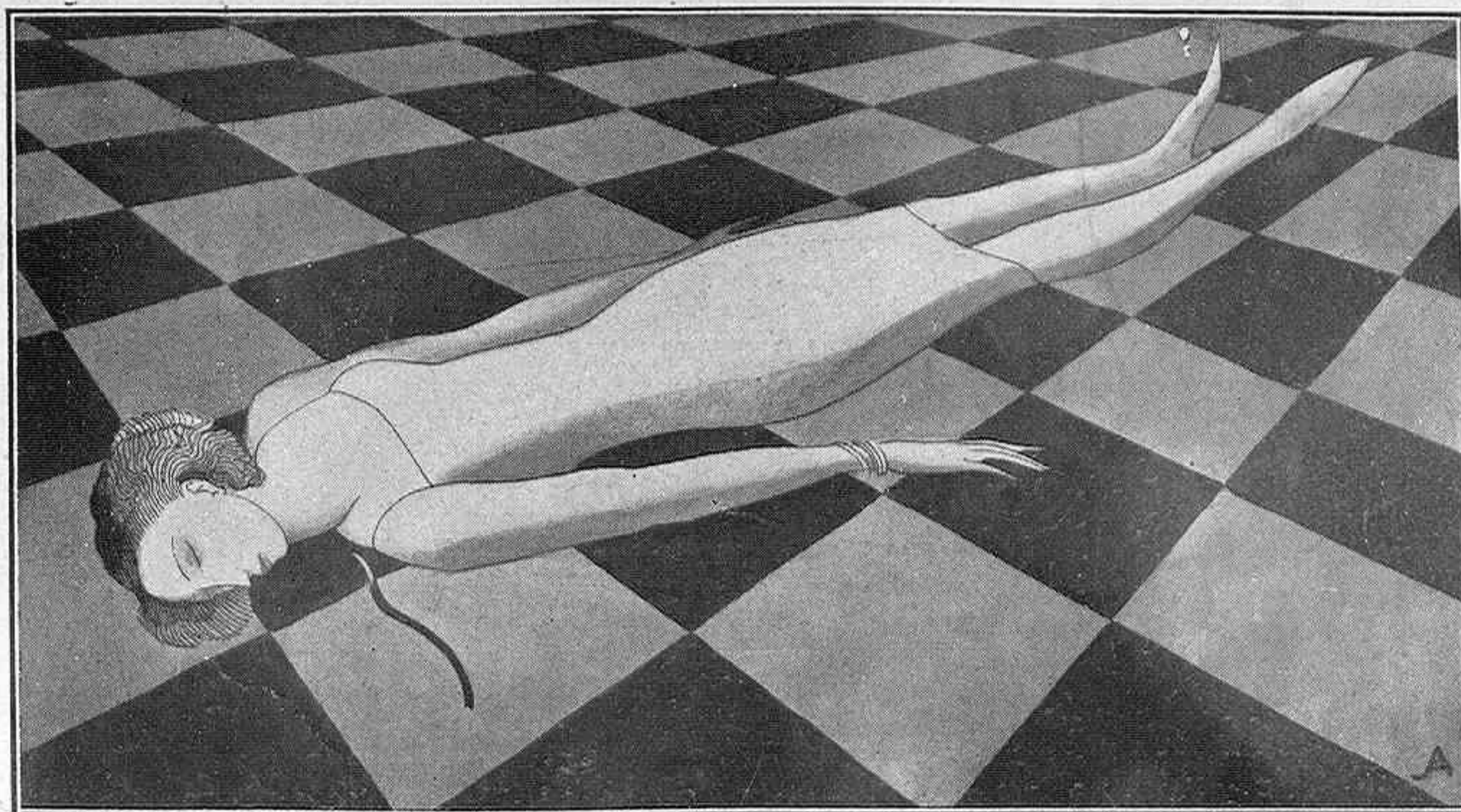
¡Algo se había roto en su interior!

Fernando se quedó absorto, con gesto del que no piensa hacer resistencia á los sicarios, fija la mirada en la belleza de la duquesa de la *Pérgola*, que se había deshecho en una flacidez especial al perder aquel sostén de su belleza.

Por algo decía ella que aquella cinta negra era el secreto y la clave de su buena apariencia. Desgajado el precinto, la pobre duquesa de la *Pérgola* no era más la mujer ajada antes de la mañana de tocador, ante de los astringentes y los falsos tendones del artificio.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujos de Almada)



Por algo decía ella que aquella cinta negra era el secreto y la clave de su buena apariencia.



Barrio amable, con la gracia galante de una sonrisa; rascacielos catalanes como los de la Gran Vía. Barroquismo ultramoderno muy burgués.

Una caricia sensual fluye de las casas en que sabemos que anidan, con alas pintadas de oro, las garzas entretenidas. Que no hay Don Juan de casino que no tenga una amiguita en un piso coquetón de este barrio de Pardiñas.

•••••

Suave luz. Tras los balcones, siluetas femeninas; la seda de los pijamas

en la penumbra rutila. Los machacones gramófonos sus gargueros desgañitan, machacando el mismo tango de gauchitas y de «chinas»; música cabaretera y viñeta de revista.

Y en el alegre retorno de la Cuesta ó la Bombilla, de noche atruenan los «autos» este barrio de Pardiñas.

•••••

Atardecer... Van saliendo, entre sedas y sonrisas, de Stambul y de Negresco, las cazadoras furtivas. Por el camino del Este negros entierros desfilan, se persigna y se estremece

la carne alegre y lasciva. Y resbala alguna lágrima —un diamante entre sonrisas— por la vejez y la muerte de sus gracias fugitivas.

ENVÍO

Porque una ilusión de amor saben verter en la vida, por saber besar con arte y sonreír con malicia y dar todo lo que tienen, que es su juventud divina, vuela este rondel galante como una rosa encendida para prenderse en el pecho de las garzas de Pardiñas.

EMILIO CARRERE
(Dibujo de Aristo-Téllez)

EMOCIONES DE PARÍS

EL RINCON QUE CAMBIA DE ASPECTO

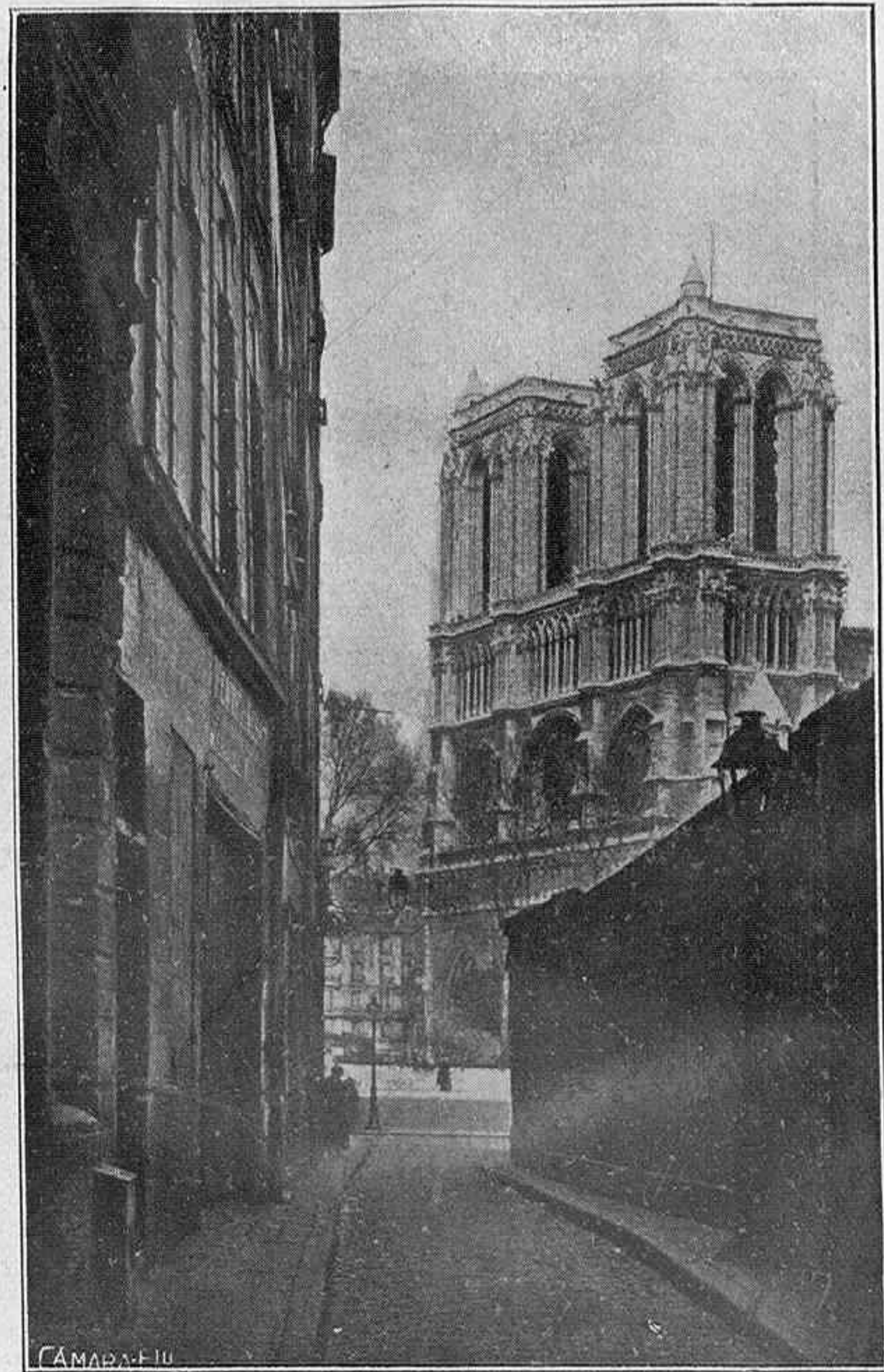
A veces, según discurrimos por París, creemos de improviso que nos hemos perdido, y miramos desorientados alrededor, hallándonos en un paraje familiar, aunque ya no lo reconocen nuestros ojos. Aquel sitio acaba de transformarse, de variar su aspecto, aspecto que se nos antoja hostil luego de su infidelidad inesperada.

Ultimamente hemos padecido esta desilusión afectiva los amigos de la calle de San Julián el Pobre, tan vetusta, la cual nos ha engañado con unos concejales, pretendiendo rejuvenecerse. Sus cómplices ó sus verdugos, tras de demoler las tapias del jardín de la iglesia que hacían esquina al muelle, han puesto sobre su emplazamiento una plazoleta plantada de arbolitos y bancos. Se reduce, pues, á la exigüidad de ínfima verruga el admirable templo que da nombre al lugar, y la angosta arteria, ostentando ahora el sacrilegio de una casa nueva para colmo, quiere presumir como una anciana loca. No; en adelante no tendrá nuestra enternecida simpatía la calle parisiense de San Julián el Pobre, cuyo encanto pasa al cajón de los recuerdos...

Huelga añadir que con frecuencia se repiten casos análogos acá y fuera de acá, ora por mal gusto de elementos directores, ora por exigencia de modernas necesidades. No lo censuramos sistemáticamente; hasta lo alabamos á menudo, persuadidos de la razón que suscita cambios semejantes; pero, eso sí, nos entristecemos siempre á raíz de la mudanza, porque se lleva algo de nosotros propios, porque nos



La calle del Preboste, otro rincón pintoresco del antiguo París, que no tardará en modificarse también, sin duda



Entrada de la calle de San Julián el Pobre, según se hallaba unos meses atrás y que ha variado totalmente de aspecto

sentimos morir un poco al observar cómo desaparece la fisonomía de rincones conocidos, envejeciéndonos conforme se renuevan ellos en vista de su misma edad.

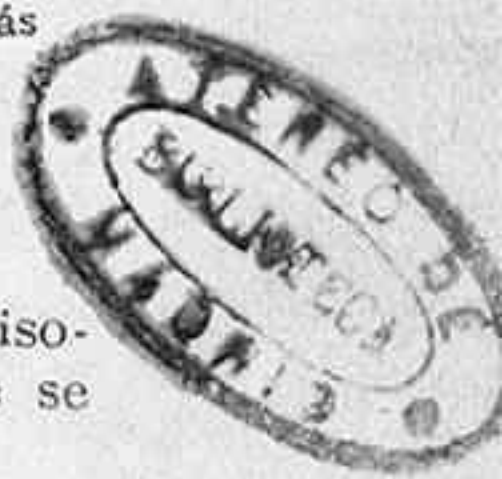
A través de un París harto decrepito y congestionado, nuestro instinto de nostálgicos peregrinos se encariña cada fecha con callejas que adivinamos más ó menos sentenciadas á muerte y que quizá brinden esa extraña efluencia conmovedora de cuanto va á perecer pronto. Son vías por donde no pueden circular los *autos* y circulan las cabras, recodos del Marais y de la Cité, del Barrio Latino y de Montmartre, anacrónicos, absurdos, inefables; son rapsodias de tiempos abolidos, sin justificación dentro del presente, y su rancia prestancia nos transporta á centurias pretéritas, mientras nos alucina su hechizo capitoso. Además, para atraernos todavía, la lógica nos dice que no tardarán mucho en sucumbir.

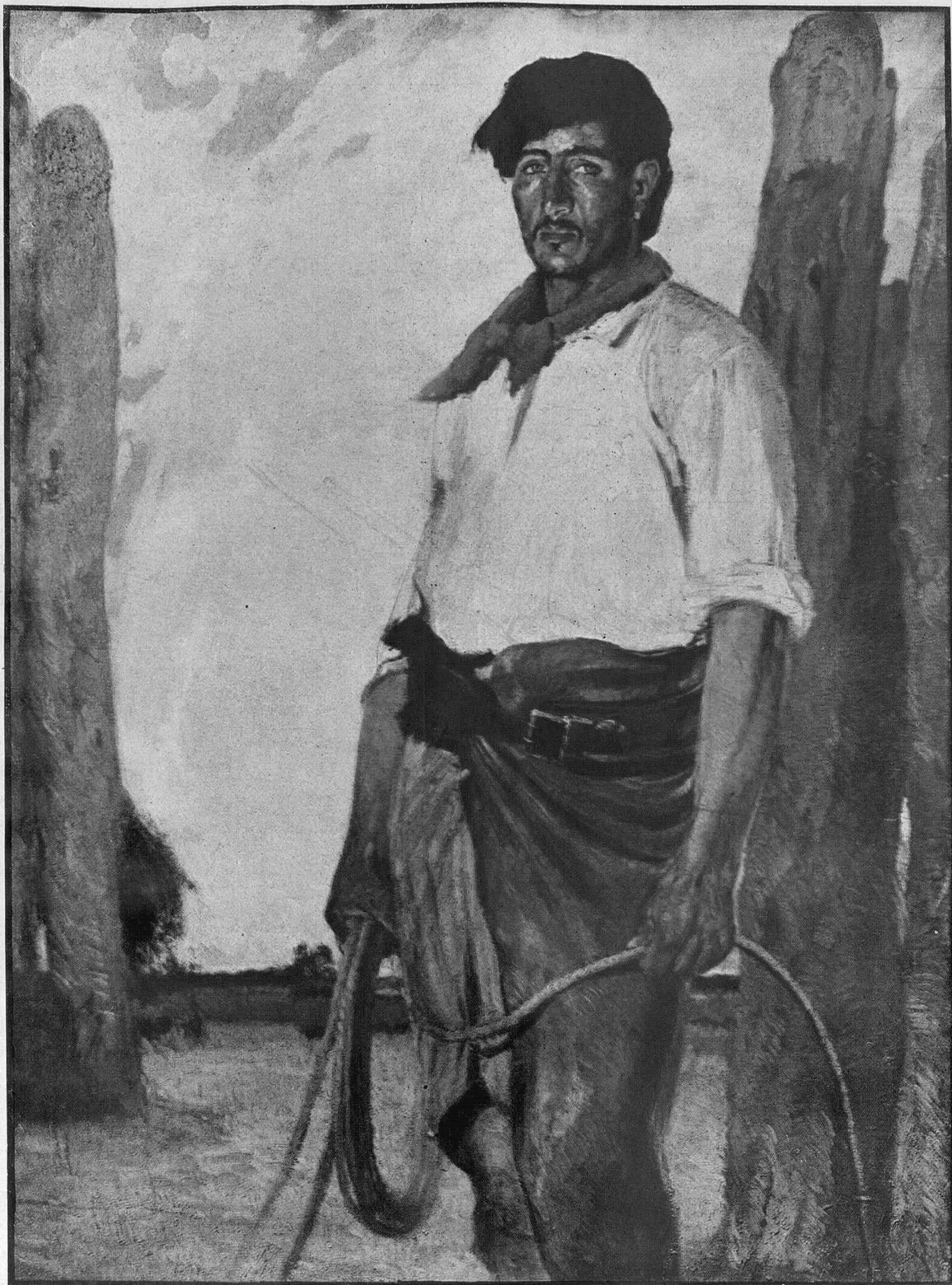
Llega el instante de la ejecución, insólito, aún cuando previsto. De ordinario no nos enteramos sino después de haberse operado por completo tal reforma. Lo que en alguna coyuntura supuso para nosotros teatro de ensueños evocadores, ha sufrido un trastorno, y, naturalmente, lo encontramos peor, enfadándonos que se modificara sin pedirnos permiso. ¿No nos considerábamos un tantico propietarios de su atmósfera sugestiva la vispera y desvanecida por sorpresa al fin? ¡Oh! No hay derecho á desbaratar así de un soplo los castillos de naipes inscritos á nuestro nombre en el registro de nuestras quimeras.

Anteayer se tachaba del plano, á golpes de piqueta, la antigua calle de la Casa de la Villa, extinta sin remedio; ayer se derribaba el arrabal de San Martín, reemplazándolo un barrio flamante; hoy se modernizan de manera ridícula los aledaños de San Julián el Pobre; mañana... A este paso no nos quedarán casi refugios á los poetas peripatéticos que cantábamos desde París baladas de motivos retrospectivos en colaboración con Kard Baedeker.

Claro que, si bien se mira, constituye una á guisa de resurrección el nuevo aspecto de los rincones que nos seducían por su gracia difunta. Sin embargo, ante su avatar desprovisto de carácter, aquellos á quienes seducían por su gracia difunta conceptuamos inexcusable volubilidad que resuciten...

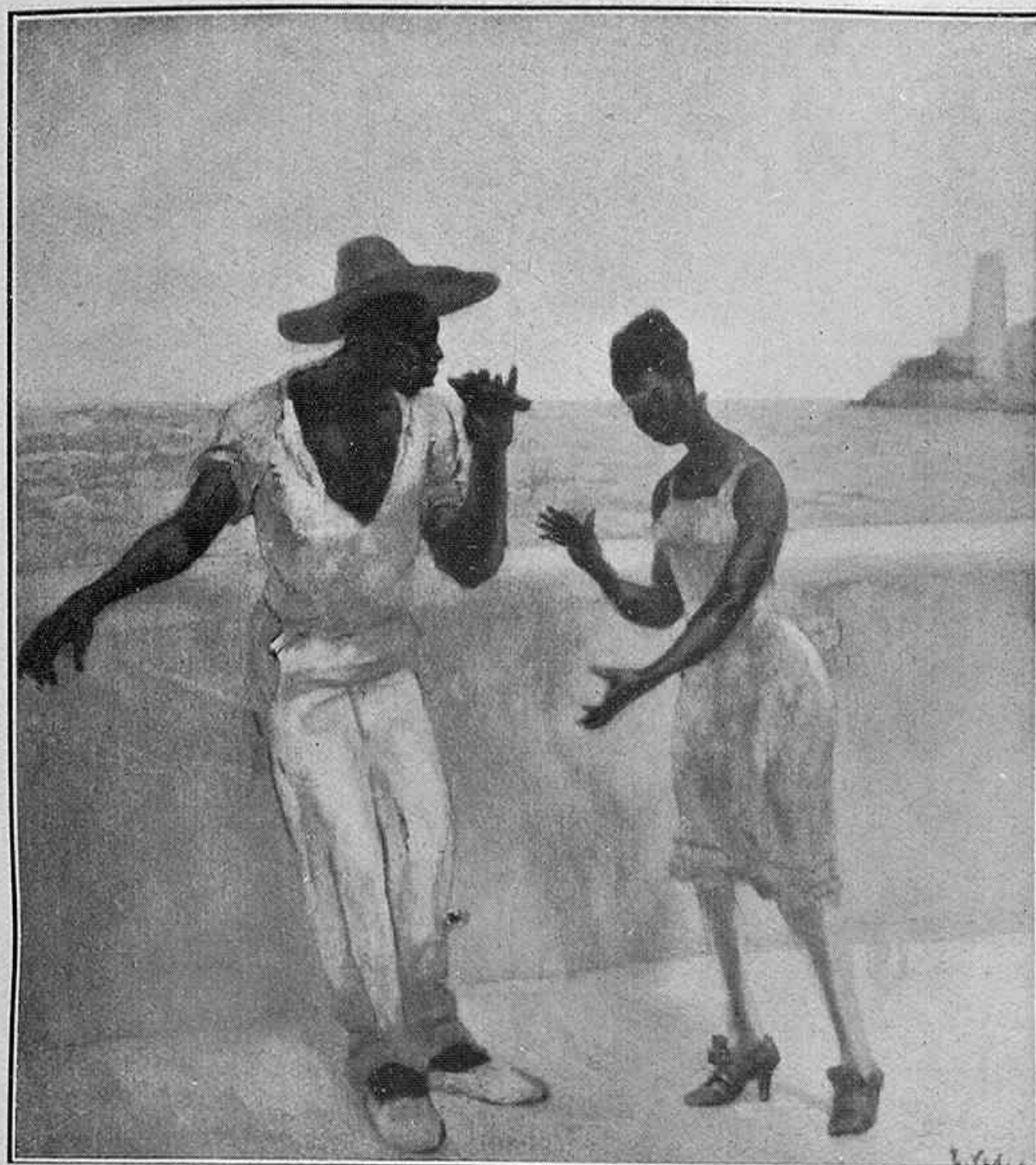
GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



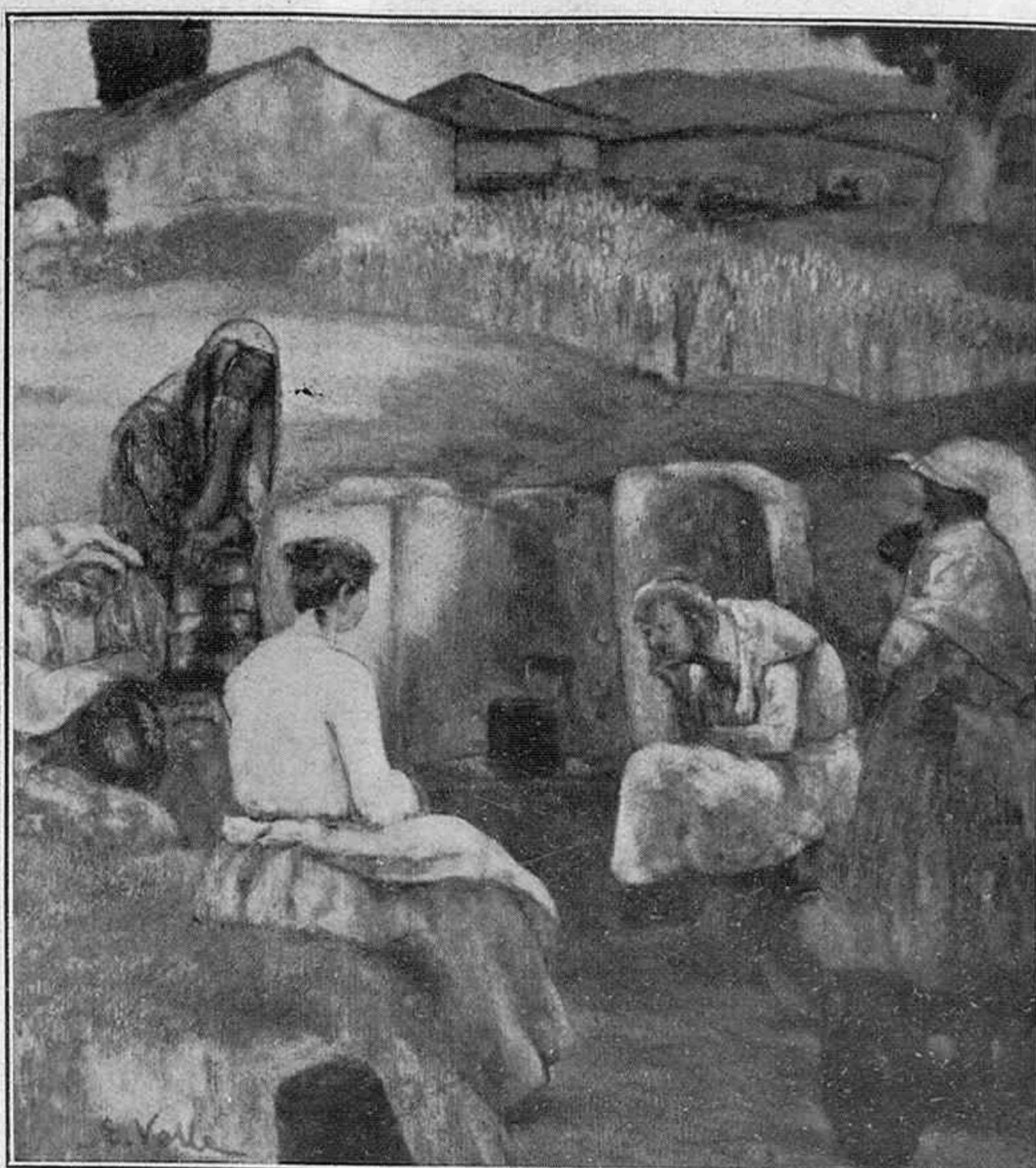


TIPOS ARGENTINOS

«El pialador», cuadro de C. Bernaldo de Quirós, que figuró en la reciente Exposición de este pintor en el Círculo de Bellas Artes



«En el malecón».—Cuba



«La fuente»

LA
VIDA
ARTÍSTI-
CA



«La rumba».—Cuba. (Cuadros de Evaristo Valle)

UNA
EXPOSICION
DE
EVARISTO
VALLE



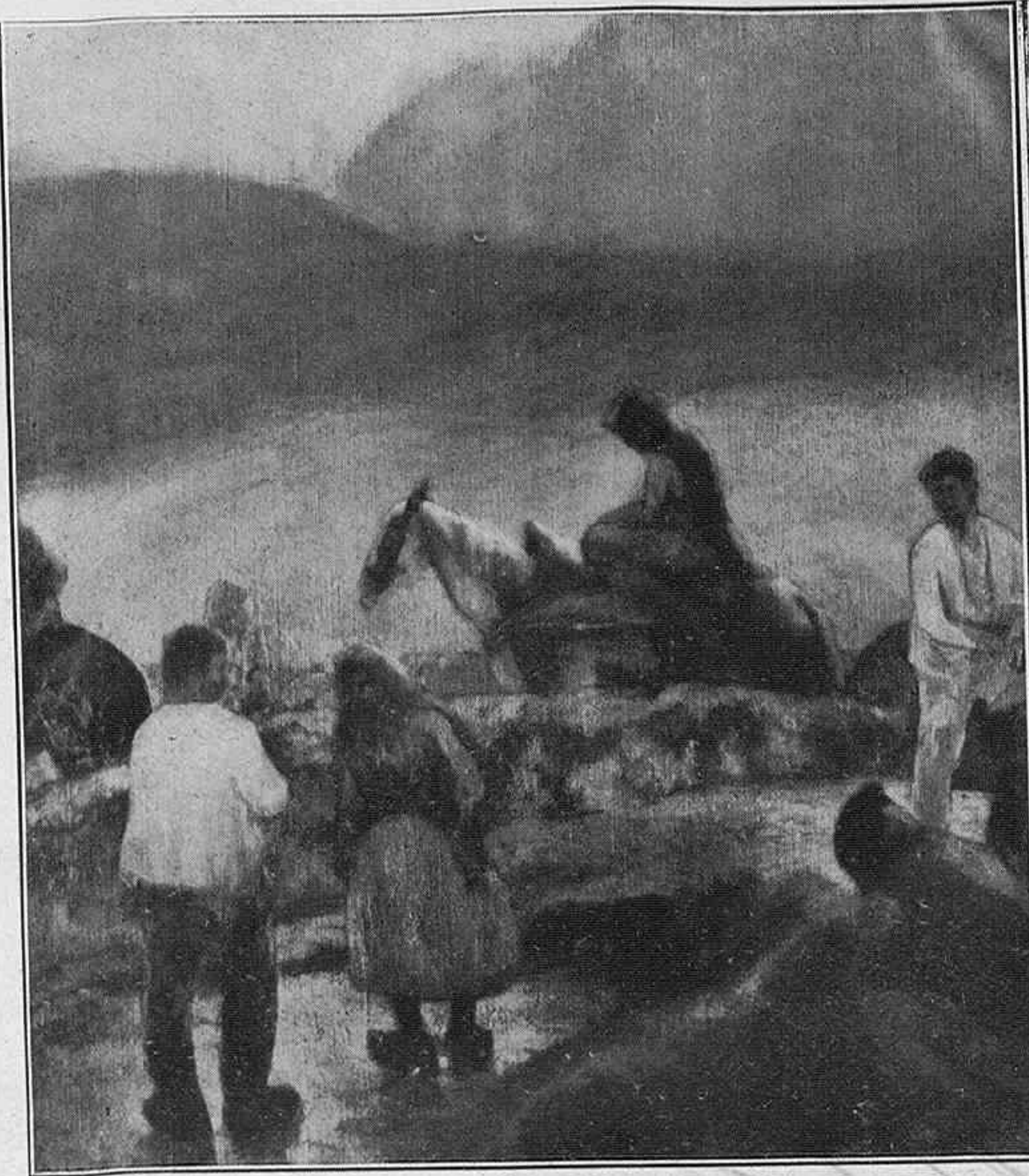
EL Ateneo Obrero de Gijón ha procurado, como siempre en su ya larga actuación cultural, unir este año la dignidad artística con las exigencias materiales. El Ateneo Obrero afronta la necesidad de construir su edificio propio, y además de organizar festivales públicos y abrir una suscripción, ha solicitado la colabora-

ción de artistas prestigiosos que supieron comprender la finalidad esencialmente educativa y popular de aquella entidad.

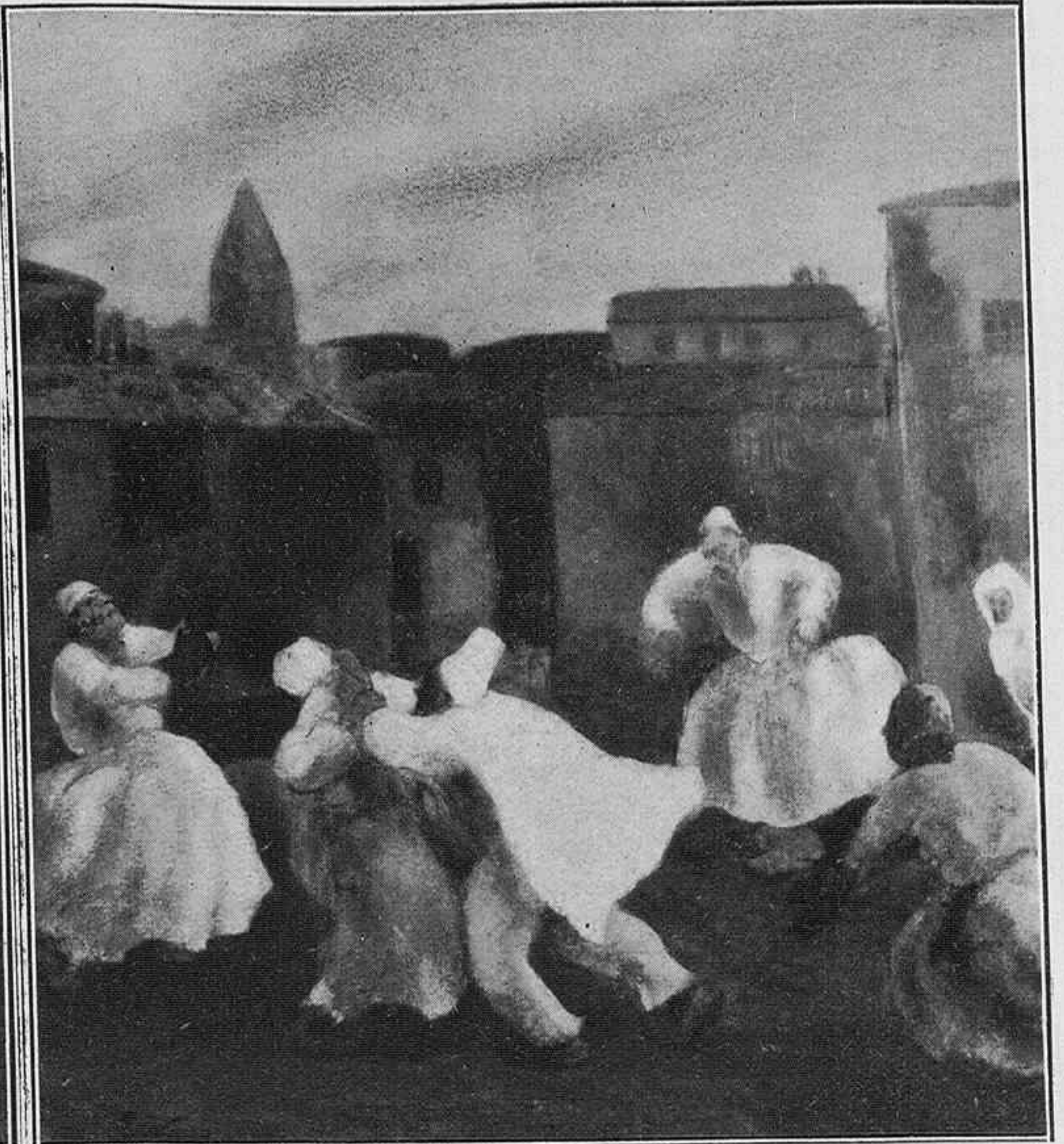
Así, pues, en la Feria de Muestras se ha celebrado una importante exposición de pintura, escultura y dibujo, con obras cedidas gratuitamente por Mariano Benlliure, Xaudaró, Adsua-

ra, Pedro Antonio, Bujados, Barral, Verdugo Landi, K-Hito, Llasera, Manchón, Souto, Sancha, Fresno, Zas, Climent, Soria Aedo, Ribera, Sancho, Casero, Pantorba, Ferrer, que, á pesar de no ser asturianos, no desatendieron la súplica.

Como era natural, el conjunto de artistas asturianos significaba el aporte mayor. Allí, entre



«Faena carbonera»



«Carnavalada»

(Cuadros de Evaristo Valle)

otras, las firmas, ya autorizadas por un renombre legítimo, de Menéndez Pidal, Nicanor Piñole, Manuel Laviada, Mariano Moré, Paulino Vicente, Juan y Gonzalo Espolita, Truan, Sebastián Miranda, Medina Díaz, Hevia, San Julián, Lavilla, Luis Pardo, Argüelles, Germán Horacio, Bayón, Borbolla, García Sampedro, Suárez Ibaseta, Tamayo, Florentino Soria, Bataller, etc.

Simultánea de esta exposición interesante y simpática, se celebra otra de cuadros de Evaristo Valle en el salón propio del Ateneo. También el insigne pintor asturiano cedió una de sus obras á la tómbola de la sociedad meritoria. Figuraba aparte, destacada de las restantes del mismo autor en su exhibición particular.

Nuevamente Asturias ha tenido oportunidad de verse reflejada con esa filial ternura y esa fidelidad cromática de Valle.

Se deseaba el cotejo por como estaba distante ya de tiempo la anterior exposición de 1922 en el Instituto Jovellanos. Por como también el arte de Evaristo Valle había tenido positivos éxitos fuera de España: en Inglaterra, en Norteamérica, en Cuba, en Bélgica, en Holanda.

El gran artista debía á su tierra natal esta nueva ofrenda. La ocasión desinteresada fué bien elegida. El lugar recogía, además, la íntegra pureza del sentimiento informativo de tales obras.

Evaristo Valle ama los motivos humildes, los finos matices, las escenas plácidas ó melancólicas; toda su pintura está fervorizada de largas contemplaciones á la campiña, las aldeas y las gentes astures.

Dotado de una retentiva visual extraordinaria, de una sutilísima potencia observatriz, narra estados atmosféricos y estados anímicos con idéntico acierto. Sobre el fondo húmedo de los prados y el sombrío de los montes; bajo la fría caricia del Orbayo y entre los velos flotantes de la niebla, caminan los caballos desnudos, los campesinos solitarios, ó platican los adolescentes de silueta ingravida. La esencia de humanidad pobre, soñadora y sometida que atrae á Valle fluye de estas figuras patéticas sorprendidas y aprehendidas en toda su veraz expresión de vivir sufriente. Aun se acentúa más cuando no son prados jugosos y corradas calmas el escenario donde ellas se aparecen, sino la cuenca minera con sus charcos cárdenos y sus laderas ennegre-



EVARISTO VALLE
Ilustre pintor asturiano

cidas por el carbón, y sus fantasmales sombras femeninas encapuchadas con telas de sacos empapados de llovizna implacable.

Aun hay otro aspecto definido y definidor en la asturianía profunda de Evaristo Valle: las *Carnavaladas*. La moderna pintura española ha de señalar en lo futuro, entre los cinco ó seis rasgos fundamentales que la destacan sobre las demás contemporáneas, esas carnavales de Evaristo Valle. Danzas de toscos y rudos aldeanos se espiritualizan con vagas apariencias de seres sobrenaturales. La fineza visual de Valle, su sensibilidad depuradísima para el color, hace de estos

momentos incomparables y deliciosas armonías. Los blancos, los grises, los amarillos, los rosas, los azules, danzan con los movimientos de las figuras en el fondo de los lugarejos sombríos. Si los enmascarados con ropas femeninas agitan pesadamente, grotescamente, sus miembros, esas finuras tonales les desposeen de grosería y les otorgan una ingravidez ideal... Acaso nada de tanto como en Evaristo Valle puede hallarse para comprender alma y fisonomía de Asturias lo sugiera cual estas *Carnavaladas*, que alguien hizo derivar de Goya, con grave error del verdadero origen. Valle no necesitó verles en un museo. Están elocuentes y actuales en la vida asturiana.

La exposición de Valle en el Ateneo Obrero ofrecía la novedad de unas *Estampas cubanas*. Junto á las estampas campesinas ó marineras, junto á las sombrías escenas de la cuenca minera, estos cuadros lanzaban un violento y agresivo clamor. Lo que en los lienzos de tema y luz norteños es suavidad espiritual, delicadeza de matices, ternura recogida, en los lienzos de tema y luz tropicales se cambia en sensual ímpetu, estridencia fulgurante y caricaturesco ritmo. A Valle, en Cuba como en España, no le interesan los ambientes descaracterizados y uniformes de las grandes ciudades y de una mesocracia gris. Busca el hálito popular, las costumbres no falseadas, el ambiente íntegro saturado de veracidad vernacular.

Así, *La rumba*, *La riña de gallos* y *En el malecón*, reflejan, con el reseco deslumbramiento de la campiña cubana, actitudes y cuerpos de negros que todavía no pisaron los tablados del jazz-band ni recibieron la pleitesía mórbida de las reatas blancas.

Los negros, los bohíos, las palmeras, los cielos calenturientos de las *Estampas cubanas* están vistos con la misma lealtad y el mismo poderío estético que los labriegos, mascarones y mineros de Asturias bajo la niebla y sobre la húmeda suavidad de las praderías jugosas.

Pero el acento robusto y la ternura íntima del gran pintor me parece que es aquí, en la transmisión apasionada de su tierra, donde mejor y más placenteramente se encuentran.

José FRANCES

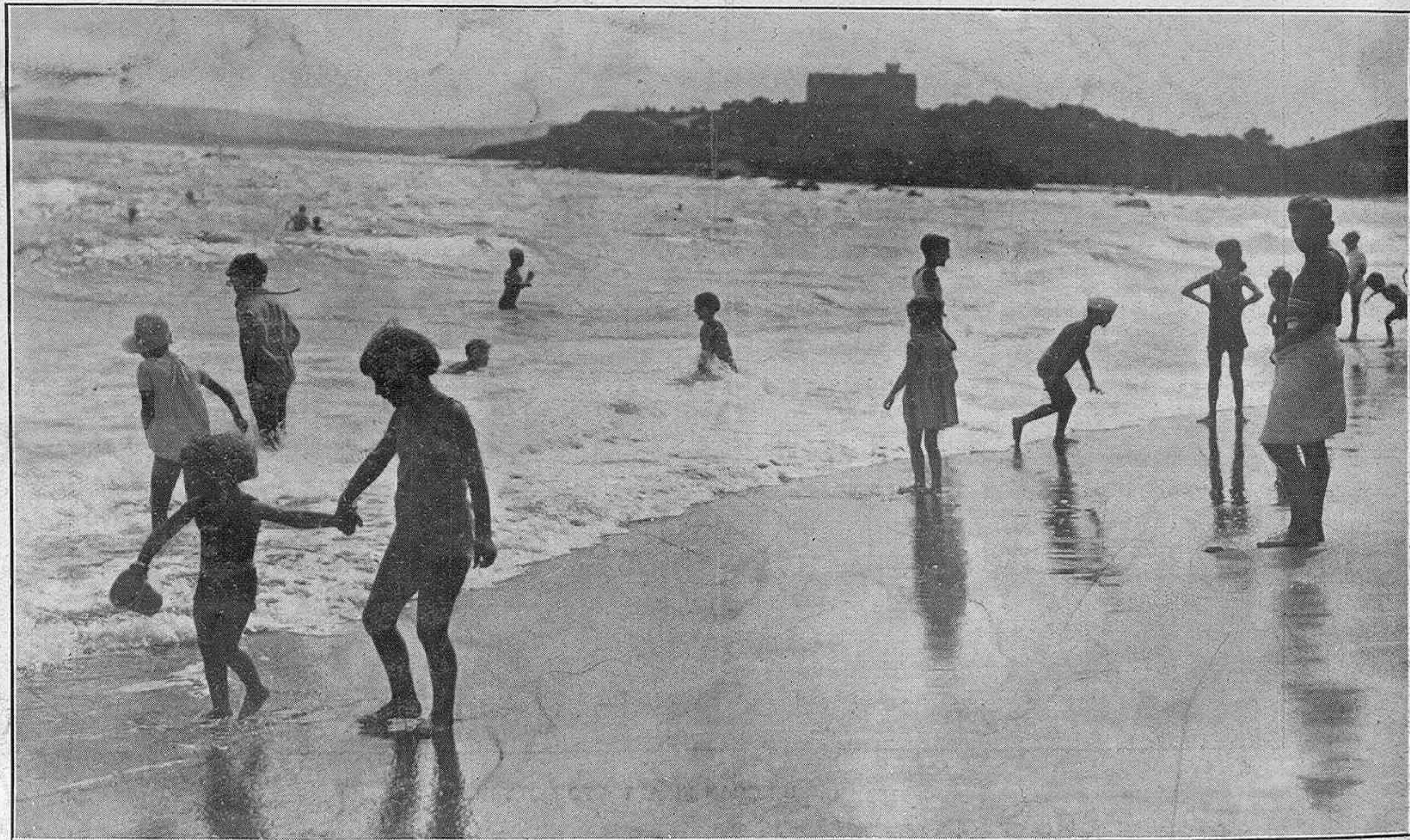


UN GRAN FILANTROPO MONTAÑÉS

El marqués de Valdecilla (1) y su sobrina la condesa de Pelayo (2), acompañados por las autoridades de Santander, durante el solemne acto de entrega al Patronato del Nuevo Hospital de la capital montañesa de los magníficos edificios construídos y dotados por el marqués de Valdecilla, incansable bienhechor que ha consagrado varios millones de su fortuna particular á merítísimas obras de cultura y de caridad

(Fot. Del Río)

CÁMARA F. I. U.



LOS NIÑOS EN LA PLAYA DEL SARDINERO

C
el
da



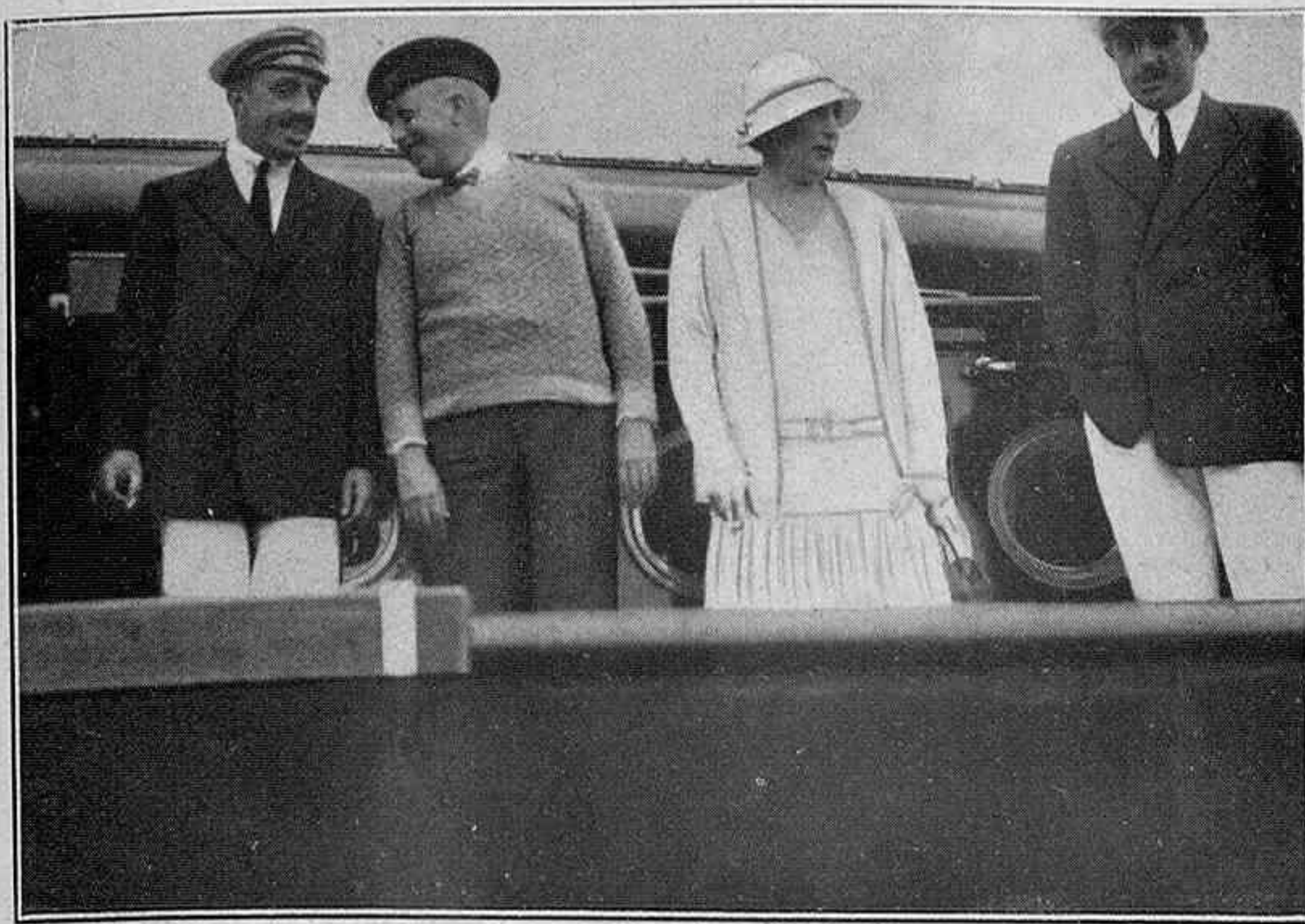
STENE
 SALON
 MADRI

Corre Septiembre, el último mes de vacaciones... Los «peques», un poco entristecidos, cuentan ya los días que pasan ¡ay! tan deprisa, y tras de los cuales llega el término fatal: el regreso á la ciudad, al colegio, al otoño melancólico, al invierno frío... Y gozan, con insaciable afán de obtener de cada jornada cuanto pueda dar, las última horas de sol, de aire, de mar; del paraíso cifrado en estas dos mágicas palabras: «la playa»...
 (Estudios fotográficos de Cortés)



Los bellos paisajes montañoses

Aspecto de la carretera de Madrid á Santander, á su paso por el pintoresco pueblo de Puente Viesgo. (Estudio fotográfico de Cortés)



COLOFON SENTIMENTAL DE UNA HAZAÑA DEPORTIVA

ESTÁ todavía en el primer plano de la actualidad el triunfo maravilloso del *María del Carmen Ana*.

La regata Plymouth-Santander ha sido, indudablemente, el acontecimiento deportivo más interesante de la temporada estival.

Y el protagonista del mismo, el vencedor de la prueba, uno de nuestros hombres más representativos.

Horacio Echevarrieta, llegando á Santander á bordo de su magnífico yate y rodeado de sus cinco hijos varones, es un símbolo del actual momento español.

En él queremos ver la fuerza y la pujanza de un intenso vivir, delicadamente empapadas de una jugosa savia de amor...

Una escueta nota periodística ha venido á confirmar nuestra impresión sentimental y á dar al símbolo un vigoroso relieve.

«Al serle entregadas—ha dicho la Prensa—las nueve mil pesetas, importe del primer premio que ganó con su yate *María del Carmen Ana* en las regatas Plymouth-Santander, D. Horacio Echevarrieta ha tenido un rasgo altamente simpático.

«Añadiendo mil pesetas más á la cantidad citada, el Sr. Echevarrieta ha repartido las diez mil pesetas que han resultado de esta generosa adición, entre los cinco hijos que dejó huérfanos el marinero ahogado en el accidente ocurrido en el Abra, cuando un submarino partió la lancha *Gerardo Abascal*.»

A los que vivimos de la pluma, este último gesto del Sr. Echevarrieta ni nos sorprende ni nos extraña. Después de su magnífica aportación al Palacio de la Prensa, después de haber dado cuerpo, realidad suntuosa, sangre noble á la noble ilusión que por tanto tiempo acarició la grey periodística, Horacio Echevarrieta es capaz de todas las generosidades, de todas las delicadezas.

Y la que ha servido de colofón sentimental á su bien ganada victoria deportiva, es, además de rica en sugerencias, de un alto valor educativo.

Horacio Echevarrieta tiene cinco hijos: Horacio, Ignacio, José María... El marinero víctima del accidente en el Abra, otros cinco...

Parece ser que el prócer bilbaíno ha tenido en cuenta esta feliz coincidencia para dar á sus hijos una fecunda lección de vida.

¿Y por qué no pensar que ha sido así?

¿No dicen que el deporte es la escuela más moderna, más amplia, mejor orientada, más llena de ambiente para inculcar en los jóvenes ideas de generosidad, de vencimiento del amor propio, de estimación de los méritos ajenos; en una palabra, de formación del carácter?

¿No estamos viendo á diario que después de un refido partido futbolístico, después de un encuentro apasionado de boxeo, vencedores y vencidos se estrechan amigablemente las manos?

Sí, sí; el deporte es una alta escuela de educación, y estamos seguros de que el gran deportista D. Horacio Echevarrieta ha aprovechado esta coyuntura para aleccionar á sus hijos.

«No os envanezcáis, hijos míos—les habrá dicho—, ni de la posición holgada que os he creado, ni del valor intrínseco de vuestras energías.

«Aun cuando el horizonte de la vida os muestre unas lejanías azuladas, limpias totalmente de nieblas y brumas, sin ese negro terrible que dibuja la nube..., no creáis que la vida es así.

«Parad vuestra atención sobre la suerte de esos infortunados, y convenceos de que es más corriente en la vida la decoración sombría de la tragedia, que los claros bastidores del poema triunfal.

«En este escenario de triunfo quisiera veros siempre vuestro padre—¿qué va á desear un padre para sus hijos?—; pero también desearía que el brillo de las baterías no os ofuscará nunca.

«Que bajarais frecuentemente al plano de los infortunados, y con verdadera sencillez de espíritu, sin miras á ningún aplauso teatral, suavizarais las asperezas de esas escenas duras, iluminarais los contornos de esos cuadros sombríos...

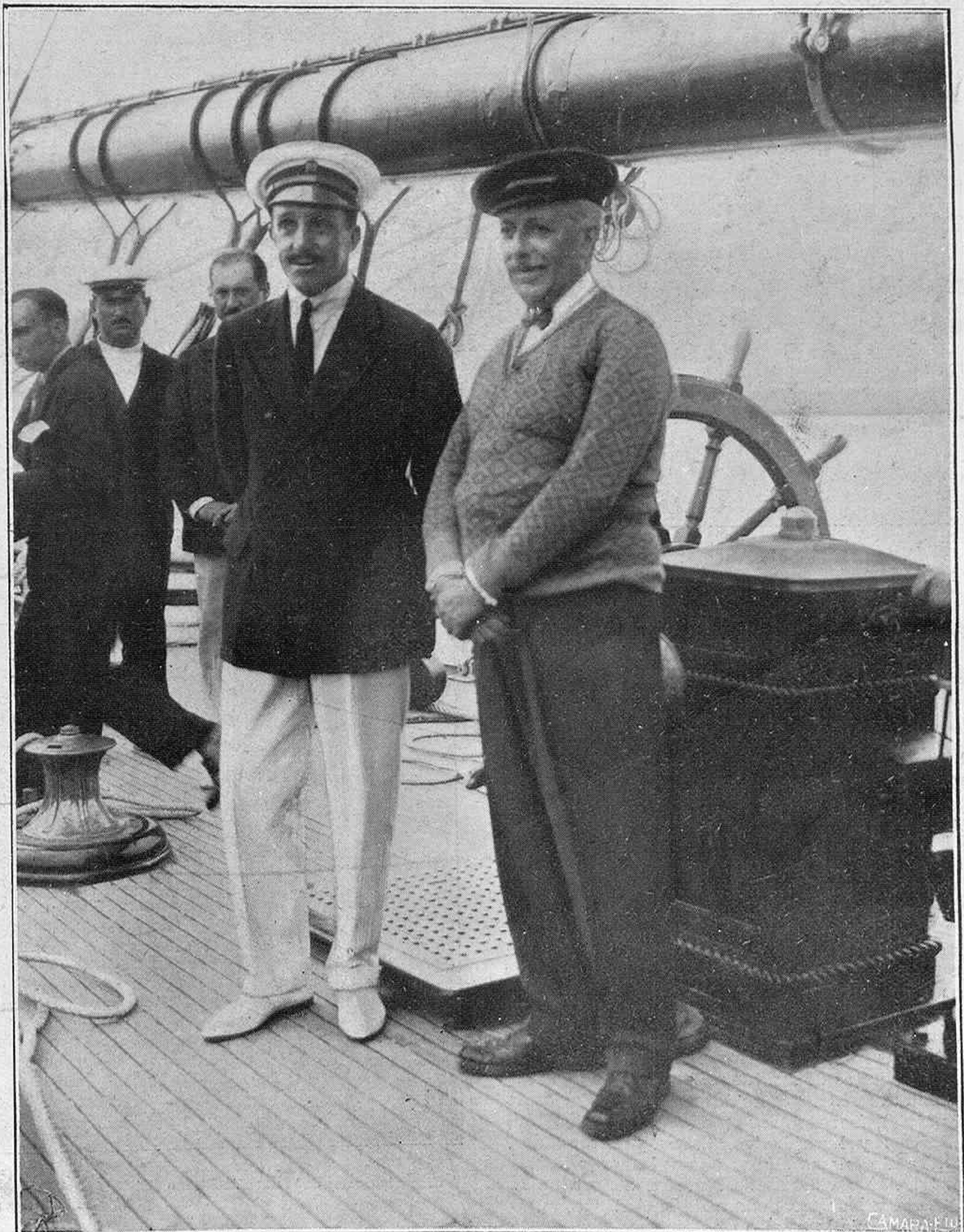
«¡Ejemplos os he dado!...»

Y es verdad. Ha dado un alto ejemplo de indudable valor educativo á sus hijos, y una no menos eficaz lección de humanidad á todos nosotros.

¡El *María del Carmen Ana*!

¡Si hasta en su nombre parece que lleva este barco de lujo un matiz especial de altruismo, una fragancia inconfundible de generosidad!

JOSÉ VICENTE PEREZ DE VALERO



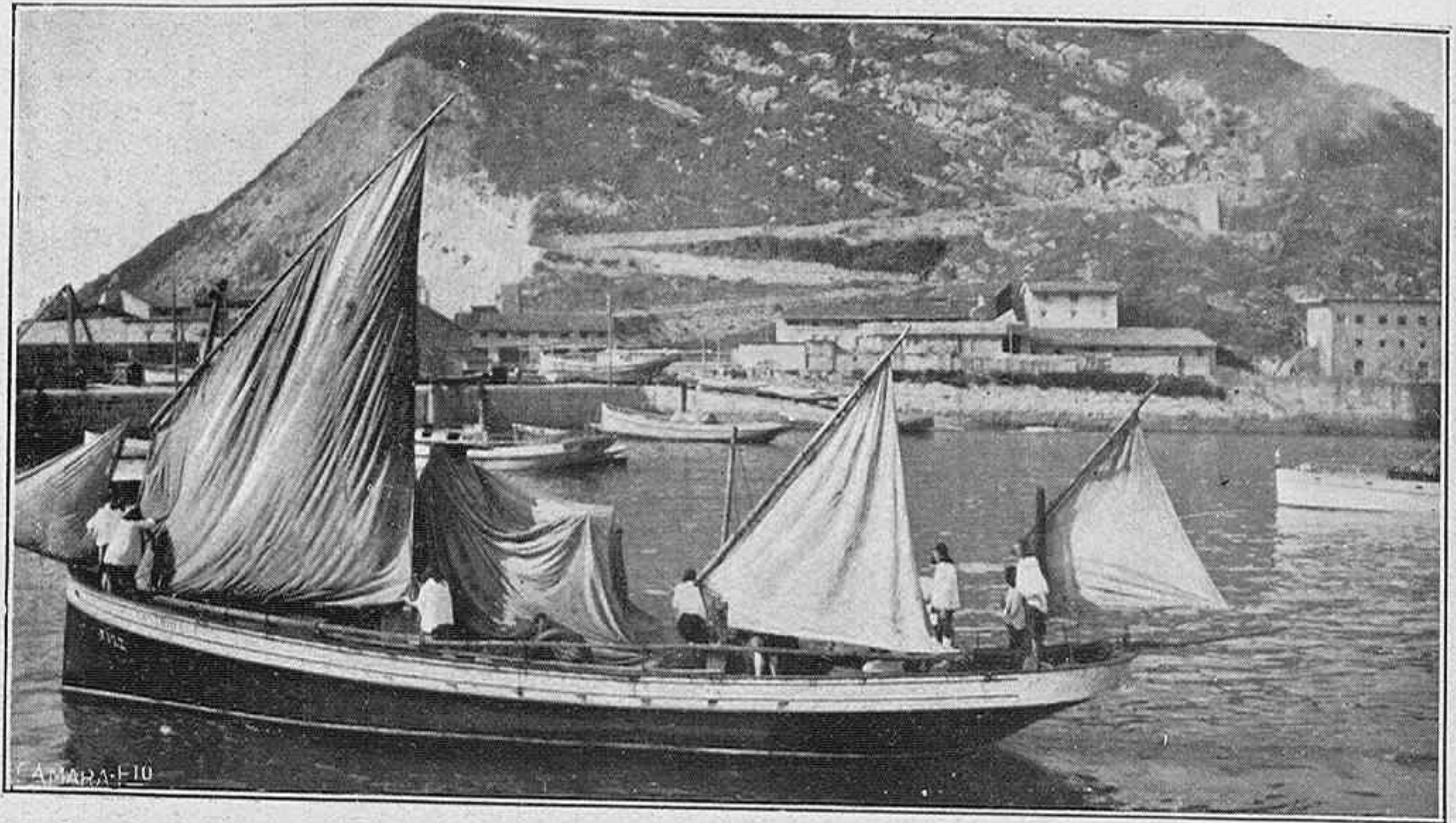
SS. MM. los Reyes y S. A. R. el Infante Don Jaime, durante su visita al yate «María del Carmen Ana», vencedor de la regata Plymouth-Santander. Don Alfonso XIII conversando con el propietario del yate, D. Horacio Echevarrieta (Fots. Del Río)



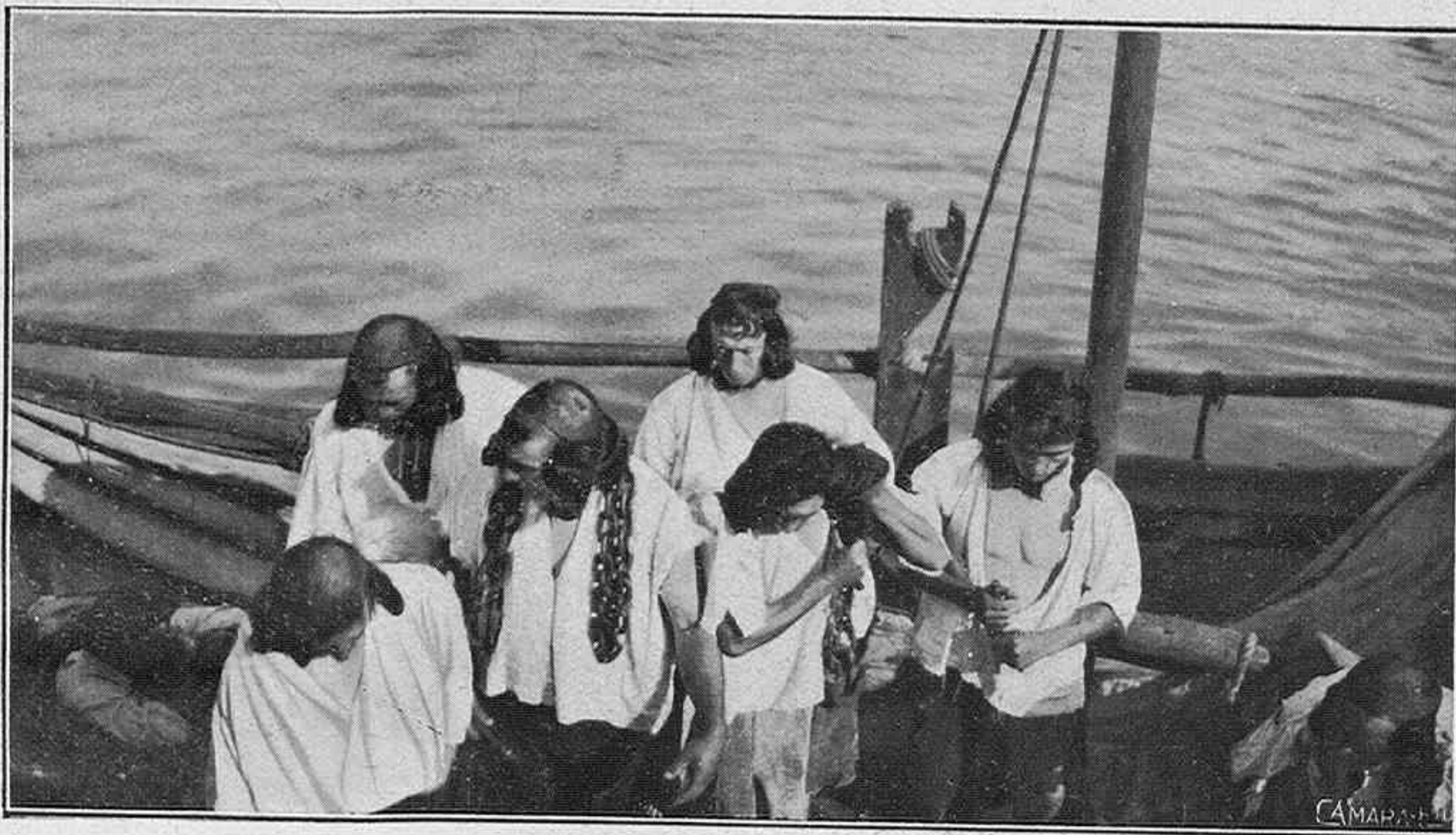
CAMARA-FIU

LAS FIESTAS DE ELCANO EN GUETARIA

CELEBRA anualmente la pintoresca villa guipuzcoana, cuna de osados navegantes, la gloriosa fecha histórica en que uno de sus hijos, el gran nauta Juan Sebastián de Elcano, rindió en Sevilla su viaje de circunnavegación, emprendido en unión del portugués Magallanes tres años antes. Fué el 8 de Septiembre del año de gracia de 1522, cuando Elcano y sus diez y ocho compañeros de aventuras, únicos supervivientes de los 237 valerosos marinos que, embarcados en Sanlúcar de Barrameda el 27 de Septiembre de 1519, partieron á bordo de las naos *Trinidad*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago*, armadas y equipadas para descubrir una vía ma-



«La nave de Elcano y sus diez y siete compañeros arribando al puerto de Sevilla, después de realizar el primer viaje de circunnavegación».—Episodio inicial de las fiestas con que conmemora anualmente Guetaria el glorioso acontecimiento

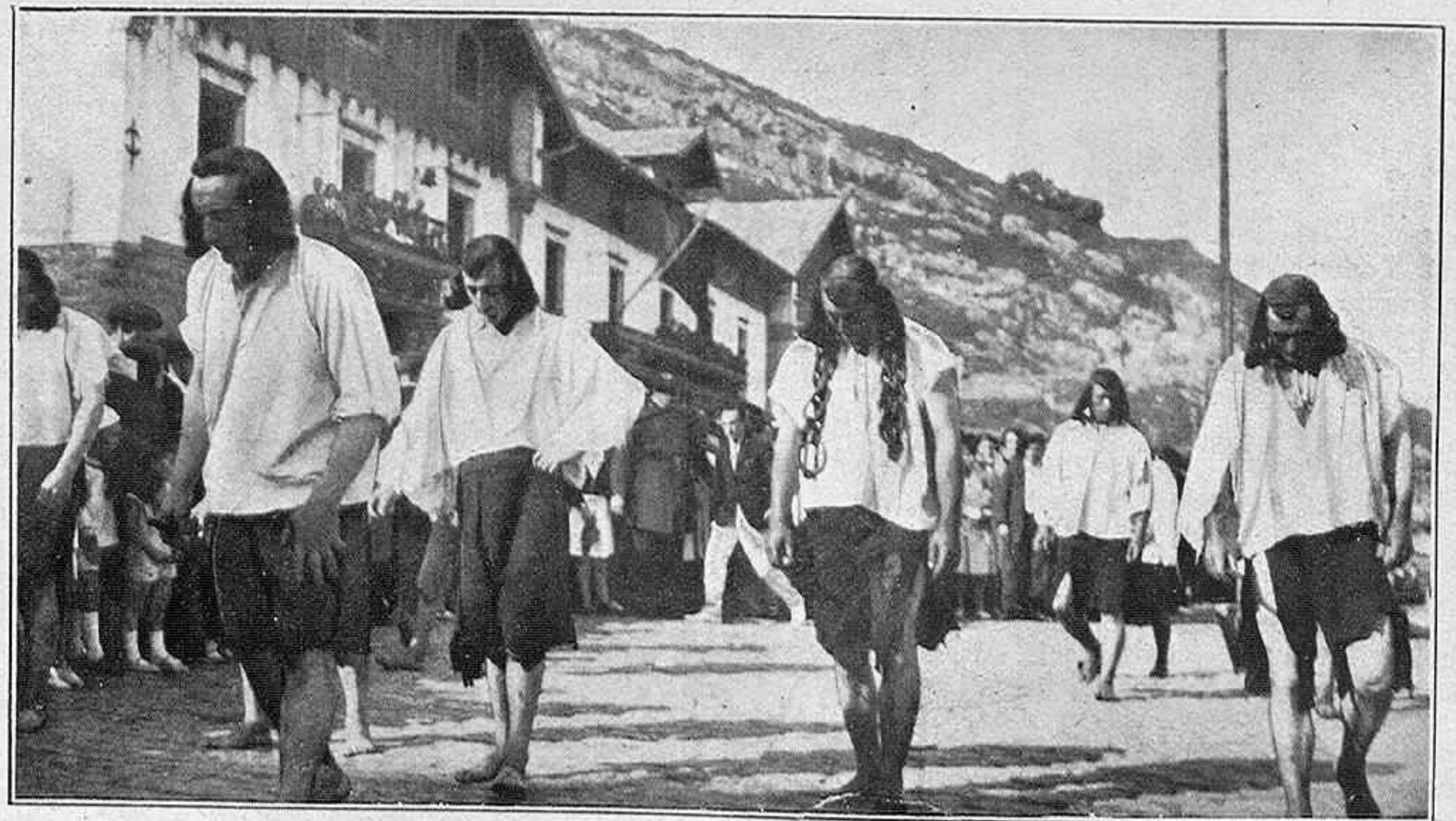


«Elcano y sus compañeros de aventuras preparándose para desembarcar y cumplir el piadoso voto hecho durante el viaje de circunnavegación».—Segundo episodio de las fiestas de Guetaria

rítima que permitiese llegar á la India por Occidente, contrario al que seguían por el Cabo de Buena Esperanza los navegantes lusitanos.

Rebeliones de la tripulación, tempestades, pérdida de barcos y de hombres, y entre estas últimas, la del insigne Magallanes, asesinado en las islas Filipinas por los indígenas, no impidieron á Elcano, nombrado jefe de la gloriosa expedición, llegar victorioso á los mares de la India y doblar luego el Cabo de Buena Esperanza. El 19 de Mayo de 1522 anclaba la menguada flota en las islas de Cabo Verde, donde la tripulación quedó reducida á 22 hombres, cansados y enfermos por las infinitas penalidades sufridas durante tres años de navegación, en los que recorrieron 14.000 leguas, ganando para España la gloria inmarcesible de haber sido hijos suyos los primeros hombres que consiguieron en la más audaz de las exploraciones dar la vuelta al mundo.

Apenas pisaron tierra española aquellos 18 héroes (cuatro de los que salieron de Cabo Verde habían muerto antes de dar vista á las costas de la patria), fueron todos en devota peregrinación, descalzos y harapientos, flacos y extenuados, y llevando en sus manos una vela encendida, á las iglesias sevillanas de Nuestra Señora de la Victoria y Nuestra Señora de la Antigua, cumpliendo el piadoso voto que hicieron durante la última parte de su viaje. Dió noticia Elcano al emperador Carlos V de su llegada, y éste le ordenó ir á Valladolid, donde á la sazón se encontraba la corte. Marchó Elcano con dos compa-



«Los tripulantes de la nave de Elcano dirigiéndose á Nuestra Señora de la Antigua, en Sevilla, en piadosa peregrinación». Tercer episodio de las fiestas conmemorativas en Guetaria

ñeros á presentarse al monarca, hallando la cordial acogida á que era acreedor por sus altos merecimientos, recompensados por el soberano con la concesión de un escudo nobiliario para el va-

leroso explorador, la cuarta parte de la veintena del valioso cargamento de especias que trajo la nao *Victoria*, y más adelante (Enero de 1923) con una pensión vitalicia de 500 ducados, que, dicho sea de paso, jamás consiguieron cobrar ni el gran navegante ni sus descendientes.

Son estos hechos memorables de nuestra Historia los que la noble villa guipuzcoana rememora todos los años al llegar la fecha del desembarco de Elcano en Sevilla, presentando con depurado arte, absoluta propiedad histórica con depurado arte, absoluta propiedad histórica en trajes y armas, y exquisito buen gusto, los episodios de la arribada, la peregrinación y la entrevista de Carlos V y Juan Sebastián de Elcano. El año actual, y con motivo de colocarse la primera piedra de la nueva carretera del puerto, se adelantó la conmemoración al día 25 de Agosto, y á la que, como de costumbre, asistió enorme número de curiosos desde San Sebastián, Zarauz, Zumaya, Deva y otras localidades cercanas, realzando la importancia de estos actos la intervención de varias sociedades corales, que interpretaron, durante la coronación de Elcano por las cinco partes del mundo, simbolizadas por lindas muchachas, el himno glorificador compuesto en honor del inmortal timonel.

Las interesantes fotografías que acompañan, obtenidas expresamente este año para Prensa

Gráfica, darán idea de las notabilísimas fiestas que honran á Guetaria, su Concejo y sus organizadores.

D. R.



«La vendimia», cuadro de Bassano, que se conserva en el Museo del Prado



LIENZOS CAMPESINOS

L A S S E M I L L A S D E B A C O

BAJO el cielo rojizo de calina, asaeteado por las lanzas de fuego del sol, el campo se extiende como una inmensa esmeralda.

Los pámpanos cubren toda la tierra. Alargan las vides sus vástagos retorcidos como tentáculos de animales marinos que brotando del negruzco muñón de la cepa se extienden sobre los surcos y reptan con su adorno de anchas hojas por los terrones resecaos que la azada cuidadosa removió.

Oculto entre los troncos retorcidos, guardado por los quitasoles vivos de las hojas, está el tesoro de las viñas: los racimos, en cuyas cápsulas de oro se contiene el caldo que es sol hecho líquido.

Los viñedos se muestran ubérrimos, como un alarde de la generosidad de la Naturaleza... La misteriosa transformación de la tierra en fruto, la transfiguración del agua y del sol y del aire en pulpa jugosa y ardiente, el rito inmortal de la vida que todo lo aprovecha, la gloriosa, pagana indiferencia con que la Naturaleza cumple su misión en satisfacción de una fatalidad eterna... Todo eso es, ante el campo cuajado de viñas frutecidas, acicate del pensamiento y fuente de la emoción...

El ejército vendimiador invade el predio, con

aires de cortejo de paganía... Por los caminos, las carretas chirriantes vienen llenas de mujeres y de hombres en alegre confusión... Hay una especie de jocosidad animal en esta mezcla de gentes que, más que á una labor fatigosa en la que ganarán el pan, parecen ir á una fiesta...

El campo, ya impregnado de esa sana madurez otoñal, solivianta los sentidos... Los vendimiadores no tienen ese gesto duro y resignado de los segadores á los que calcina el sol en las horas plenas del estío. El hombre que encorvado va avanzando por el surco tras la media luna cortante de su hoz no experimenta la momentánea sensación de utilidad de su tarea: la espiga que él siega ha de pasar bajo el trillo y luego por el molino y por el horno antes de convertirse en el pan que reparará los desgastes de sus energías...

El vendimiador siente la alegría del fruto inmediato; al alcance de su mano está el racimo plétórico, azucarado y acidulento... Sólo tiene que extender el brazo para poseerlo y saborearlo, como calmante á la sed de su trabajo...

La cuadrilla vendimiadora se adentra entre las parras. Risas y canciones de mujer acompañan la tarea; brazos desnudos se pierden, enterrándose entre el oleaje verde de los pámpanos, y mientras los cestos se colman de áurea carga,

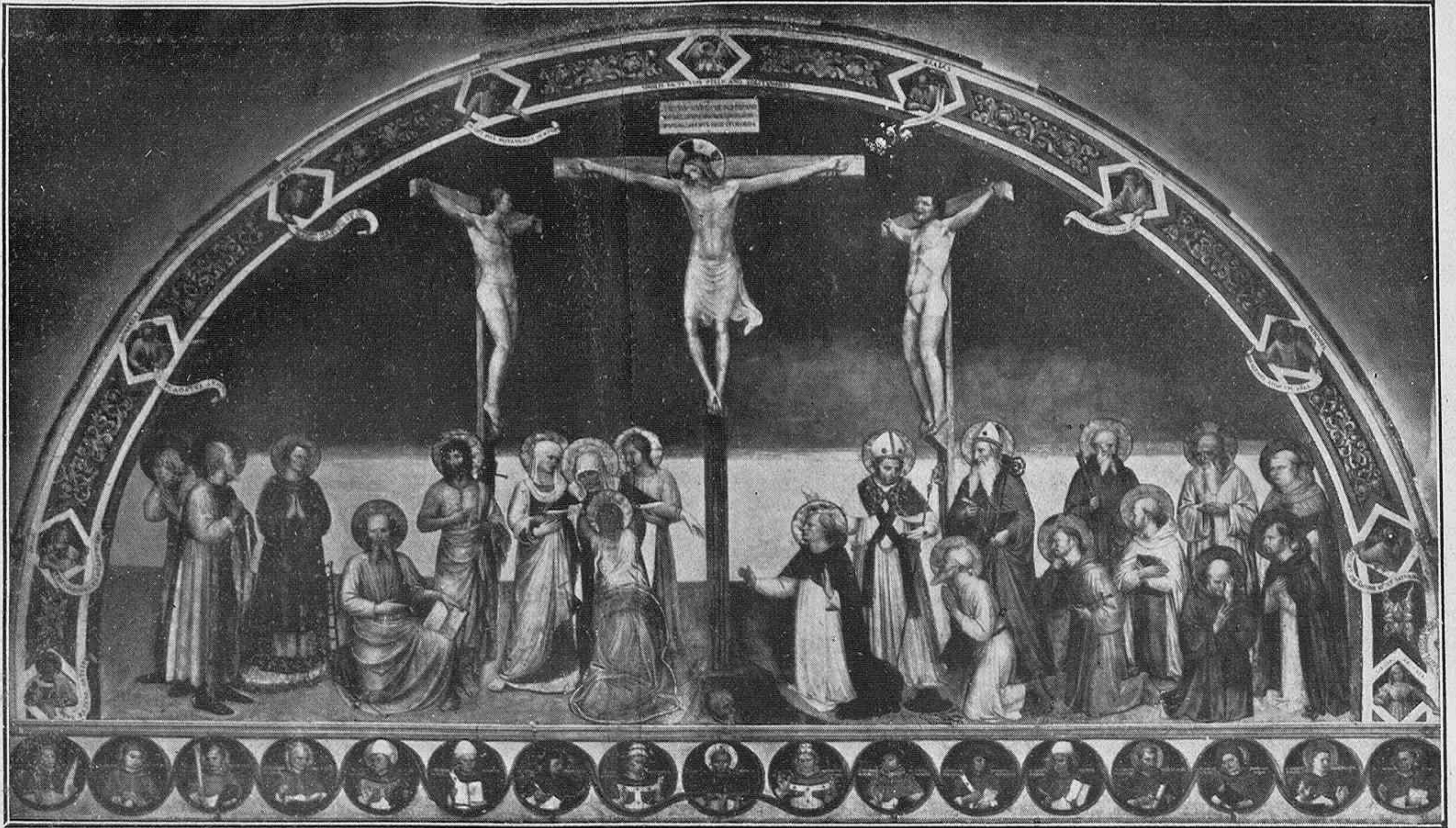
por entre los labios en flor de una moza chorrea como una vena de ámbar el zumo goloso de las uvas estrujadas en la prisa de un mordisco ansioso al racimo tentador...

Las carretas, plenas ya, van chirriando á lo largo de los cauces polvorientos de los caminos... La esplendidez de la cosecha pone en los ánimos ese contento que la abundancia, aunque sea ajena, proporciona. El sol declina rápidamente en un cielo aurirrojo que se desgarrá en el horizonte como un incendio. Violetas pálidas hechas jirones, grumos de nubes grises y cárdenas traen la noche...

Ya apenas se ve en la viña, y aun continúa la rebusca... Las cuadrillas se aprestan á regresar. Las semillas de Baco recogidas parecen haber infiltrado en las almas chispas de su alegre locura... Canciones jocosas retozan en el aire del crepúsculo, sereno, sin melancolías... La siringa pánica parece sonar entre las sombras, y el rostro bicorne del dios gozador sonríe á la eterna pareja que se disimula para el amor en el camino.

La luna roja de las vendimias asoma en el horizonte su faz plena y manchada de matrona ahita...

ALVARO REAL



«La Crucifixión», maravilloso cuadro de Fray Angélico, que se conserva en el Museo de San Marcos

Temas artísticos

Fray Angélico y el Museo de San Marcos

BUSCANDO el fervoroso espíritu de fray Angélico, henos hoy en el Museo de San Marcos, mansión de su arte.

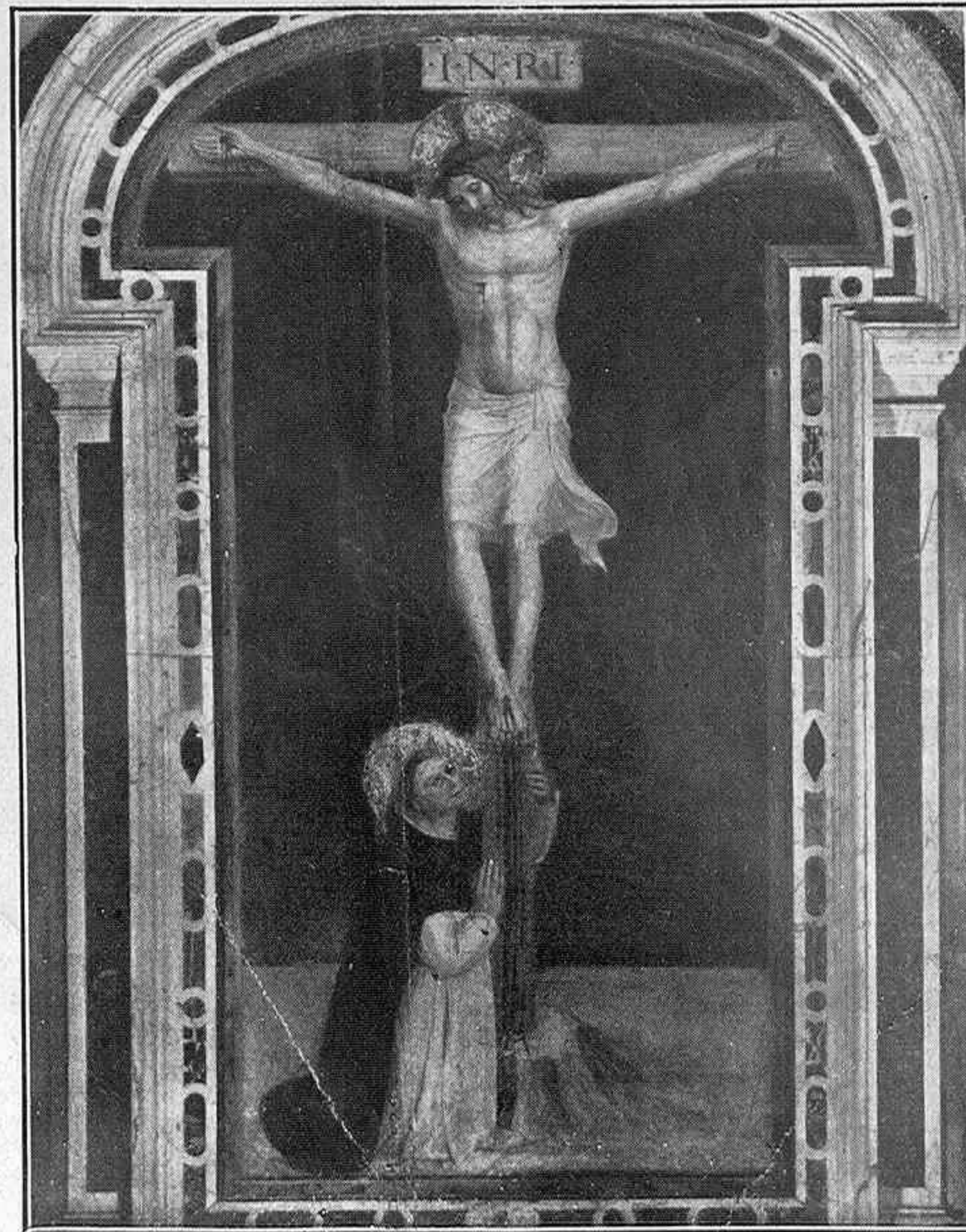
El edificio, que, ampliamente restaurado por Michelozzo, fué convento de dominicos en aquellos días fecundos del Renacimiento, hállase muy bien conservado; pues los italianos, tan celosos siempre de sus glorias artísticas, saben defenderlas y cuidarlas contra la impiedad del tiempo.

Grupos de turistas turban ahora la paz de las grises y humildes paredes, sobriamente decoradas, á trechos, por los frescos del Beato. Pasan éstos de veinte, contando los del claustro, la sala del Capítulo, los corredores y las celdas. Y agregando los óleos que, procedentes de la Academia de Bellas Artes y de la Galería de los Uffizi, llenan las dos recatadas salitas del Museo propiamente dicho, se acercan á cuarenta las obras aquí guardadas de aquel fraile eximio que había de hacerse inmortal por la gracia suave de su pincel.

Poco sabemos de su vida.

Llamábase Guido di Pietro y había nacido en una aldea—Vicchio di Mugello—el año 1387. Veinte después entraba en el convento de Santo Domingo, de Fiésole, y corría, con sus hermanos espirituales, el largo éxodo—Foligno, Cortona...—á que los impulsó su rebeldía contra el general de la Orden y el arzobispo de Flo-

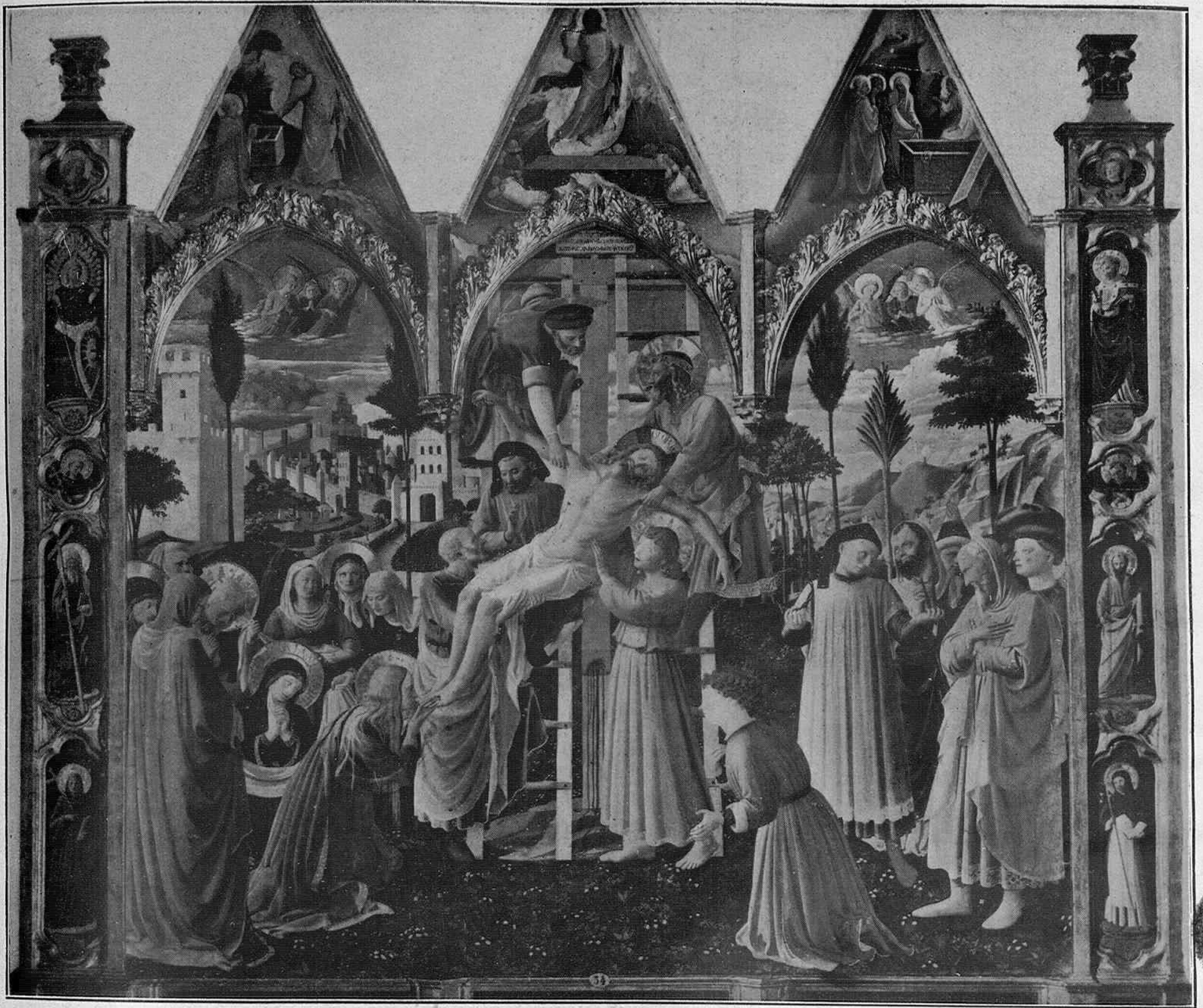
«Santo Domingo al pie del Crucifijo»



rencia, por negarse aquéllos á reconocer al papa Alejandro V. Perdonados los dominicos, pasaron, en 1436, á este convento de San Marcos, donde el Angélico vivió nueve años consagrado á su arte, fijando en muros y tablas las claras imágenes de sus místicos sueños. De esa época datan sus mejores pinturas. Admirado de ellas, el papa Eugenio IV le llevó consigo al Vaticano en 1445, encargándole los frescos de la capilla del Sacramento, más tarde desaparecidos. Decoró también el florentino, por mandato de Nicolás V, la capilla que ostenta el nombre de este insigne pontífice. Por el mismo tiempo, aproximadamente, fué designado para pintar otra capilla—la de la Madonna de San Brizio, en la catedral de Orvieto—; trabajo que, empezado con la ayuda de varios discípulos, no logró terminar.

En 1452 vémosle como prior del convento de Fiésole, y tres años después, el 18 de Marzo de 1455, muere en Roma.

El viejo Vasari le retrata como «persona de santísima vida, quieta y modesta». De su caridad nos habla el hecho de que repartiera entre los pobres lo que ganaba con su arte; da testimonio de su humildad el que no quisiera emprender ninguna obra sin orden expresa de su superior, y como pruebas de su religiosidad profunda se cuenta que, antes de tomar los pinceles, oraba, que arrodillábase al tra-



«El descendimiento», cuadro de Fray Angélico, que se conserva en el Museo de San Marcos

zar los finos rasgos de la Virgen y que se le llenaban los ojos de lágrimas cuando pintaba a Cristo Crucificado. Conocida es también la versión de que no retocaba jamás sus obras, dejándolas como salían la primera vez, por creer que así cumplía la voluntad de Dios.

El amor a la pintura se fundió en su alma con la fe religiosa. Quiso pintar para hacer plástico su hondo fervor cristiano; para ennoblecer a los hombres con la dulzura sublime de Jesús. Fluyente, incontenible como un manantial, su sensibilidad necesitaba expandirse. Y fué la pintura —que a la sazón abría su florecimiento en el ámbito toscano— el medio expresivo de aquel impulso cordial, la lengua de aquel sentimiento que ansiaba hablar, persistir.

No se sabe a punto fijo qué maestro tuvo fray Angélico, ni siquiera si lo tuvo. Se han citado los nombres de Gerardo Starmina y Lorenzo Mónaco; se ha dicho que aprendió estudiando los frescos de Masaccio; que siguió, técnicamente, a Masolino; que Giotto y Simone Martini influyeron en él, con el sentido monumental de la composición y la rígida gracia de la línea, el primero; con la oriental riqueza del colorido, el segundo...

No hay artista, por muy personal que sea, cuya labor aparezca totalmente divorciada de la de sus antecesores ó contemporáneos. En el

caso del monje de Fiésolo, esos puntos de contacto—lógicos é inevitables— no disminuyen la poderosa, extraordinaria originalidad de su genio.

Este Museo de San Marcos atesora casi todas sus obras capitales: el grandioso fresco de la *Crucifixión* (modelo de composición mural), los maravillosos óleos del *Descendimiento*, el *Juicio final*, la *Coronación de la Virgen*, la *Madonna del Linaioli*, los seductores *sportelli del tabernáculo dell'Annunziata*...

Ningún pintor del mundo ha puesto más unción en su obra. Fray Giovanni Angélico es el supremo maestro de la pintura seráfica. Tiene su pincel claridad de aurora, casta belleza de rosa, gracilidad de ala, pureza de oración. La línea se desliza con un ritmo sereno y cándido; el color canta sus limpias y frescas armonías como un himno de matinal alborozo. (Es un color aprendido en los iluminadores medievales; vivas notas azules, rojas y verdes, que juegan con grises intensos y rayos de oro, rehundidos éstos de manera primorosa.) Los cuerpos funden la materialidad de sus paganas formas bajo las plegadas vestiduras; se asoma el alma a los rostros en un fulgor apacible; nos dan las manos su ademán piadoso con encantadora ingenuidad...

No sólo cuando interpreta escenas tiernamente idílicas, como la Anunciación, la Adoración de los Reyes, los Desposorios de la Virgen,

la ronda de ángeles y bienaventurados que vemos en el *Juicio Final*; en los asuntos de más dramático realismo pone también el angélico su delicadeza virginal, su candor no igualado. Así en el *Entierro de Cristo*, en la *Degollación de los Inocentes* y, sobre todo, en el *Descendimiento*.

Aquella impresionante hora de la historia cristiana—cuando los santos varones desclavan el divino cuerpo muerto que la angustiada madre recibe en su regazo—nos la transmite fray Angélico sin el más mínimo acento desgarrador. El tema dramático queda convertido, por la caricia de su mano, en una dulcísima elegía. Tiene hasta esa gracia lírica, melodiosa, que paladeamos, por ejemplo, en la *Alegoría de la Primavera*.

Ninguna figura sufre rudamente; ninguna descompone su conmovida serenidad a la vista del Crucificado. Mudas y piadosas, le recogen como a un niño dormido, temiendo que se despierte; como a una flor marchita temiendo que se deshoje...

Imposible alcanzar una nota más alta en la cuerda de la delicadeza. Todo el sentimiento de aquel hombre enamorado del cielo, de aquel monje que pintaba, según dijo Denis, con «luz del Paraíso», vive en esta tabla prodigiosa, delante de la cual ponen los siglos su reverencia.

BERNARDINO DE PANTORBA

Florenia, 1929.



BURGOS

A la puerta
de la
Cartuja

¡Salve!...

EL automóvil nos ha traído, en cinco minutos escasos, desde el Espolón á la puerta de la Cartuja de Miraflores, crepúsculo maravilloso el de este atardecer de Santiago, de retorno de las tierras de Villadiego y de Aguilar de Campóo. El sol dora los árboles, y en la pradera conventual que hay frente á la portada, triscan, impacientes, unas cabras. Los pueblos del solar del Cid se extienden aquí abajo, en esta dulce vega del Arlanzón. Con las campanitas del *Angelus*, el que sabe oír oye también los timbales del Romancero y de los viejos cantares de gesta. Y al tañido de las campanas actuales y de los címbalos pretéritos se une, durante este atardecer cristalino y puro como el corazón de un niño, que dice en esta hora siempre religiosa en que la Naturaleza duerme, las alabanzas de María: *Salve, Regina, mater misericordiaz; vita, dulcedo, spes nostra, Salve...*

¡Salve, sí, Señora! ¡Salve, María! ¡Salve, vida, dulzura y esperanza mía; salve!

La Cartuja, cerrada, hermética, con las armonías del órgano que se filtran ahora por sus muros, ejerce sobre mi espíritu una atracción singular, desde este valle de lágrimas en que las escucho, descubierto... ¡Cartuja de Miraflores, remanso de paz, *janua coeli*, puerta del cielo, reposo de la carne y deleite del espíritu, donde unos viejos pecadores saludan á María; todo tu encanto lo percibe ahora mi corazón de poeta y de cristiano! ¡Salve, María, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, salve! Y no soy yo; es el órgano de la Cartuja el que desgrana ahora todas las más dulces y profundas ternuras de mi espíritu, que sabe también—como el de los cartujos—de hondas tristezas y de alegrías inefables

¡Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, Madre! *Vita, dulcedo, spes nostra...*, torno á paladear dulcemente como en los días radiantes de la niñez, que ya no volverá nunca, nunca, nunca...

Después de cantada la Salve—cascada de voces temblonas y varoniles donde se apagaron para siempre los deseos y se fortaleció en vida el recio corazón humano, sima de misterios—; después de cantada la Salve, el hermano organista retoza de momento con el órgano en esta tarde maravillosa del *Señor Don Sant Yago*, patrono de las Españas y gala de Compostela, la lluviosa y monumental. Advierto que el espíritu del hermano organista, caballero en el Clavileño de su fe, desciende ahora por las cuevas de Montesinos de su ideal cristiano. Le acompaño en la grata excursión. No nos espera, como al Dante, Virgilio en las puertas del infierno; es María, Reina y Madre, la que nos lleva de la mano por un maravilloso jardín donde las aguas



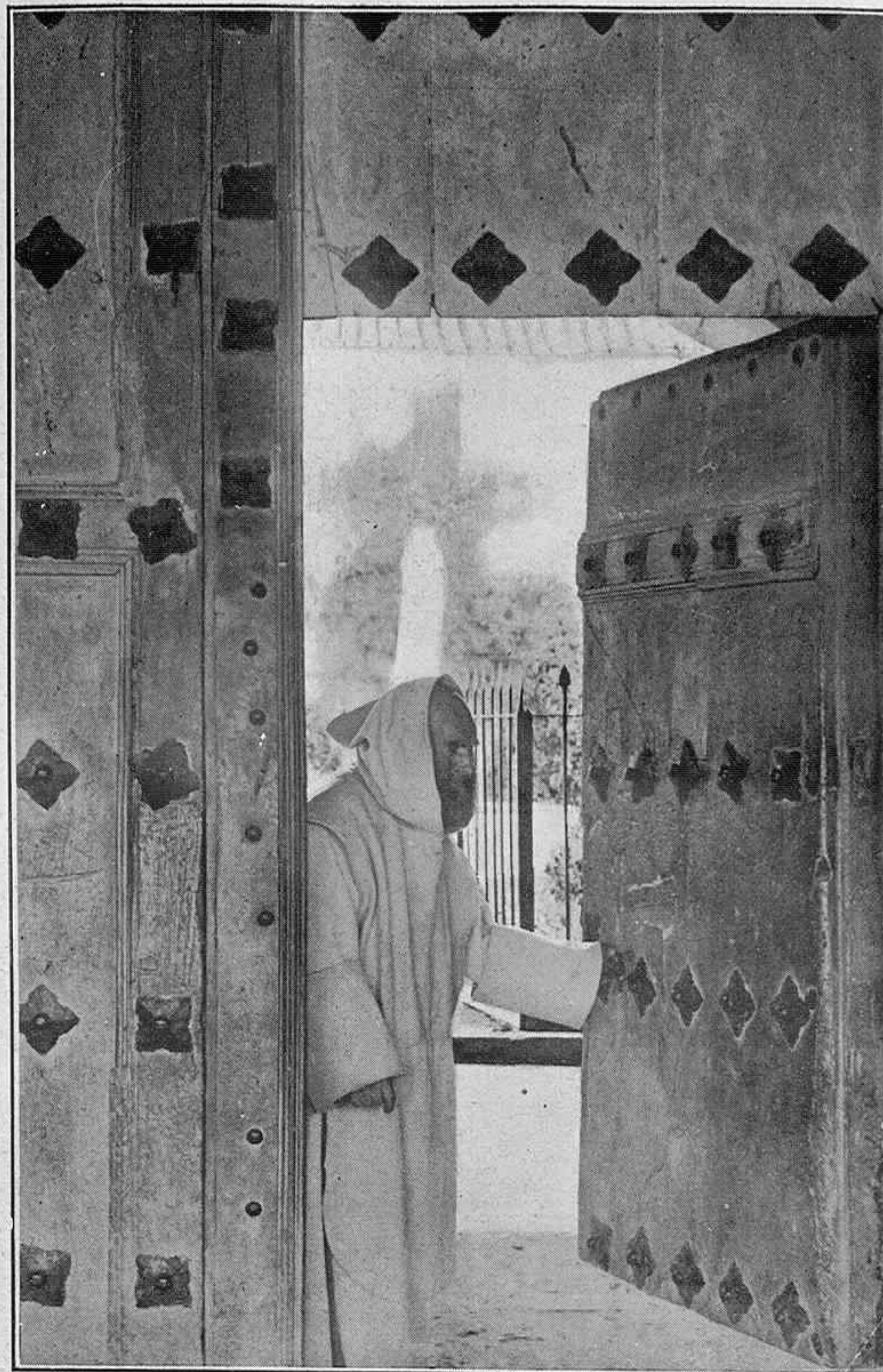
Vista general
de la Cartuja



Entrada á la
Clausura
de la Cartuja



El Padre Prior, orando ante la Cruz de la Cartuja



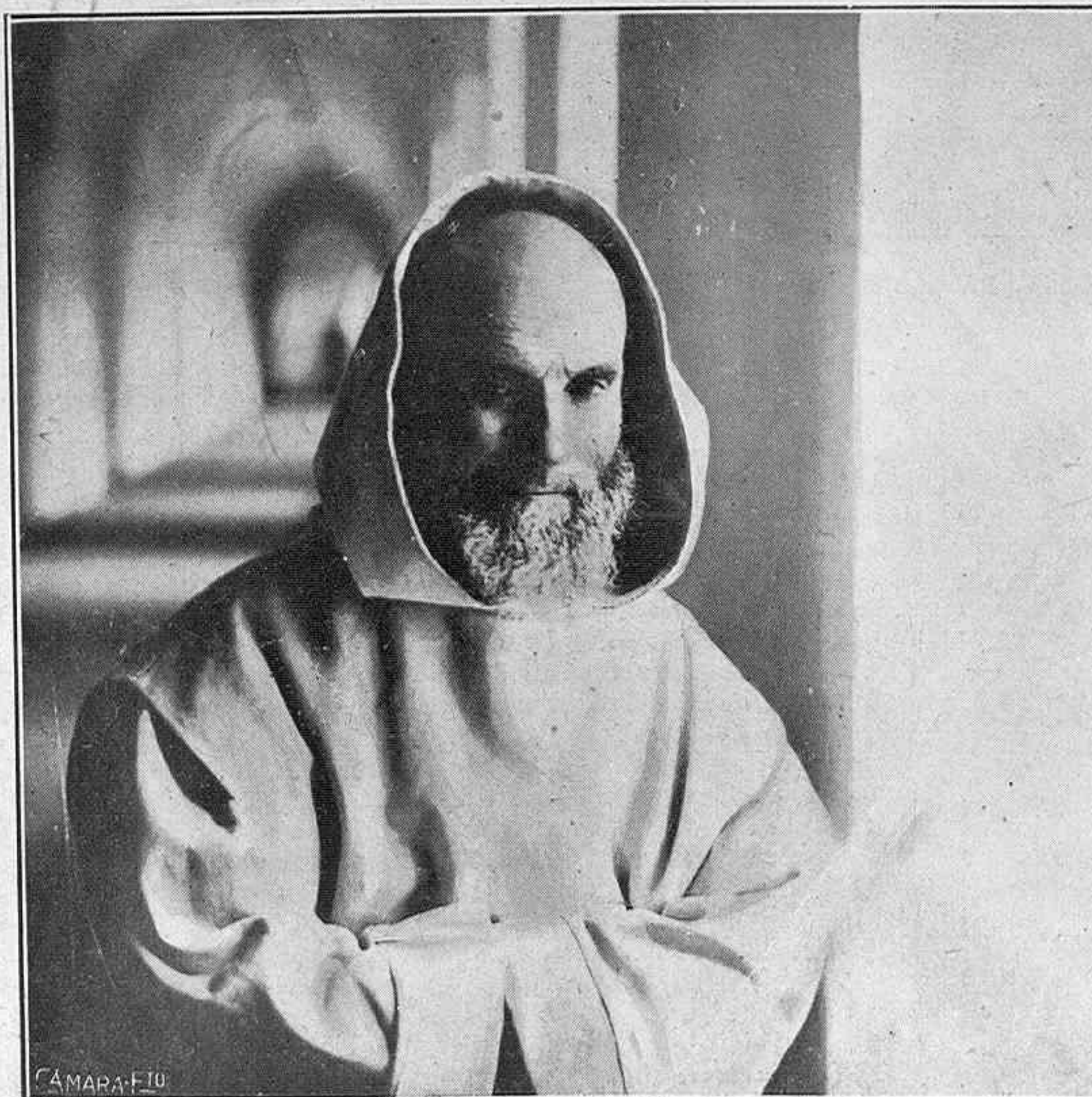
Puerta exterior de la Cartuja de Burgos

cantan en las tazas de las fuentes, como en los jardines de Verona y en los parques de Sevilla.

¡Hermano organista, muchas gracias! Dime: ¿quién eres tú, hombre ó ángel? ¿Eres Pablo Coussac, que abandonó París el 15 de Octubre de 1915, cuando acaban de fusilar, en los fosos de Vincennes, á tu amiga, la espléndida morena Mata-Hari, estrella de la mañana? ¿Eres aquel marqués, manirroto y sensual, que una tarde, en plena calle de Alcalá, cruza con una fusta vil el rostro de un marido burlado, mientras ríe la bella tu insolencia plebeya y tabernaria? ¿Eres un pobre hombre de penas anónimas que has pasado por el mundo como por un infierno?

Quien quiera que seas, yo te saludo, hermano, hijo de María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Anochece. Siguen triscando las cabras en la obscuridad. La luz de la luna baña con un resplandor lechoso las cresterías de la linda Cartuja de Miraflores. Se encienden las luces de Villafría del Cid y de Aguascalientes. El bosque de agujas, de to-



rres y de flechas de la Catedral burgalesa se eleva al cielo sobre los tejadillos de la Isla. Anochece... Oigo el rumor de las pisadas quedas de los cartujos que se dirigen á sus celdas. «Morir habemos; ya lo sabemos...» Pero no muere del todo, el corazón del hombre que se refugia en el regazo de María, consuelo de los afligidos. *Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra...* ; *Spes nostra*, esperanza nuestra, sí! ¿Y no es el cielo nuestra esperanza última, nuestro anhelo inconfesado, el ideal obscuro, pero latente en nuestro corazón congojoso? ¡Cartuja de Miraflores, que me has dicho tu secreto en un atardecer puro y cristalino, ya no sabré olvidar nunca este momento de poesía pura, de fervor cristiano, que has traído, por unos minutos, á mi corazón, que también sabe de dolores y que quiere tener fe!

JOSÉ SANCHEZ ROJAS

Burgos.

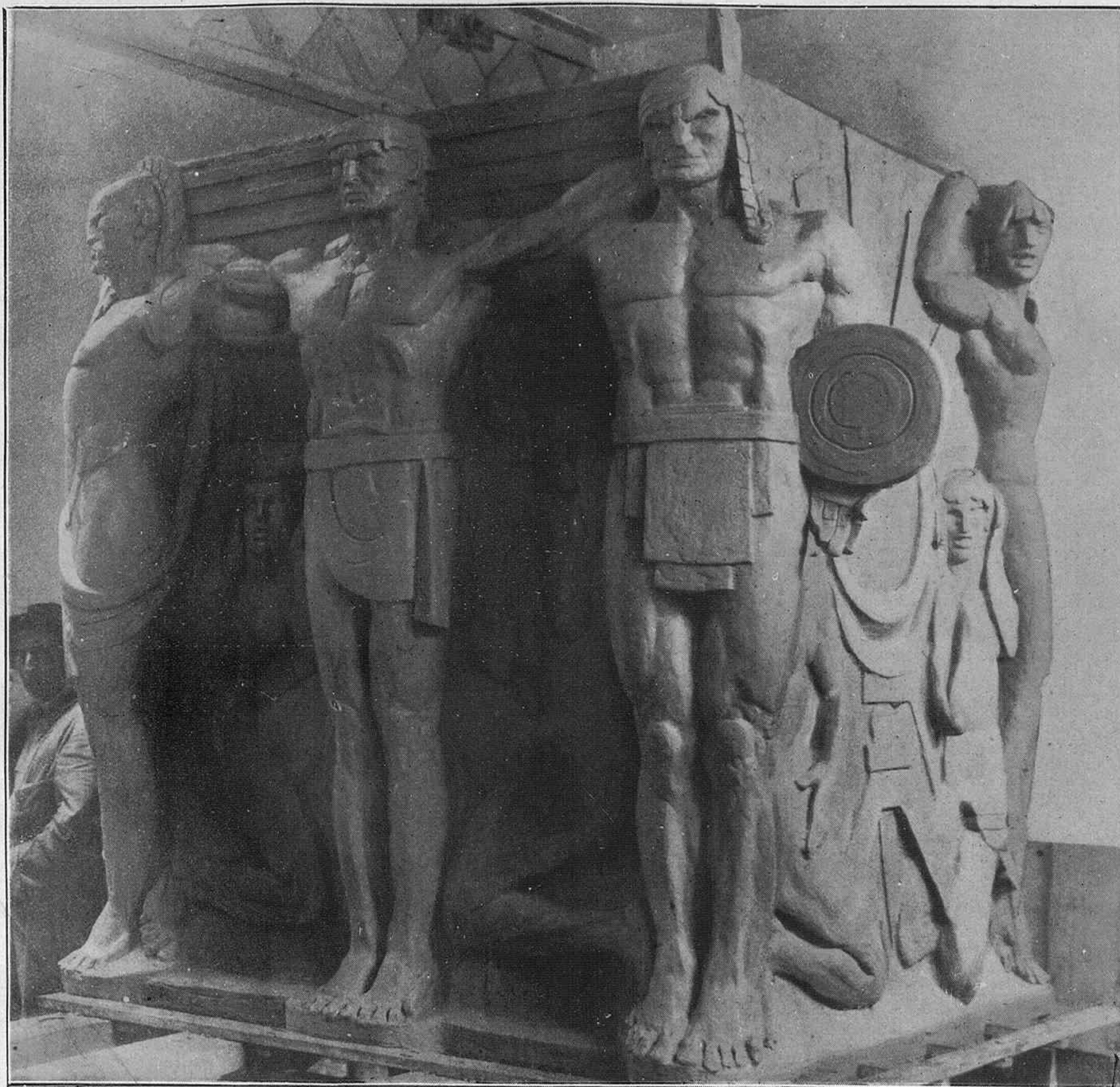
El guarda de los claustros de la Cartuja

(Fots. Club)



CÁMARA-FIU

CÁMARA-FIU



Friso que corona el Palacio de Comunicaciones en la Exposición de Barcelona, obra de Felipe Coscolla

UN buen día para el Arte—para el artista, malo—partió para América del Sur un emigrante con sesenta céntimos en el bolsillo. Llevaba una dosis de ánimo y de tesón suficiente para hacerle triunfar en aquellas tierras lejanas, para él de promisión, con la aureola con que se avizoran en los años mozos. El abnegado se llamaba Felipe Coscolla, y era aragonés, de Graus, la villa evocadora desde donde Joaquín Costa lanzaba sus trenos patrióticos y sus rugidos de león. Coscolla era hijo de modestísima familia; desde niño había querido ser escultor. ¡Vana quimera para sus padres! No. Había que ganar un jornal que llevar á casa. Debería ser tipógrafo. Pero el oficio era sedentario en demasía. Coscolla prometió llevar á sus padres el jornal deseado, y se dedicó á repartir periódicos, entre empujones, cargas de la policía barcelonesa, estrépitos y carreras.

Mas la voz interior, apremiante y enérgica, ordenaba. El soplo del Arte oreaba las sienas del adolescente; y un día, ese buen día, partió, acurrucado en la sentina de un buque, en busca del vellocino de oro. Llegó á Chile; y el vellocino,

aunque alto, apenas invisible, se mostró á Coscolla; y Coscolla se aupó y pudo admirarlo de cerca. Empezaron á encargarle obras, de decoración principalmente, y en siete años, ciento sesenta y cinco mil pesos se posaron en sus manos huesudas, rápidas y diestras para manejar el cincel. Fué una cosa de ensueño.

Y luego, la vuelta á la patria amada. Arribó á Barcelona «vencitor», con un dejillo americano que cuadraba bien con su modestia y su sencillez. Nada de hipóboles ni de aventuras. Trabajo, constancia, y nada más. Añado: maestría, inspiración, genio artístico, que le abrió las puertas de la nombradía y las gavetas del dinero sustentante. Tal vez la lectura de *La Araucana*, del gran Ercilla, le inspiró su pasión por la escultura heroica, la de vuelos, difícil porque alberga ambiciones y pide dotes que pocos pueden satisfacer. Y ya en Barcelona, retiro de tantos artistas consagrados y de muchos más fracasados, triunfó Felipe Coscolla rápidamente con su sentido ponderado de lo grandioso clásico modernizado, es decir, atemperado á las corrientes artísticas de nuestros días.

Sus mejores obras son: un Cristo, en Moncada; la imagen de San José, en la iglesia del Tibidabo, y otra del mismo Santo, en la calle de Rocafort. Siguiéron los frisos colosales que adornan el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona; obras logradas, de un movimiento y un espíritu representativo admirables. Actualmente trabaja las estatuas de los cuatro grandes Santos de la Orden de Predicadores, para el palacio de las Misiones de la misma Exposición, sobre el proyecto del arquitecto Sr. Barnadas, y la del gran Cristo-Rey, de cinco metros de altura, que presidirá el *hall* de dicho palacio.

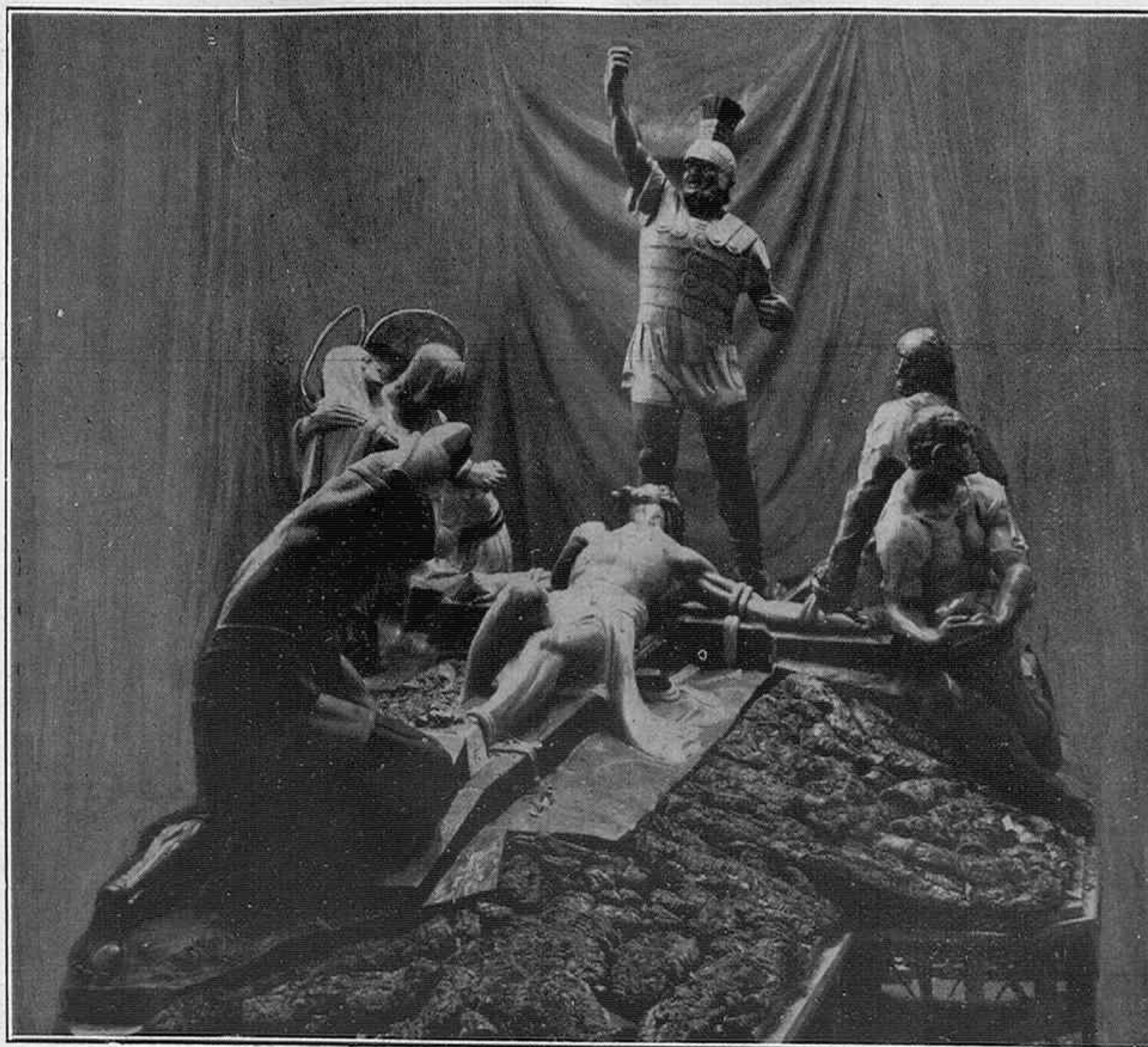
La última es el grupo de San Juan de Dios recibiendo el divino Niño de manos de la Virgen, que decorará el sanatorio de Calafell.

Pero no: su última obra terminada, y que coloca á Coscolla en lugar preeminente entre los estatuarios españoles, es el *paso* de la Crucifixión, para la Archicofradía de la Vera-Cruz, de Huesca, capital del Alto Aragón, su patria, á la que ha querido ofrendarle unas tallas policromadas de altos vuelos. Jesús está tendido sobre la Cruz. Un sayón ha clavado con furia un pie del



El escultor aragonés Felipe Coscolla

Redentor. La otra pierna está contraída; la musculatura, exaltada; los brazos y los hombros, en flexiones de supremo dolor físico, expresado en síntesis en el rictus de la faz precadavérica. Detrás de la cabecera de la cruz, un centurión empujado da órdenes. A su izquierda, otro sayón tira de la cuerda para mantener la rigidez del divino cuerpo. A su derecha, el grupo de la Virgen, el Discípulo amado y María Magdalena; ésta ladeada, las manos en el rostro, vuelta de horror. Enfrente, un judío de los que gritaron *Crucifixe, crucifixe eum*, sentado de espaldas, medita acaso en la injusticia de la cruel escena, tocado de remordimiento. Tales son los personajes que forman el *paso*, concebido éste con el debido contraste, con la necesaria armonía en la agrupación. Y hasta el judío de espaldas aumenta ese contraste, pero sin disgregarse; antes



«Paso» de la Crucifixión para la Archicofradía de la Vera-Cruz, de Huesca, de Felipe Coscolla

bien, el ánimo asocia su actitud pensativa á la bárbara crucifixión como un reproche mudo. Gentil valentía del autor, que con sólo ello se acredita de artista sobresaliente. Los términos y los planos están graduados en retablo, para que la vista pueda apreciar desde el primero y por los lados los detalles y su trabazón en el conjunto magnífico. A ello se debe el realce de la elevada figura del fondo.

La ejecución corresponde al tino de la concepción. Efigies vigorosas, enérgicas, llenas de movimiento y de vida; sumida en llanto la Magdalena; severamente afligida la Virgen; Jesús en un espasmo de dolor humano; es el Dios-Hombre que, flagelado, escarnecido, herido, siente aquel postrer desgarramiento de los clavos. El eco del último martillazo se confundirá con la elevación de la Cruz redentora por los sayones hercúleos, tostados del sol del campamento, de faz siniestra de verdugos.

Es un alarde de estudio anatómico este «paso». Se adivina la sugestión de la escuela de Michelangelo, de ponderado realismo, de amor á lo grandioso; y aun la estatua del judío sentado está ejecutada con el recuerdo latente de la imagen del «penseroso» de Miguel Angel; del Lorenzo de Médicis florentino, ensimismado en sus pensamientos de opresión de la patria. Musculaturas acentuadas, flexiones bien estudiadas, naturalismo sin afectación.

Si buscamos los antecedentes de esta obra, los hallaremos en los «pasos» de Juan de Juni, que se conservan en Valladolid; Juni, el principal representante de la indicada escuela de Miguel Angel en España, con su vigor escultórico espiritual, pero apasionado. Mas el arte de Juni con el mismo apasionamiento, pero «modernizado»; esto es, tratadas las esculturas con menor minuciosidad, á veces diseñando ropajes, para subordinarlo todo á la actitud y á la interpretación plástica del espíritu momentáneo de las figuras en la tremenda escena.

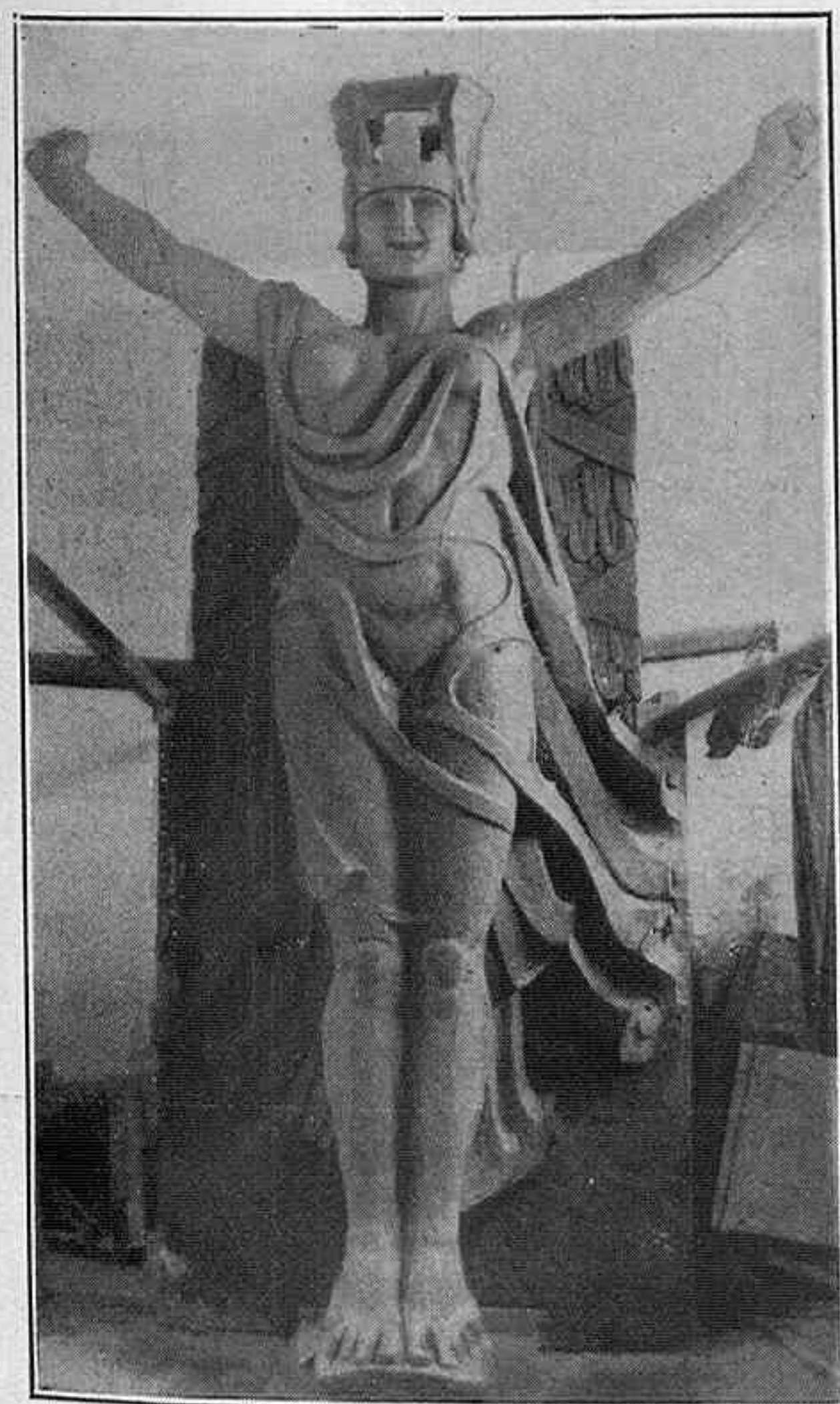
Y este es el arte escultórico; estos los quilates del gran artista Coscolla, catalán por residencia; pero nuestro, aragonés, por ese empuje interior, por ese vigor sereno de que hace gala en esta su última obra que ofrenda á Huesca con devoción de hijo. Cíncel comprensivo, brioso, realista. Es un «imaginero» de la cantera de aquellos caste-

llanos de la segunda mitad del siglo XVI, adaptado al nuestro. Dudo que haya en España escultor que haga unas tallas religiosas del valor de las que Coscolla acaba de labrar; las que se hacen hoy son de taller, de oficiales anónimos, amañadas cuando no son pastiches escolásticos.

•••••

Todavía conserva Coscolla con amor los sesenta céntimos que llevó en su odisea á América.

RICARDO DEL ARCO



Estatua de la Victoria, que corona el Palacio de Comunicaciones en la Exposición de Barcelona, por Felipe Coscolla



«La ola», escultura admirable de Felipe Coscolla

(Fots. Luesma)

Un pueblo
que desaparece

Hita, la olvidada villa del Arcipreste

PARDA tierra castellana loada por el Romancero y por Juan Ruiz; seca y áspera campiña que añora los manes de Ruy Díaz de Vivar, de Alvar Fáñez de Minaya y de aquel loco Don Quijote; árido terrón cantado por toda lira española, ¡salud!

Visión de tarde vernal, mecida por cálidos vientos; cielo añil con los remiendos blancos de unos jirones de nubes que le decoran; la gema de oro del sol extiende por el campo sus rayos irisados. Tarde bella; tarde castellana. La campiña esmeralda va tomando tintes dorados. Por propincuos caminejos discurren tostados labriegos. Los postes telegráficos se han puesto en movimiento. Un olivar lejano inicia una carrera desenfrenada. Las casillas de los pasos á nivel piérdense desmayadas al borde de los caminos. El ferrocarril arrastra con desgana las moles de sus coches. Como á Galdós, gustanos viajar en tercera clase. Experimentamos un hondo placer al desentrañar en las figuras aldeanas una psicología sin complicaciones. La charla de los viajeros, perlada de toda clase de barbarismos, nos agrada. Hasta Humanes vamos en tren. Alí aguardanos un automóvil para ascender al pueblo del autor de *La pelea de don Carnaval et doña Quaresma*.

En Humanes siéntese uno calmado. La paz aldeana sirve de sedante á nuestros nervios, alterados de continuo por el bullicio de la ciudad. En la estación, al resguardo de unas acacias que proyectan esqueletos de sombras, palabrean dos viejucas. Decoración con manchas verde-oro en la campiña, y en la lejanía, donde fina la visión, montículos verdeados por olivares y viñedos. Tañe la cigarra la monotonía de su canción, y un can vagabundo pide á ladridos un yantar que nadie le ofrece. Día aldeano que tiene remembranzas de versos rudos y exquisitos de Gabriel y Galán, de música dulzona de guitarras, de coplas monótonas y sencillas, de maravillosos cuadros de Zuloaga, y tiene delicados aromas de flor de acacia y de te.

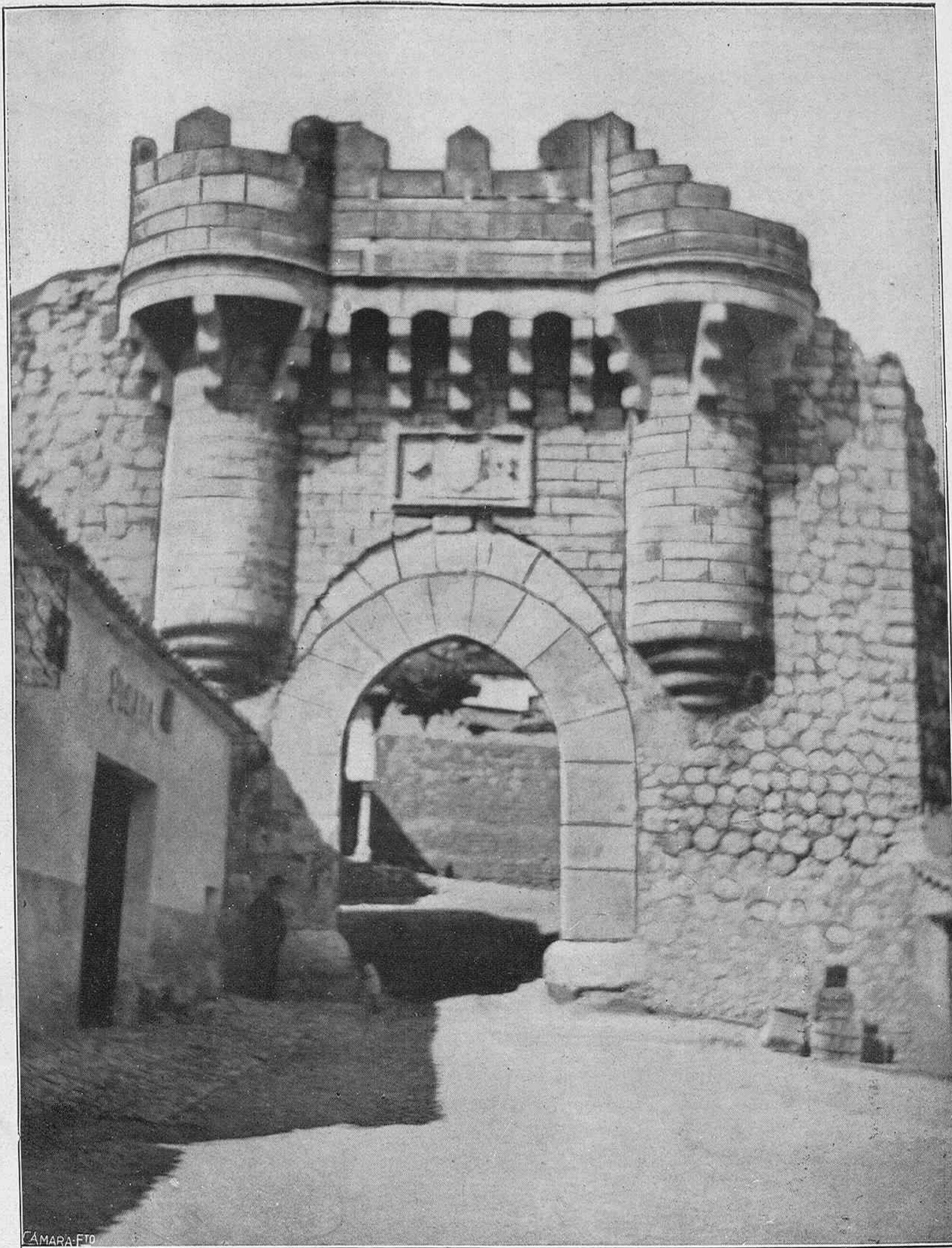
Subimos al *auto* é iniciamos la marcha por una carretera tortuosa que se pierde en lontananza, entre las morisquetas de sus sinuosidades. Ascendemos por la carretera de Soria, cercada de copudos árboles. Dejamos atrás el convento de So-

petrán, célebre antaño y hoy semiderruido. Y al fin divisamos la villa del Arcipreste.

Todo amante de las letras patrias conoce á Juan Ruiz, el poeta de las cantigas, de las pastorelas y de las vaqueiras. Por ello no haremos mención especial del juglar erudito, firme sostén del castellanismo, iniciador de nuevos metros en la poesía española, cuyo es el nunca bien alabado Arcipreste de Hita, ocupando nuestra exclusiva atención en su pueblo, olvidado de todos, y que apenas conserva un pálido reflejo de su antiguo esplendor. Para ello, rebusquemos olvidados anales históricos.

Ya Tolomeo y Antonino citan en el camino de Mérida á Zaragoza á Hita, por aquel enton-

ces nombrada «Caisada» ó «Caesata». A fines del siglo x, el bravo Alfonso VI, rey de León, quita á los moros la primitiva Caisada, que después adquiere la denominación de «Fita» ó «Hita», derivada de fita ó mojón, tal vez por su situación entre la Celtiberia y la Carpetania. Viviendo el Arcipreste (siglo xiii), tiene Hita tres magníficas iglesias parroquiales: San Juan y San Pedro, templos de tres naves con techumbres de madera, y Santa María, cabeza del distrito que rige el poeta, y un bellissimo camarín á la inmediación de la iglesia de San Pedro, residencia de Juan Ruiz. Es plaza amurallada, y tiene un soberbio castillo en la cima de un cerro, sobre cuya vertiente meridional se tiende la villa formando



Ruinas de la puerta de Hita en su lamentable estado actual

anfiteatro. Da acceso al lugar una puerta de piedra que maravilla por su grandeza y hermosura, verdadero alarde arquitectónico de la época. En el siglo XIV son señores de la villa los González de Mendoza, y en ella, Pedro, de la rama citada, alza en 1368 bandera de rebelión contra el rey Don Pedro.

La antigua Caisada cuenta con treinta mil habitantes. Los techos de sus moradas albergan á obispos preclaros, á altivos magnates y á grandes príncipes. El sol alumbra con sin iguales resplandores á Hita. La felicidad y la abundancia reinan en sus ámbitos.

Tornemos á la realidad. Siglo XX. La tierra es la misma. Alumbra igual sol. Y, sin embargo... La puerta que da entrada á Hita está derruida en parte, y en tal estado de abandono que puede el tiempo ejercer su labor destructora sin temor á las restauraciones. Divisamos la amplia é inaccesible muralla antañona, de la que tan sólo quedan trozos desmoronados sobre las ruinas de los cimientos.

En el pueblo nos presentan al Barberillo Viejo, ochentón simpático, curtido por lluvias y ventiscas, amante de su pueblo, quien se ofrece á acompañarnos en nuestra visita al esqueleto del pueblo del Arcipreste.

—La muralla—habla el viejo—la han aprovechado para hacer casas...

Callamos en dolorido silencio.

—La parte de puerta que falta—añade al ver que la contemplamos—la demolieron en el año 1868...

Para apartar de nuestros ojos la lastimosa visión alzamos la vista hacia lo alto, donde esperamos percibir el castillo.

—¿El castillo?... ¿Preguntan por él?... Por encima de sus huesos pasaron ustedes...

Pedimos aclaración de la extraña frase del viejo.

—Le destruyeron, señor, para grava de la carretera... Tan sólo quedan esas cuatro piedras que se ven, y en medio de ellas un hoyo que han cavado para penetrar en el subterráneo, creyendo encontrar tesoros...

Entramos en Hita. Las callejas son torcidas, empinadas, y las casas son cuevas en su mayoría, dándose el caso, por virtud de su situación, de estar los tejados de unas casas á la altura del pavimento de otras calles. Buscamos barrios legendarios. El viejo gufa nos desengaña... Exclama:

—¡Pero si los Barrios Altos han desaparecido!... ¡Si la parroquia de Santa María ya no existe!...

Veamos San Pedro. Bajo su pórtico, recientemente blanqueado, y al lado del portal, hay en la pared una piedra sobre la que ha sido grabada la siguiente inscripción: *Clemēs de Canvs Secvndiū Archipresbiter de Hita.*

El viejo explica:

—Esta piedra, como la puerta de la muralla, quiso el Ayuntamiento venderla; pero á ello se opuso su propietario, el duque del Infantado...

Entramos en la iglesia. Percibimos un halo de frescor.

—La parroquia fué rica en pinturas y decorados—decimos—. ¿Qué se hizo de esto?

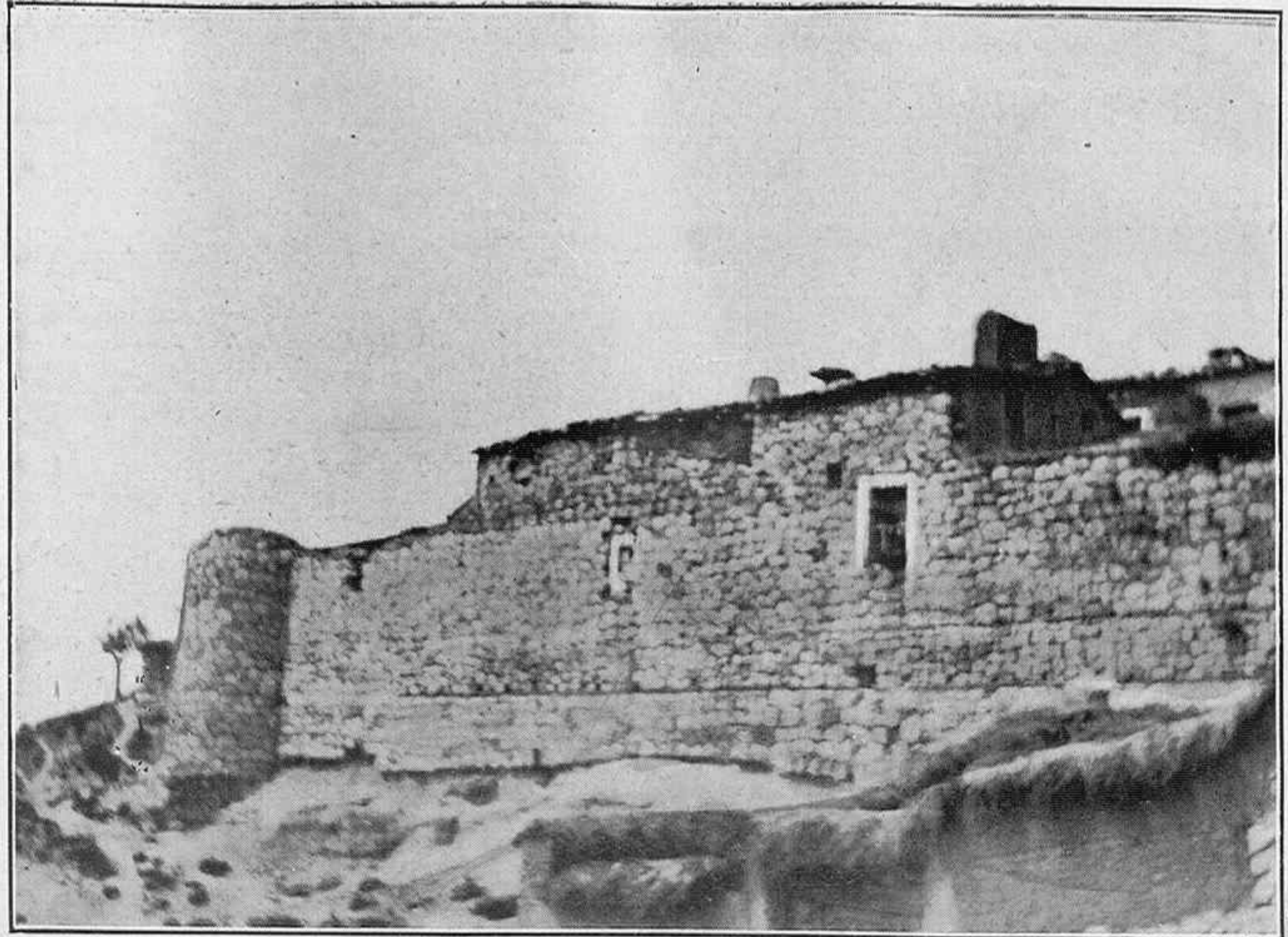
Y el Barbero Viejo, con un gesto resignado, responde:

—Manos de un clérigo, señor, que las desposeyó, ésta y San Juan.

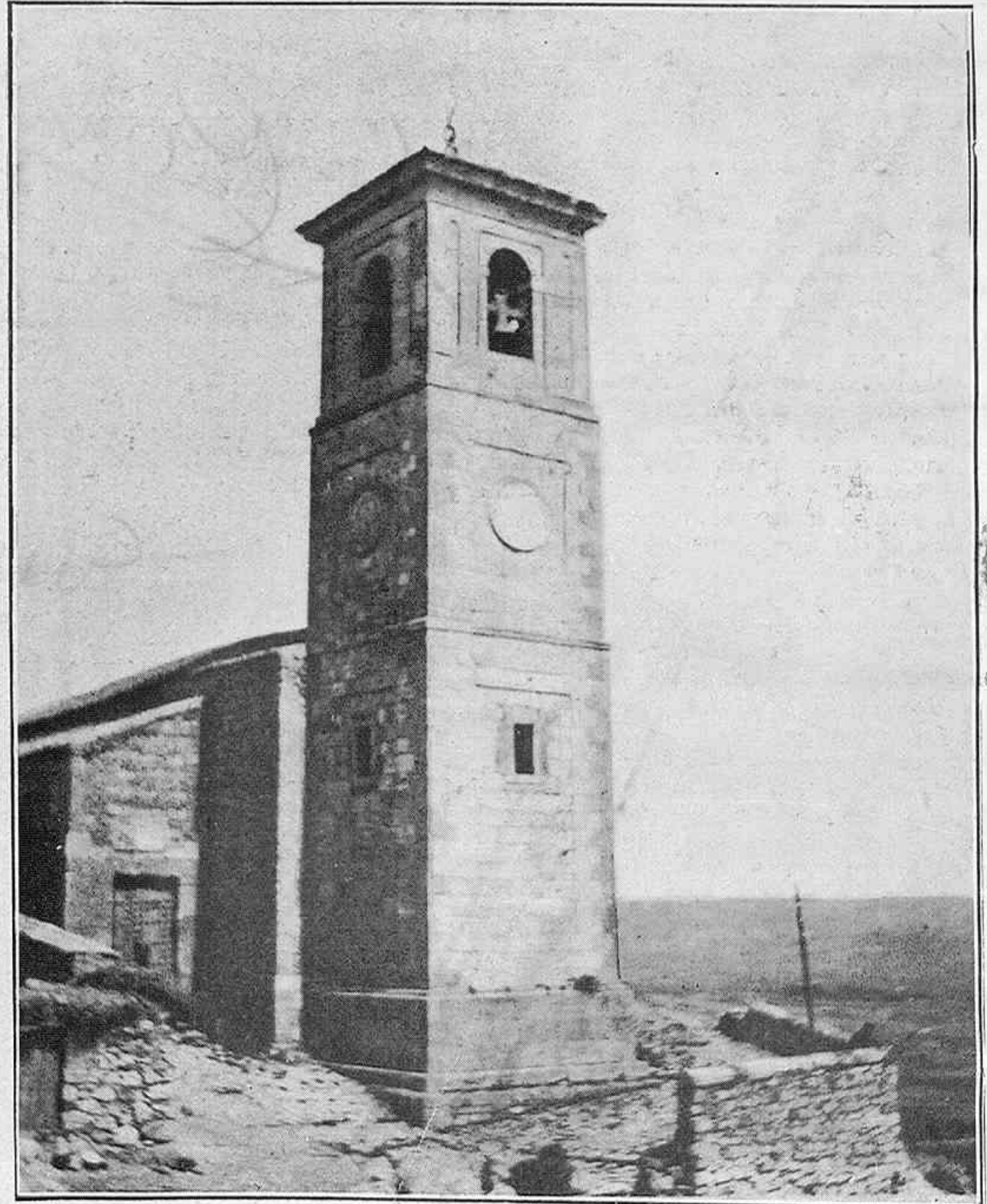
Salimos del templo. Nos enfrentamos con otra iglesia que, como la ya visitada, reúne diferentes estilos, merced á las restauraciones y modificaciones habidas en ellas, y aparece á nuestra vista una casa que ostenta una lápida. Y en la que la fantasía popular supone que viviera el célebre Juan Ruiz. El Barbero nos asegura que allí tuvo su vivienda el Arcipreste.

—Dijéronlo mis padres... Y mis abuelos...

Pero nosotros ponémoslo en tela de juicio. Si fué cierto, las modificaciones que la casa sufrió á través de los siglos son tan notables que no conserva el más leve sabor de la época. Recordamos, además, las versiones que hacen presumir que Juan Ruiz habitó el camarín que hubo cerca de la iglesia de San Pedro. Lo más creíble es que esa casa estuvo realmente habitada por un arcipreste de tantos como en el pueblo se han sucedido; pero de época muy posterior, y que el



Restos de las antiguas murallas de Hita, que han sido demolidas poco á poco por el vecindario, para aprovechar las piedras en la construcción de casas para el pueblo



La iglesia parroquial, cuyas riquezas artísticas, famosas en otro tiempo, han desaparecido, vendidas ó aniquiladas por el abandono y el tiempo

pueblo ha ido formando una leyenda, transmitida de padres á hijos y envuelta en las sombras que velan la historia.

Descendemos. Varias casas lucen escudos, lápidas, inscripciones. En una calleja tropiezan nuestros ojos con una fuente seca, ennoblecida por dos blasones de piedra.

El Barbero comenta:

—Son los escudos del convento de Sopenán. Como allí iban á caer bajo las ruinas, los han traído aquí para adornar la fuente.

Seguimos discurrendo por el pueblo, lleno de tristes recuerdos, hasta que, apenados y silenciosos, salimos de él, luego de averiguar con dolor que la población de treinta mil habitantes que tuvo Hita se ha reducido á novecientos. No es, pues, aventurado predecir que el histórico pueblecito, en el transcurso de breves lustros, desaparecerá del mapa español para convertirse en colina desierta y olvidada.

FEDERICO TORRES





BAJO esta tarde de verano clara,
recóndita, la aldea se ha dormido
con el mismo silencio con que un nido
se duerme entre la fronda. En tanto que ara

surcos de fuego el sol por la llanura
—ya el sopor de la siesta es enervante—,
la sierra toda azul, allá, distante,
tiene un vaho de neblina. La figura

de una blanca y heráldica cigüeña,
de pie en la cruz del campanario, enseña
su contorno de esfinge al caserío,

y en el bochorno de la larga tarde,
aun más que refulgir, parece que arde,
como si fuera de metal, el río.



Yo ya sé que hay más de una labradora
—me refiero a la tierra castellana—
que se asoma al balcón de su solana,
para darse al ensueño, en esta hora.

Nieta de Dulcinea del Toboso,
sabe que el buen Quijano apetece,

para encender aun más su fantasía,
caminar bajo el cielo luminoso

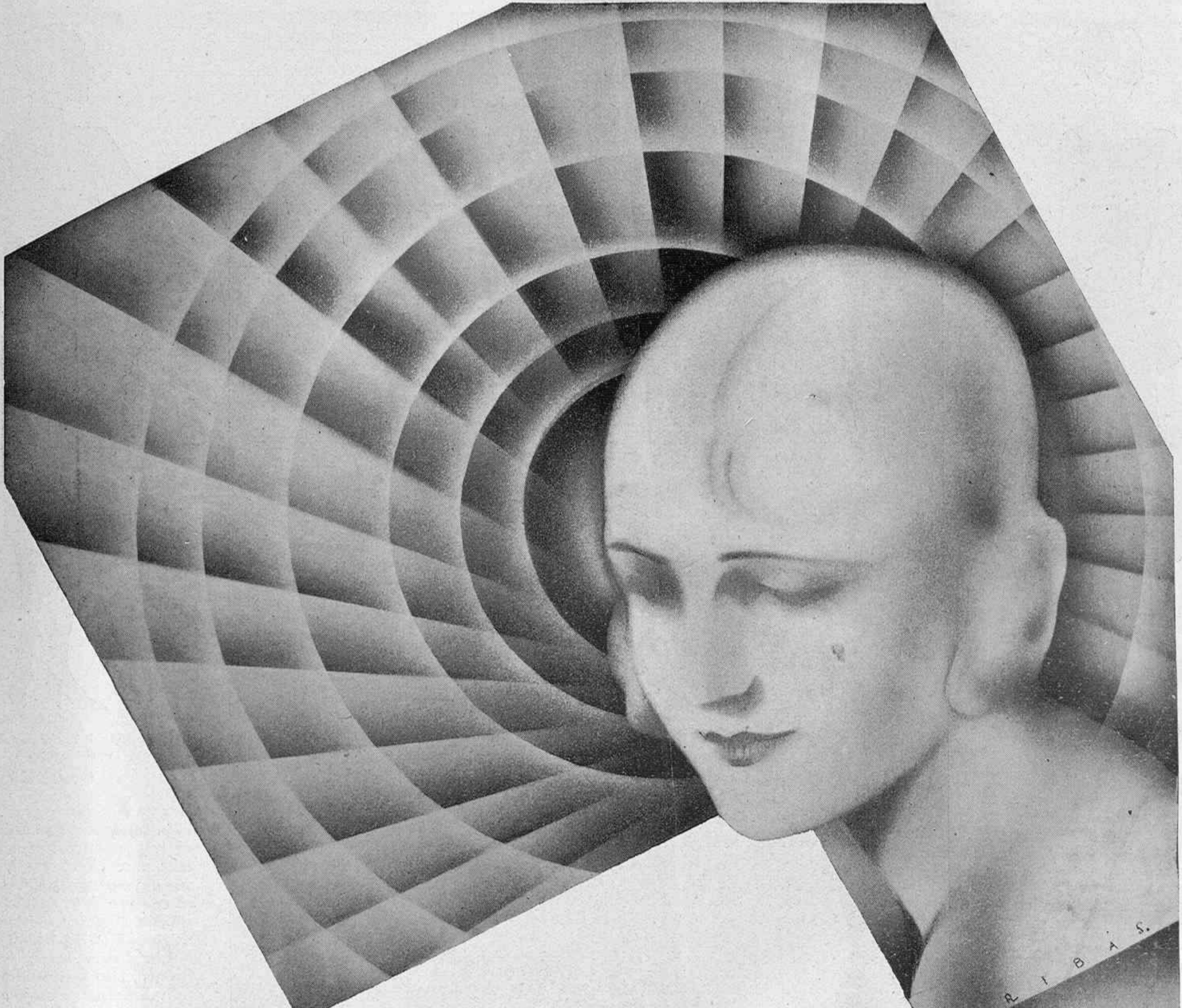
de unas siestas así; y es tan sincero
su amor por el valiente caballero,
que, creyéndose ya otra Dulcinea,

mientras mira al camino por si él viene,
con sus líricos sueños entretiene
el sopor de estas tardes de la aldea.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. Cortés)

CAMARA FLO



**LA LUZ
DE LA BELLEZA**
reside en el cutis suave, terso,
perfumado por el contacto
con la deliciosa espuma del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Es el jabón que le conviene.
Para su cutis fino, un jabón
fino y suave. Para su exquisita
elegancia, un jabón «chic».
Suaviza la piel, limpia bien los poros,
deja en el cutis inconfundible aroma.

Pastilla, 1,25 en toda España

**PERFUMERÍA GAL
MADRID**

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.
Casa en Londres: Strand, 76.
Casa en Nueva York: Waverly Place, 147-153.
Casa en Amsterdam: O. Z. Voorburgwal, 101.
Casa en Copenhague: Vingaardstræde, 22.



VERITAS

Elegancias



Vestido de noche en «taffetas» azul marino

(Modelo Lucile Paray)

Las chaquetas sin mangas no se han creado más que como complemento de los trajes ligeros, esos lindos y deliciosos trajes hechos con muselinas y *crêpes* tan sutiles, que parece que van a deshacerse entre las manos de las que los trabajan.

Son estas chaquetas que la moda ha puesto en boga reminiscencia de las antiguas *casacas* que usaban hace un siglo las mujeres francesas para salir del lecho, muy favorecedoras entonces y más aún hoy, puesto que con la falda corta hacen más airoosas y juveniles.

Resultan muy lindas estas chaquetitas ligeramente acampanadas y llegando sólo hasta la cintura; las mujeres de línea menos grácil pueden adoptarlas un poco más largas hasta las caderas, y de esta forma la silueta gana en esbeltez.

La confección de estas prendas se hace en tejidos de tonos oscuros y fondos lisos, para que armonice con varios vestidos.

El terciopelo *chiffon*, negro ó marino, es muy adecuado para ello, pues va perfectamente con los trajes de muselinas floridas, con los de crespón de China y gasa de un solo tono, é incluso con los trajes de encaje.

Para los modelos de *sport*, trajes camiseros en *toile de*



Falda de «crêpe» de China estampada, blusa blanca y gran chaqueta de seda brochada



Vestido de noche en «crêpe satin» gris perla

(Modelo Vionnet)

soie, tejidos rayados ó formando cuadros escoceses, hay unas chaquetas de *kasha* cuyo corte es completamente recto, y como adorno sólo llevan unas jaretas menudas en los bolsillos.

Los tonos *beige*, verde, bronce, tilo y almendra dominan actualmente en las telas deportivas, incluso en los *jerseys* de punto.

El pañete es un género más en boga para este género de confecciones. Los hay de una ligereza extrema, por lo que pueden llevarse muy bien en estos días de verano, y sobre todo ahora, en el mes de Septiembre.

Con un traje blanco hace muy bien una chaqueta muy luminosa en amarillo, rojo, azul ó verde mar.

Una chaqueta de un tono oscuro incrustada con paño claro ofrece un aspecto deportivo muy nuevo.

Lo que hay que cuidar en estas prendas es que sean rectas, cortas, vaporosas en apariencia (casi tanto como los mismos vestidos), aun cuando su tela sea bien distinta á la de éstos.

Viendo cómo resurgen antiguas tendencias, pensamos cuán voluble y caprichosa es la moda. Ahora bien, su volubilidad es grata cuando nos importan estas deliciosas creaciones tan seductoras y bellas.

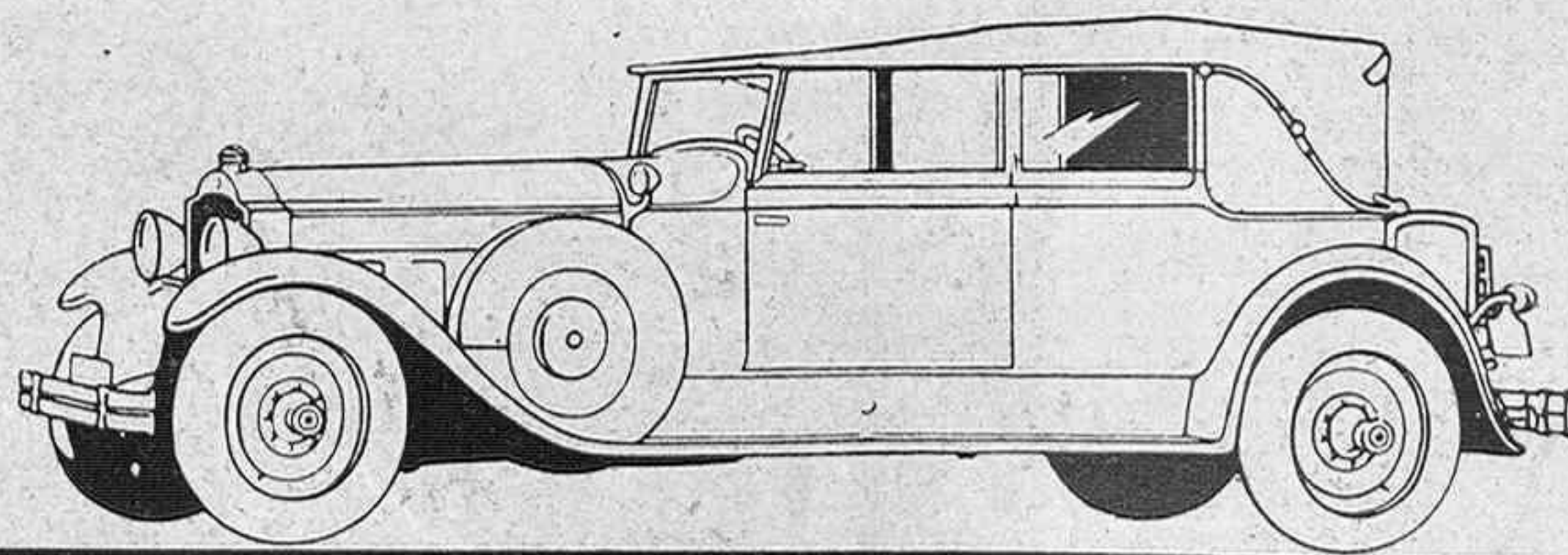
ANGELITA NARDI

P R E G U N T E A Q U I E N T E N G A U N O

La posesión de un Packard inspira ese noble sentimiento de orgullo y satisfacción que se experimenta cuando uno es dueño de una obra de arte, de una joya exquisita, de algo superior en su género.

Sin embargo, el Packard no es simplemente un coche de lujo. No ha sido fabricado exclusivamente para recrear la vista. Si es el más elegante en el paseo, es también el más resistente y seguro en el ir y venir cotidiano. Para un Packard resultan lo mismo los caminos difíciles del campo que las niveladas calles de la ciudad.

¿Ha visto usted los nuevos modelos Packard de ocho cilindros? Le invitamos a examinarlos en nuestros salones de exposición



P A C K A R D

BARCELONA

DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA

MADRID

PROVENZA. 163-169

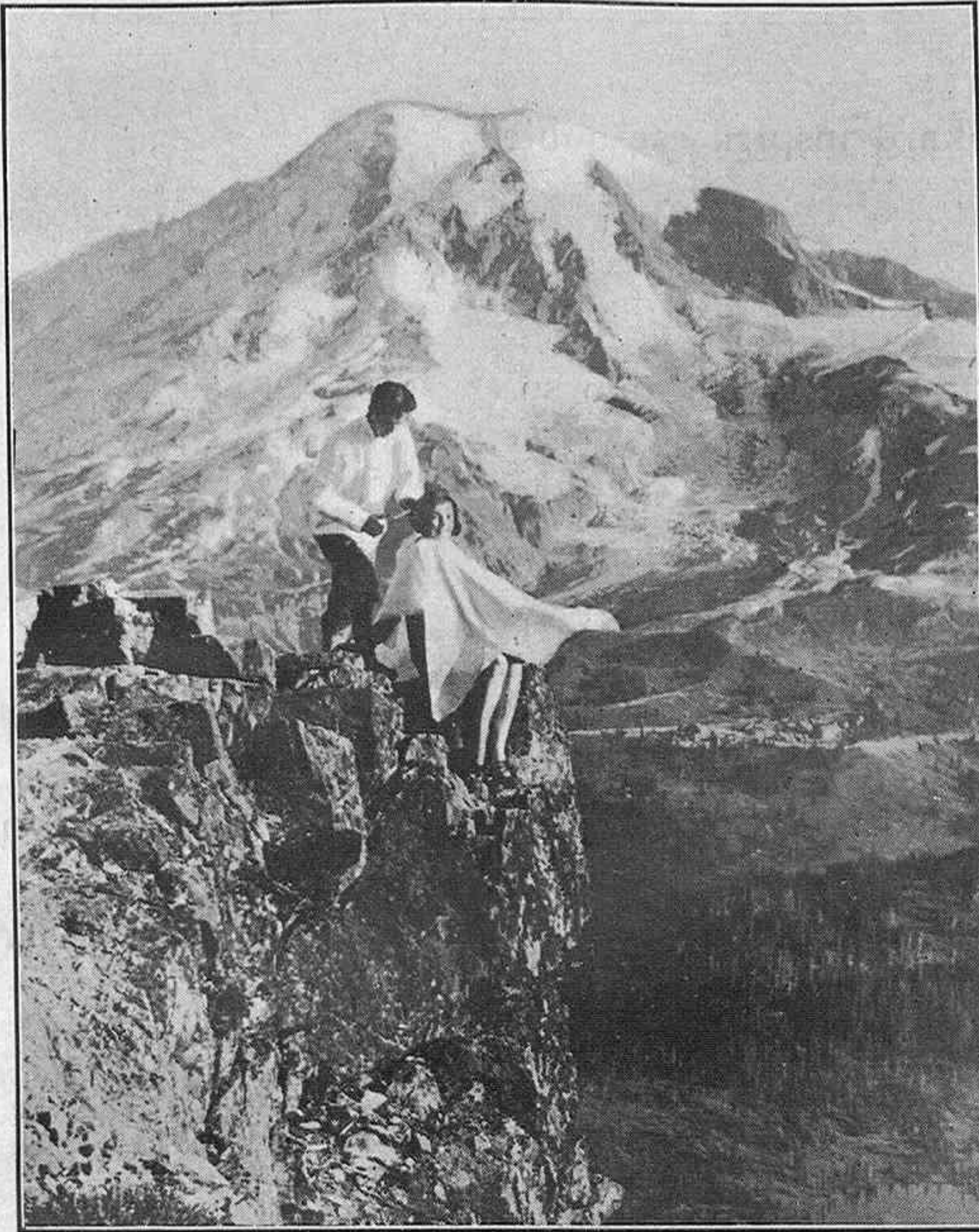
COMPANÍA ESPAÑOLA DE AUTOMÓVILES, S. A

ALCALA, 62

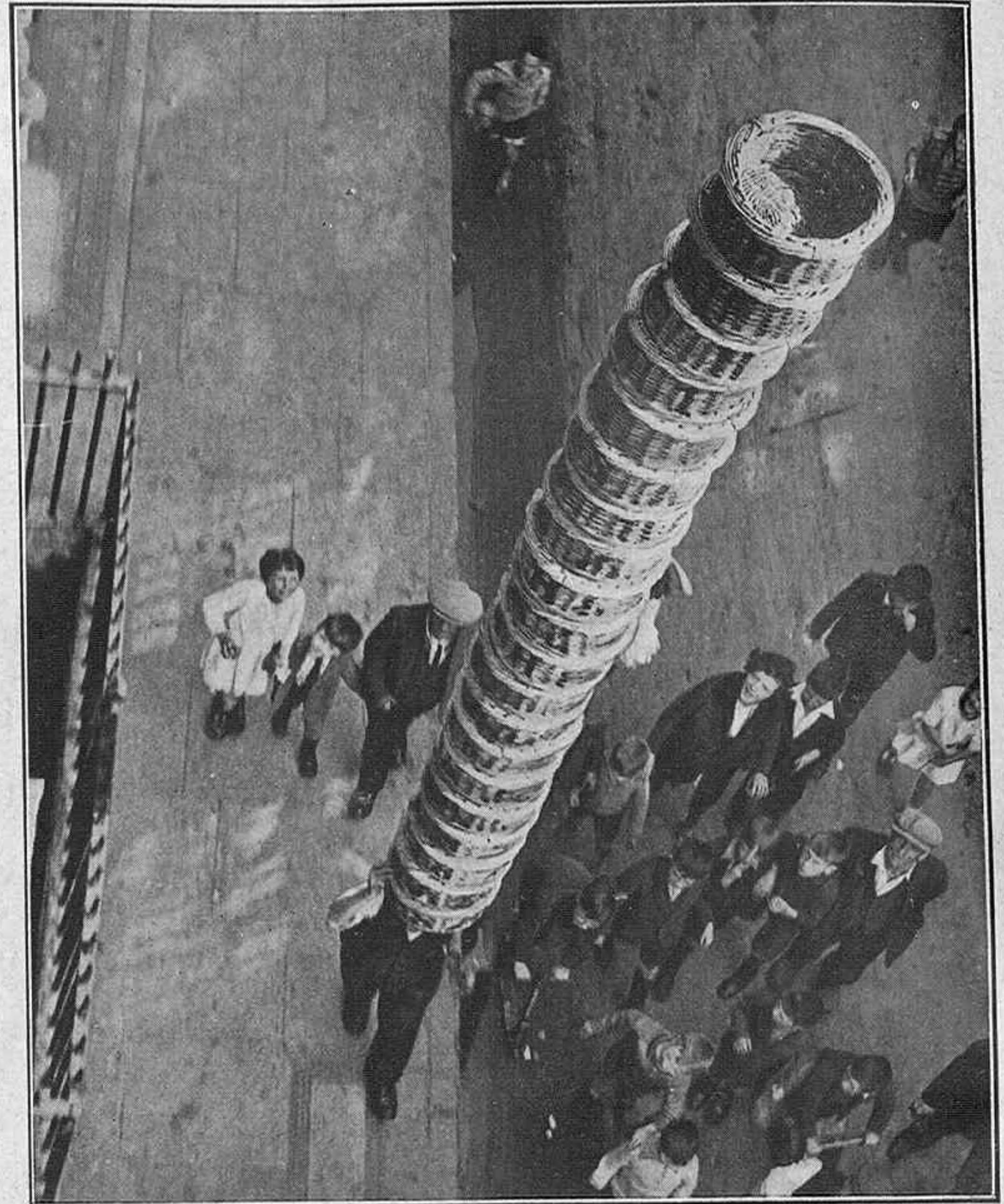
AGENCIAS: Luis Pla y Alvarez, BADAJOZ; Ratael Fernández Rojo, BILBAO; A. M. Capurro & Sons, GIBRALTAR; Roberto G. de Agustina, GIJÓN; José Rubio Márquez, GRANADA; Olasagasti y Peña, SAN SEBASTIÁN; Manuel Castellanos, SANTANDER; Luis Basset, VALENCIA; Luis López Carrascón, ZARAGOZA.

2912

DE NORTE A SUR * MISCELÁNEA



Miss Elisabeth Little, como buena norteamericana, es aficionada á cosas extraordinarias; lo es en alto grado este sillón de peluquería, situado en el borde de un abismo de seis mil pies, elegido por la audaz «girl» para hacerse ondular el cabello (Fot. Vidal)



En la Feria de Leipzig, uno de los anuncios sensacionales es este que hace «Jim» por cuenta de una fábrica de cestos. «Jim» se pasea llevando sobre la cabeza, en perfecto equilibrio, una columna de veinte banastas (Fot. Vidai)



Otra de las curiosidades de la Feria de Leipzig: las sombrillas anunciadoras lucidas por bellas muchachas, lo bastante abnegadas para ocultar su rostro, en beneficio de la «réclame», cuando el fotógrafo posa (Fot. Agencia Gráfica)

GRÁFICA DE CURIOSIDADES MUNDIALES



Charlie Chaplin regala su célebre bastón al embajador de los Estados Unidos en el Perú, Mr. Moore, que se detiene en Hollywood para saludar al insigne actor cinematográfico (Fot. Agencia Gráfica)



Por las calles de Berlín circula este extraño agente de propaganda, que calzado con zancos ocultos bajo el pantalón, obtiene un éxito de curiosidad extraordinario

(Fot. Agencia Gráfica)



Los hermanos gemelos Lucio y Simplicio Godina que han nacido y viven unidos por la base de la columna vertebral, y acaban de casarse con las dos hermanas gemelas Natividad y Victoria Mato que aparecen en esta fotografía (Fot. Vidal)



El reloj de pulsera que se da cuerda á sí mismo

Muestran las adjuntas fotografías la ingeniosa invención de un relojero inglés, Mr. John Harwood, que, sin duda, está llamada á alcanzar un rotundo éxito, sobre todo entre los desmemoriados é indolentes. Es el reloj automático, ó sea que se da cuerda á sí mismo,

aprovechándose para ello mecánicamente los movimientos naturales del brazo. Colocado en la muñeca, y mantenido en la misma durante tres horas, adquiere cuerda para otras treinta.

El principio en que se encuentra basado es el mismo del podómetro, constituyendo este invento un paso más en la resolución del problema del movimiento perpetuo.

•• Ya llegó el día

en que todos, tanto los pobres como los ricos, los grandes como los humildes, combaten y ahuyentan sus dolores con una o dos tabletas de Cafiaspirina; todos la bendicen porque saben que a la vez que siembra la felicidad, aleja el dolor.

*... Así opina uno entre tantos otros.
Pero Vd. mismo se convencerá.*



La Cafiaspirina cura infalible y rápidamente los dolores de cabeza, de muelas y de oído.
La Cafiaspirina es especialmente eficaz contra la jaqueca y las neuralgias.
La Cafiaspirina alivia las molestias periódicas de la mujer.

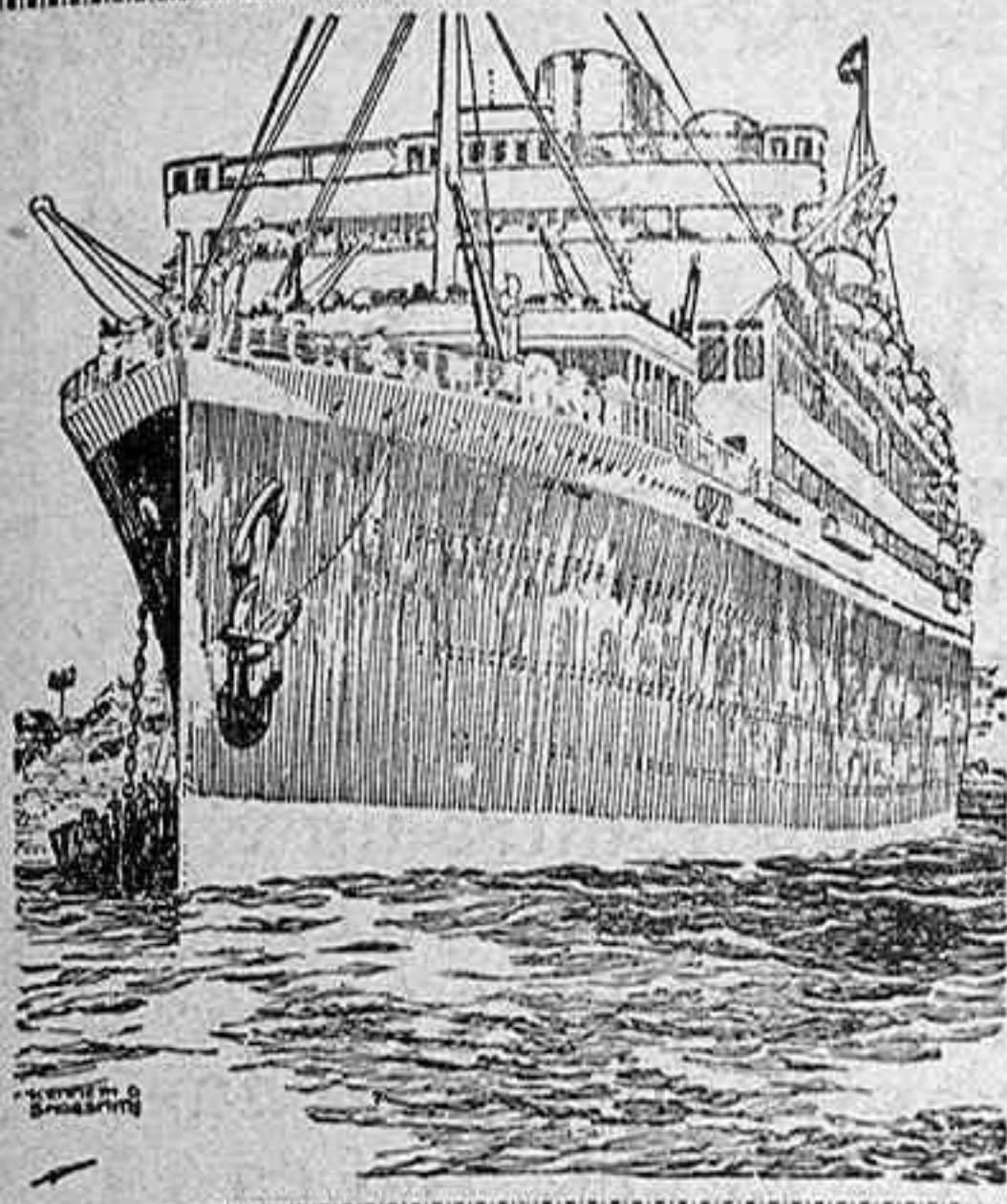
Y también detiene sus enojosos dolores.

La



CAFIASPIRINA

nos trae el bienestar, despeja nuestro cerebro y no ataca el corazón ni los riñones.



LA MALA REAL INGLESA

SALIDAS REGULARES DE LOS MAGNIFICOS TRASATLANTICOS, SERIE "A",
DE CORUÑA, VIGO Y LISBOA PARA BRASIL, URUGUAY Y ARGENTINA

PRÓXIMA SALIDA:

"ALCANTARA" (el mayor, más nuevo y más lujoso buque británico á motor, de 22.500 toneladas), de VIGO, el 29, y de LISBOA, el 30 de Septiembre.

CRUCEROS:

"ARCADIAN", de SOUTHAMPTON, el 4 de Octubre, y de GIBRALTAR, el 8 de Octubre, al Mediterraneo, visitando TUNIS (La Goulette), BAHIA DE PHALERON (para Atenas), CONSTANTINOPLA, PHILIPPEVILLE, ARGEL y TANGER

PARA TODA CLASE DE INFORMES DIRIGIRSE:

Madrid: MAC ANDREWS Y C^{IA}, LTDA., Marqués de Cubas, 21.
La Coruña: RUBINE E HIJOS, Real, 81.
Vigo: ESTANISLAO LURAN, Avenida de Cánovas del Castillo, 3.

NO TIENE



RIVAL

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ALFONSO
Fuencarral, 6

FOTOGRAFO
MADRID

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.—Quiénes
somos, de dónde venimos
y adónde vamos.—Un to-
mo en 4.^o Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable
obra de las 30 ya publicadas
por este polígrafo, está he-
cho con sólo reproducir su
índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo hu-
mano, eterno peregrino.—
Losepiciclos de Hiparco y los
«ciclos» religiosos.—Las hi-
póstasis.—Kaos-Theos-Cos-
mos.—Complejidad de la hu-
mana psiquis.—Más sobre los
siete principios humanos.—
El cuerpo mental.—El cuer-
po causal.—La superviven-
cia.—La muerte y el más allá
de la muerte.—Realidades
«post mortem»: la Huestia-
Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor
(calle del Buen Suceso, nú-
mero 18 dupl.^o) y en las prin-
cipales librerías.

SE VENDEN los clichés usa-
dos en esta Re-
vista :-: Dirigirse á esta
Admón., Hermosilla, 57.

J. RUIZ VERNACCI (ANTIGUA CASA LAURENT)

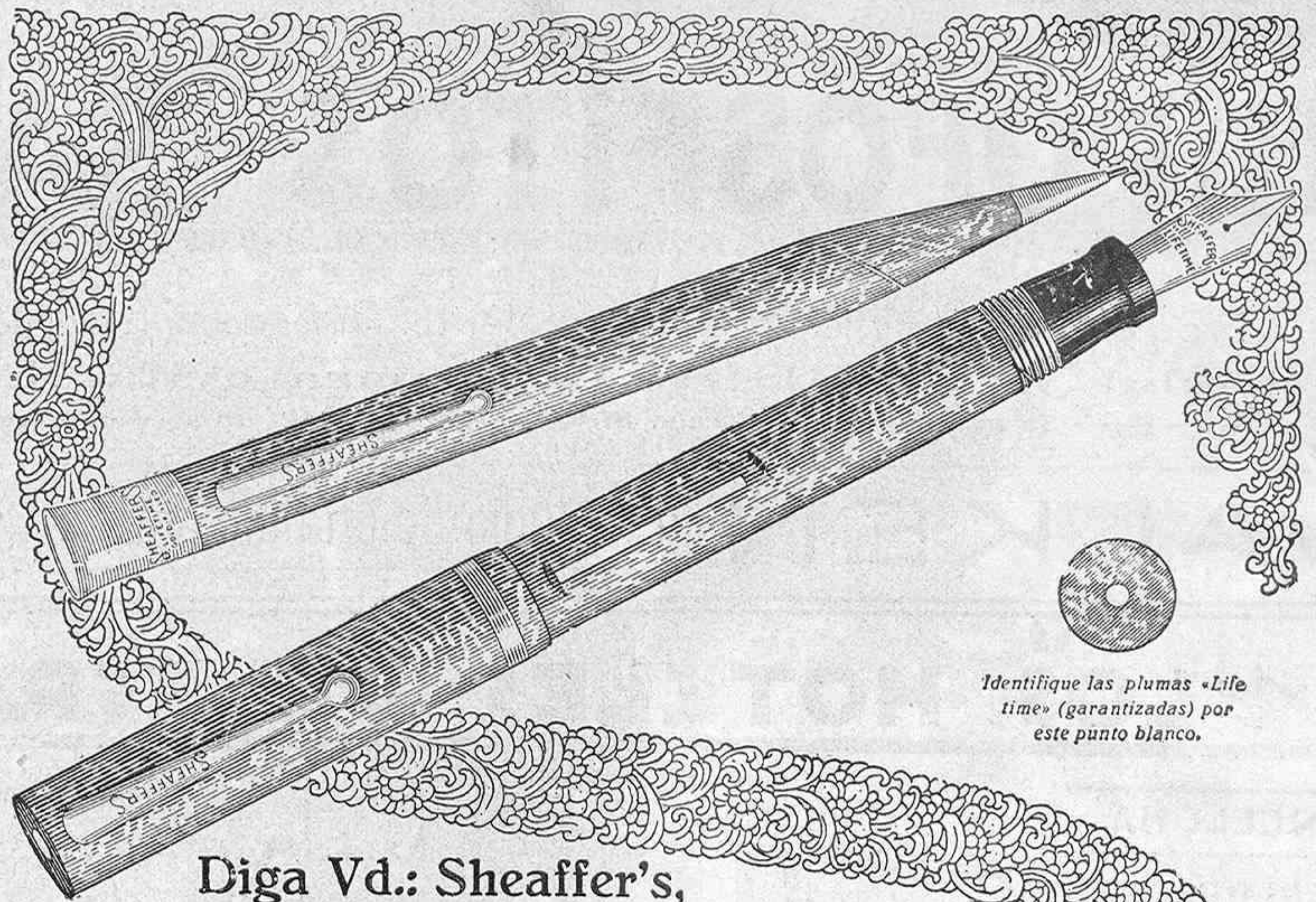
Carrera de San Jerónimo, 53
TEL. 54645

— MADRID —

MÁS DE 60.000 CLICHÉS DE
ARTE ESPAÑOL ANTIGUO
Y MODERNO

Pintura + Escultura + Ar-
quitectura + Distas + Cos-
tumbres + Tipos + Tapices
Muebles + Armaduras de la
Real Casa + Ampliaciones
+ + Diapositivas, etc. + +

GRABADOS EN NEGRO Y COLO
MARCOS
TRICROMÍAS Y LIBRERÍA DE ARTE



Identifique las plumas «Life
time» (garantizadas) por
este punto blanco.

Diga Vd.: Sheaffer's,
y no añada más.

Con esta sola palabra comprenderá su proveedor
que desea Vd. adquirir la pluma más bella del mun-
do, la que mejor se adaptará a su pulso y a su escri-
tura; la pluma que nunca en la vida ha de propor-
cionarle un disgusto y que responderá en todo
momento, sin desfallecimientos, a los esfuerzos que
de ella exija, por grandes que estos fueren.

Las plumas y lápices «Lifetime» —de color y negro— se entregan a cada comprador
acompañados de un cheque que los garantiza para toda la vida.
Vea también en su tienda las maravillosas escribanías con estilográfica
Sheaffer's para sobremesa.—Fluido Skrip, sucesor de la tinta.

SHEAFFER'S

Agentes: E. Puigdengolas, S. L.
BARCELONA



Consejo de madre

—¿Qué da usted á sus hijos?— preguntan á esta señora, que cría dos mellizos hermosos, sanos y robustos.

—A ellos, nada más que el pecho; pero yo tomo este Jarabe que me infiltra un vigor maravilloso, nutre mi sangre con energía, fortifica mis nervios y me hace transmitir á estos dos pedazos de mi alma toda la salud y robustez que tienen. Así es que, agradecida á las bondades de un reconstituyente tan perfecto, yo aconsejo de corazón á toda la que cría, que no deje de tomar el salvador

Jarabe de

HELIOS

HIPOFOSFITOS SALUD

Cerca de medio siglo de éxito creciente.—Aprobado por la Real Academia de Medicina.

Pedid JARABE SALUD para evitar imitaciones

Se advierte que el Jarabe HIPOFOSFITOS SALUD no se vende á granel

WALKEN Estudio de arte fotográfico 16, Sevilla, 16 MADRID

LOS HOTELES DE ESPAÑA



BARCELONA

HOTEL ORIENTE
HOTEL ESPAÑA

BILBAO

HOTEL CARLTON
200 habitaciones.—200 baños.
El más moderno, más confortable
y más barato de la población.

CADIZ

Hotel de France et Paris
Todas las habitaciones con agua corriente
ó baños, teléfono y calefacción central
J. PAREDES, propietario

LA CORUÑA

Hotel Ferrocarrilana
Recientemente reformado con
todos los adelantos modernos.

MADRID

Hotel Reina Victoria
Plaza del Angel, 8
Todos los adelantos modernos.
Pensión desde 25 ptas.

HOTEL INGLES, S. A.
Echegaray, 10
GRAN CONFORT. PENSIÓN DESDE 18 PTAS.

HOTEL PRINCIPE
DE ASTURIAS El mejor sitio
:: de Madrid ::
Teléfono 18240

HOTEL PALOMAR
CASA DE LA PRENSA
Habitaciones con cuarto de baño.
Teléfono 16791

PALACE HOTEL

Peluquería de señoras y caballeros
Manicuras :: Pedicuros :: Masajes
PERFUMERIA FINA

OVIEDO

GRAN HOTEL
COVADONGA

SANTIAGO DE
COMPOSTELA

HOTEL SUIZO

:: Céntrico, confortable ::
Precios muy moderados

SEVILLA

HOTEL BRISTOL
DE PRIMER ORDEN
Recientemente inaugurado

HOTEL PARIS
Primer orden

HOTEL ORIENTE
Precios moderados

EL PENSAMIENTO
MODAS. — SOMBREROS PARISINOS
Pi y Margall, 19

VALENCIA

PALACE HOTEL
DE PRIMER ORDEN
VALENCIA

HOTEL INGLES
Primer orden. — Gran confort
VALENCIA

VALLADOLID

HOTEL DE FRANCE
Confort moderno.—Sub-Agencia de la Com-
pañía Internacional de Coches-Camis

GRAN HOTEL ESPAÑOL
Gran confort

ZARAGOZA

HOTEL "EL SOL"
Hospédese en él